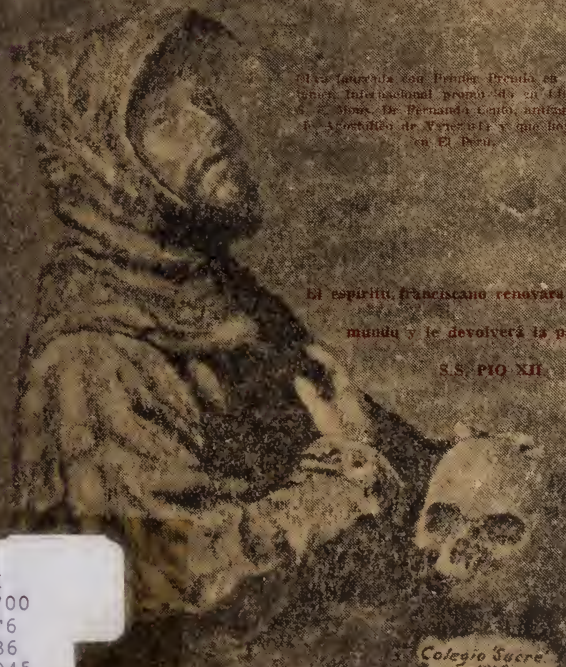
SAN FRANCISCO DE ASIS

PATRON UNIVERSAL DE LA ACCION CATOLICA

por el DR. J. M. NUÑEZ PONTE,

Director del Colegio Sucre, Director en turno de la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Española, Caballero Comendador de la Orden de San Gregorio Magno, de la de Isabel la Católica y de la del Mérito del Ecuador, Condecorado con la Medalla de Honor de la Instrucción Pública, con la Cruz PIO ECCLESIA ET PONTIFICE, con la Medalla al Mérito de Primera Clase, de la República de Chile y Oficial Académico.



Obra premiada con Medalla Premio en el Certamen Internacional promovido en Roma por el Monsr. Dr. Fernando Cento, antiguo Nuncio Apostólico de Venezuela y que hoy lo es en El Perú.

El espíritu franciscano renovará el mundo y le devolverá la paz.

S.S. PIO XII

BX
4700
.F6
N86
1945

Colegio Sucre
1945

Editorial Venezuela
1 9 4 5

UNIVERSITY OF PITTSBURGH
DEC 9 1982
THEOLOGICAL SEMINARY

BX 4700 .F6 N86 1945
N u nez Ponte, Jos e Manuel
San Francisco de As is

Saint Francis of Assisi

SAN FRANCISCO DE ASIS

PATRON UNIVERSAL DE LA ACCION CATOLICA

por el DR. J. M. NUÑEZ PONTE,

Director del Colegio Sucre, Director en turno de la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Española, Caballero Comendador de la Orden de San Gregorio Magno, de la de Isabel la Católica y de la del Mérito del Ecuador, Condecorado con la Medalla de Honor de la Instrucción Pública, con la Cruz PRO ECCLESIA ET PONTIFICE, con la Medalla al Mérito de Primera Clase de la República de Chile y Officier d'Académie.

Obra laureada con Primer Premio en el Certamen Internacional promovido en Lima por S. E. Mons. Dr. Fernando Cento, antiguo Nuncio Apostólico de Venezuela y que hoy lo es en El Perú.

El espíritu franciscano renovará el mundo y le devolverá la paz.

S.S. PIO XII.

"Editorial Venezuela"
1 9 4 5

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/sanfranciscodeas00nune

A la piadosa y gratísima memoria

de los RR. PP. FF.

Olegario de Barcelona,

Baltasar de Lodares

y

Serafín de Oricaín

O. M. C.

Recuerdo de devota amistad

EL AUTOR.

SAN FRANCISCO DE ASIS

PATRON UNIVERSAL DE LA "ACCION CATOLICA"

PRELUSION

Figuras guarda la historia, tamañamente superiores y eximias, merced a la índole de su misión, a su vívido intelecto, a su magnanimidad o a su heroísmo; genios aquilinos que se encumbran muy alto del nivel común a regiones de saber, de abnegación, de santidad, apenas concebibles para la pequeñez humana; espíritus de virtud límpida, cual vasos de divina elección, que mientras de más cerca se miran, más profundos aparecen, pero cuando se sigue examinándolos, ganan el ánimo con sugestión cautivadora, y diríase lo embeben en suavísimo y delicado filtro.

Tales, los varones preclaros en empresas de libertad, íntegros heraldos de la verdad, de la justicia y la cultura, cifras espléndidas en la misión augusta del deber y del patriotismo, quienes, triunfantes de sí propios, que es el primero y más arduo de los triunfos, entregáronse ahincados al bien de los demás, lucharon con tesón largo en la propugna de tan nobles ideales, rindieron cosecha opima en su labor redentora, y cuyos nombres y hazañas dignos son por ello que la más devota gratitud de la posteridad los venere inscritos con caracteres indelebles en los fastos de los pueblos.

Tal, Francisco de Asís, el santo que culmina en el meridiano de la hagiografía cristiana; el singular caudillo cuya acción enérgica ya desde sus días se deja sentir preponderante y eficaz en todas las esferas sociales; el ardiente maestro de la concordia, de la fraternidad universal en la sana democracia, esforzado a fundir los corazones estrujados por el odio; el reconciliador de las familias, de los partidos, de las ciudades y de los poderes discordes; el compasivo y piísimo samaritano, salvador de la caridad, que en medio de tantas penas trae un bálsamo sedante para aliviar todos los dolores y restañar todas las heridas; el abnegado sin igual, que cambia los arreos ostentosos del caballero mundano, los bullicios, las trovas, los regalos y frívolas fiestas de la dorada juventud de que fuera inspirador y rey, por las armas de otra caballe-

ría más gallarda, la caballería andante del Amor, por las canciones de una gesta distinta, la gesta sobrenatural de la Cruz, por los santos júbilos de la piedad, por los espirituales blasones de la heraldía de Cristo; el apóstol del tiempo nuevo que viene a reiterar la luz, la bondad, el contento íntimo y genuino del Evangelio a las voluntades y a las conciencias descaecidas entre las tinieblas, la corrupción y las tristezas que enturbian las sendas de la humanidad:

"Luce intellettual piena d'amore,
Amor di vero ben, pien di letizia,
Letizia che trascende ogni dolzore;"

el nuevo crucificado, el cual, despojándose de cuanto pudiese acariciarlo o agradarle siquiera, semejante al árbol que se desnuda de las hojas desvaídas para verdear luego más lozano y frondoso, se menosprecia, se vacia de suyo, se anula a sí mismo en sublime renunciación, pero lleno de Cristo, merece se le estampe la señal e imagen del Crucificado Divino, y se cumpla en él la visión del ángel surgido de Oriente a implorar misericordia en pro de la tierra pecadora"... *angelum ascendentem ab ortu solis, habentem signum Dei Vivi"* (1).

* * *

Recojamos de ese arsenal opulento de dones y virtudes, que forma la vida del Gran Patriarca "tutto serafico in ardore", algunos ejemplos y lecciones, los adecuados para llegar a concluír, en acuerdo con la propuesta del Certamen, la razón y oportunidad de su universal tutela sobre el ministerio auxiliar laico que se llama *Acción Católica.* Dividiremos nuestro estudio en seis capítulos así:

I—El amor y dominio de la naturaleza
II—Siervo de Dios y de sus semejantes
III—Paladín de Cristo
IV—Apoyo de la Iglesia
V—Renovador del Evangelio
VI—Actualidad de San Francisco.

(1) Apocalip. VII, 2.

I

AMANTE Y SEÑOR DE LA NATURALEZA

En la extraordinaria y fascinadora personalidad de San Francisco de Asís, nada halla explicación satisfactoria fuera del amor: amor ardentísimo a Dios, que le quema, le derrite todo su ser, y aficionándole sobrehumanalmente a las criaturas, hácele descubrir en ellas la bondad divina e induce éstas a amar también y alabar al Creador: *Absortus totus in amore Dei... in qualibet creatura bonitatem Dei perfecte cernebat* (1).

La mayoría de los escritores y poetas dedican con frecuencia bellas apóstrofes y figuras resonantes a los espectáculos de la naturaleza: a los astros cuya ley misteriosa es perenne incentivo a la meditación; a los montes erguidos que nos admiran con el pacífico susurro de sus selvas y con sus cimas radiantes parecen repetirnos sin cesar: *Sursum corda!*; al estrépito de los torrentes, voz que jamás calla; al quedo murmureo de los arroyos, que nos inspira la paz; a la múltiple risueña familia de las flores con sus esencias que son suspiros, y sus infinitos matices, esmaltes de esperanza; a la engañosa luminiscencia de las flotantes luciérnagas, que semejan lluvia de estrellas en negra noche invernal; a la majestad monótona del nocturno silencio campestre, silencio solemne del cual dijéramos que en su mudez nos habla y nos da gozo al escucharle; a esa

"intensa melodía del silencio,
que en la llanura quieta
parece que descansa,
parece que se acuesta";

y en general al paisaje entero que imprime huella en nuestro desenvolvimiento psicológico, como también a los pasos alegres y a las circunstancias menguadas de la vida. Cántanlo y

(1) - Specul. perfect. c. 113.

celébranlo en relación con el estado subjetivo y los sentimientos actuales del ánimo, pero sin salirse del mero ambiente sensible, sin suspenderse a mayores pensamientos y emociones en la contemplación más elevada y perfecta de las cosas, que se adentra al alma de ellas y las santifica en Dios. Son pocos los que, superándose cristianísimamente en el ímpetu consternado del dolor y de las lágrimas, saben mantenerse firmes y prorrumpir como Saluzzo ante el cuerpo de su hija ahogada: "Caí de rodillas y te bendije, oh Dios mío, porque te habías dignado visitarme siquiera fuese con tribulación!"; o cantar como Pardo:

"Benditos los mis dolores;
vengan más, que me envanecen;
son como ríos que acrecen
trayendo en su espuma flores!";

o todavía con Gabriel y Galán:

"Pero yo ya sé hablar como mi madre,
y digo como ella
cuando la vida se le puso triste:
—Dios lo ha querido así! Bendito sea!"

En San Francisco el sentido de la naturaleza, que el paganismo había corrompido, es algo excepcionalmente maravilloso y ordenado, así por la intensidad del afecto como por la delicadeza del vínculo que establece: lo inferior y contingente está en su puesto, empero al rescoldo continuo del amor se purifica, se enciende, se excede, se realza: amor es la clave franciscana de todos los problemas que inquietan a la mentalidad moderna. Miradle: los dolores y sufrimientos físicos, por más que se recrudezcan y le quiebren por completo las fuerzas, no aminoran el vigor de su confianza en Dios ni detienen el vuelo y viveza de su festivo humor característico, antes le aguzan a conformarse más y más al divino beneplácito, a sobrellevar con júbilo cualquier aspereza o amargura, y a entonar repetida y mayormente las instantes "laudes Dei", salmos encendidos de alabanza y de gracias no menos devotos que poéticos, tonadas que los pueblos aprendieron y que la posteridad literaria ha reconocido dignas y meritorias. Al fulgor del ideal divino reviste la materia con atributos de señalada excelencia, mira lo creado con placer sobrenatural, traslada y refiere lo de esta tierra mísera y perecedera a la mansión feliz de los que para siempre viven, se figura las bellezas, magnificencias y resplandores de acá abajo como preludio y espejo de las acordanzas, de los deleites y luces inmortales del cielo. Con razón se le ha atribuído el símil de la creación con un clavicordio armoniosísimo que ensalza las perfecciones divinas y se ha dicho de él que fué el maestro más

acabado de la mística de la naturaleza, pues estando en la tierra más creyérasele espíritu angélico, y sus miras, que le brotaban del pecho radioso y bueno, no eran sino pura visión de eternidad. Su perenne sonrisa jocunda, su palabra insinuativa, sus amables acentos y halagadoras caricias no sólo establecieron cierto acuerdo delicioso a veces ameno, cierto lazo estrechísimo e indecible hermandad con las criaturas, cual si, evocando la fresca mañana del primitivo Edén, constituyesen una familia única, la gran familia de Dios, sino además le permitieron adquirir un señorío cordial, penetrante, irresistible sobre todas, en tal manera que las aguas y los vientos le obedecían; el fuego robusto perdía sobre sus carnes la potencia ustoria; ni el rigor de la nieve le ponía a tiritar; los pajaritos vocingleros callaban cuando él quería o le rodeaban solícitos con agasajos y arpegios; y aun, nuevo Orfeo, las bestias feroces se sometían a su suave mandato, reducidas diríase por ensalmo a la más peregrina docilidad y quieta mansedumbre. Este dominio singular casi que se juzgaría carisma de milagro, era si se quiere continuidad de aquella gracia y buen ingenio, de aquella primacía otrora ejercida por él entre sus compañeros de esparcimiento, de cortes y farándulas, primacía por la cual hasta una vez soñóse de gran príncipe, sin sospechar ni con mucho el linaje augusto de principado y realeza que la Providencia reservado le tuviera. Es lo cierto, según relatan las historias, que nunca dejó de ser el primero en los juegos, el primero en los pasatiempos y cantares, el primero en la alegría: *naturaliter hilaris et iocundus* (1); pero el primero asimismo y solo en la ansiedad de subirse hasta Dios, de en medio de los regocijos terrenos, con repentes ingeniosos de tonos que traducían la gloria del amor, y sobre todo de en medio de los padeceres, cuando mezclado al murmurio de los pinos y olivos cercanos, volaba de la celda el eco arrobador de melodías desconocidas que parecían concentos de éxtasis celeste.

* * *

Junto con el caudal del propio ingenio, Francisco llevaba impreso, graciosamente prendido en la albura de su fantasía, el recuerdo emocionante de las praderas pintorescas, del paisaje azul, sereno y sugestivo de la Umbría, riente como el de Galilea, terrestre paraíso de claro cielo y suelo grávido y fecundo, que tanto habíale aplacido en los días mozos. Francisco era músico, cantista y poeta, "el mayor poeta que por en-

(1)—Tres Socii, Nº 4.

tonces vivía", dice Harnack, que de trovador, flor y nata de trovistas y juglar profano (1), mudárase luego en cantor espiritual, trovador a lo divino, juglar del Altísimo. Amante de la belleza, el verdadero artista encuentra en ella un camino seguro hacia Dios, que es la belleza suma y absoluta, y Dios mismo como que le atrae a Sí por esa vía, haciéndole valer ora el tierno gorjeo de las aves, ya los primorosos coloridos del pensil, o bien la rútila lumbre de las estrellas, para que ajuste más finos conciertos que conmoviéndole y fortaleciéndole el ánimo, le acerquen más a su Creador. Porque amaba de veras la belleza, el alma harto noble y candorosa de Francisco, no obstante los prolongados peligros juveniles, permaneció extraña a los planos bajos y torpes; como lumínico lirio de su tallo, flor esplendente para el cielo:

"di candor lucidoso
riluce la sua vesta",

mediante el próvido cuidado de la gracia, (*superno sibi assistente praesidio,* dice San Buenaventura), ascendía una y otra y otra grada en la conducta digna y en la escala del bien, ancho el corazón y limpio el ojo, y sin darse cuenta iba poniéndose cerca, muy cerca del Dios que le tenía escogido, predilecto para un trono brillantísimo... Y Dios no retardó el mostrarle la luciente hermosura de su Faz, de que él vino a estar cada día más ávido.

Asienta uno de los biógrafos que Francisco mantuvo invariable, ecuánime, más bien crecedero, su corazón jubilante, como que evitaba con esmero sin par la pésima enfermedad de la tristeza y del fastidio: "No es razón mostrar el semblante triste y ceñudo si se sirve al Rey de la gloria", decía (2). Cuando ciego y postrado, débil hasta el extremo, sutilizado el cuerpo cual una sombra de carnes, como si no le quedara ya sino el espíritu, después de la hora magna de los Estigmas, una noche pareció dejarlo la alegría, mas en tal coyuntura, no desmayó él en su oración. ¿Ni cómo iba a desfallecer quien había sido atendido por Jesús con el milagro de las llagas místicas en la súplica más osada que haya cabido dentro de pecho humano: "Señor, concédeme sentir todo el amor y todos los sufrimien-

(1)—El trovar no era ocupación despectiva; constituía una labor lírica, como deporte de gusto y solaz, favorito entre los jóvenes de la aristocracia, pero labor y deporte espontáneos que los ponían en contacto con las gentes del pueblo, merced a las donosas combinaciones y variados tonos musicales de que hacían gala para jacarear y atraerse aplausos.

(2)—Celano, Vita Secunda, p. III, c LXVIII.

tos tuyos en la Pasión?" Por eso, aunque una vez le dijera: "Tu amor es locura, esperas imposibles", Jesús, que se adelanta siempre en largueza, en ésta le dejó escuchar el siguiente segurísimo consuelo: "Regocíjate, hermano, pues tu penar es la prenda de mi reino, cuya posesión con certeza te la dará el mérito de la paciencia". Así, no tardó a encumbrar su espíritu en vuelo altísimo, y recogiendo en haz vibrante las elaciones de su estro lírico, a celebrar su gratitud con el famoso y nunca bien ponderado Cántico del hermano Sol o Cántico de las criaturas, donde las invita a festejar unánimemente al Creador, como sintiéndose heredero de la inspiración de los profetas:

"Altissimo, onnipotente bon Signore,
Tue son le laude, la gloria e l'onore et onne benedictione.
. . . . . .
Laudato sii, mio Signore, con tutte le tue creature
Specialmente messer lo frate Sole..."

Esta Laude, que brota como el lucero del alba, grito del más férvido alborozo, cantiga ingenua, totalmente espiritual y mística, calificada por encima de toda literatura y poesía, es la más antigua joya religiosa de la lengua popular italiana, a la sazón balbuciente. De ella hubo de declarar Renan que es "la pieza más bella de poesía religiosa después de los Evangelios, la expresión más acabada del sentimiento religioso moderno". Por ella el propio Francisco advertirá a sus frailes: "Noi siamo i giullari del Signore, fratelli carissimi, destinati a sollevare il cuore degli uomini a Dio". "No estaba destinada—dice Facchinetti citando a Dal Gal (1) —a resonar en la paz de los templos o en el silencio de los claustros, sino debía hacerse oír por sobre el tumulto de las plazas, en medio de las muchedumbres, a la libre luz del sol, entre la plebe que no entendía ya el latín ni hablaba tampoco bien el italiano. Era el himno a la gloria de Dios, a la bondad de la naturaleza, a las preciosas e inefables delicias de la paz y de la fraternidad universal, cuyo reinado debían apresurar Francisco y sus hijos, con el ejemplo y la palabra, en medio de las turbas". —"Es uno de esos gritos humanos auténticos que constituyen nuestro tesoro,—dice Lekeux—; una perla purísima y rara desprendida de un corazón maravilloso" (2).— Y el obispo von Keppler la ha resumido así: Cantar de cantares que "hace confluír en un

(1)—P. Victorino Facchinetti, **San Francisco de Asís en la historia, en la leyenda y en el arte.**

(2)—P. Martial Lekeux, **Letanías del siglo XX al Pobrecito de Asís.**

punto todas las alegrías de la naturaleza y todas las alegrías sobrenaturales del alma que cree en Dios y ama a Dios, y a modo de cristalino y bullicioso surtidor las envía al cielo, hasta el Océano de la gloria divina y de la eterna felicidad" (1).

La mezquindad espiritual privante en nuestra época, la negación de aquello a que no alcanza el limitado horizonte de los sentidos, no deja comprender ni reconocer a quienes se dicen intelectuales, almas fuertes, o apenas despreocupados, incapaces de penetrar el fondo sustancial de las cosas, el positivo influjo sobrenatural con que alguien asistido del favor divino, como si participara de la soberanía e imperio mismo de Dios, ejerce el privilegio de sujetar a otros hombres o a las bestias, conteniéndolos en sus instintos e impulsos con la sola dulzura de una caricia o una blanda amonestación, o poner freno a los fenómenos naturales así fueren violentos y tormentosos, con un menudo gesto o una simple señal de mando. "Hermana cigarra, ven a mí", y el insecto viene y se posa tranquilo en la mano de Francisco. "Canta y alaba con júbilo a tu Creador", y chirria hasta que se le ordena volver a su puesto en la higuera, y va y se está allí durante días en espera de que el Santo le dé la licencia de partir. —"Hermanas golondrinas, es tiempo de que hable yo, pues vosotras habéis hablado bastante. Oíd la palabra del Señor, estaos quietas y en silencio mientras termina el sermón"; y no sin asombro de los circunstantes, cesa el alboroto de las golondrinas, y concluído el sermón, vuelven a la algazara en busca de sus nidos.— "Hermanas mías avecillas, debéis alabar mucho a vuestro Creador, que os viste de plumaje elegante y os da alas libres y poderosas para dominar los aires"; y una muchedumbre de palomas, cornejas, grajas y demás pajarillos, lejos de huírle, atentos hácenle simpática rueda, dan muestras de oírle con devoto gusto y luego de bendecidos por él se despiden silbando.— "Voy a hablar con mi hermano lobo", y aun cuando nadie le creería capaz ni valeroso para ello, departe amistosamente en uno como tierno idilio con la fiera indomable; y resulta divertido verla bajar humilde la cabeza al jovial requerimiento del fraile, seguir a éste como un manso perrito, y no continuar después los horribles estragos y fechorías con que mantenía en susto incesante a los medrosos labriegos comarcanos:

"...La gente lo veía
y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,

(1)—Mons. P. G. von Keppler, **Más alegría**.

y baja la testa, quieto le seguía
como un can de caza o como un cordero (1).

Procedía Francisco igual con los viñedos y praderas, sonrisas de Dios, con los bosques y las rocas, con el aire, con los ríos y los lagos, con los astros, testigos del Omnipotente, con los animales de toda especie: a todos predicaba con la misma unciosa simplicidad y donaire, y con todos suscitábanse episodios encantadores que revelaban cómo Francisco, que tenía alma de niño, y

"...por artes milagrosas,
sabía los lenguajes de seres y de cosas" (2),

traía de nuevo a escena la común armonía y fraterna amistad del Paraíso.

¿Qué sugestión, qué influjo vital, qué flúido magnético, qué mágico hechizo o jugada pueril, satisfarían como explicación natural de semejantes osadías, de semejantes alardes, en los que la fe, la caridad, la humildad y la mansedumbre eran quienes desempeñaban el principal oficio, al imprimir en la naturaleza algo como el sello de una segunda creación, de un nuevo bautismo frente al viejo concepto pagano, subsistente tal vez, que aclamaba divinidades a infinitas cosas, las cuales el Santo de la humildad y de la verdad convierte ahora en hermanas mediante el más extraordinario y atrayente y comprensivo simbolismo poético? "Toda tu voluntad, oh Francisco, estaba tan perfecta, tan estrecha, tan amorosamente unida a la de tu Dios, tan identificada con la suya, que participabas de su dominio sobre los seres y hablabas a las criaturas lo mismo que el Creador. Es El, es su belleza lo que tus ojos percibían en la belleza de las cosas, y los llenaba de lágrimas enternecidas. El amor te hizo penetrar los seres hasta profundidades divinas, y abrió en tu alma las fuentes de una poesía insospechada. Por eso nadie comprendió ni nadie amó a las criaturas como tú" (3).

* * *

La proclamación, la defensa y el triunfo del orden sobrenatural, son sin duda el primer empeño y propósito, el primer oficio de la ACCION CATOLICA; y desde este punto el

(1)—Rubén Darío, **Los Motivos del Lobo.**

(2)—Jesús Enrique Lossada: **La Cigarra de San Francisco.**
(3)—Lekeux, **Ob. Cit.**

amparo y patrocinio de San Francisco de Asís reviste caracteres de notoria necesidad, oportunidad y trascendencia. Estamos hechos para subir, para internarnos en las recónditas y miríficas alturas eternas. Por cuanto respecta al cuerpo, coincidimos con el animal, por eso San Francisco apellidó a su cuerpo *hermano asno*; mas por el lado de la inteligencia, tenemos de ángel, somos señores del universo en cumplimiento del fin de la creación, cierto no con señorío omnímodo, sino condicionado, subordinado al Rey Supremo de cielos y tierra, de Quien hemos recibido el ordenamiento para la inmortalidad. Si atendemos sólo al cuerpo, a tratarlo con pleno gusto y holgura, descendemos, nos bestializamos. Nada se consigue, por lo tanto, y sí mucho se pierde, con halagar al hombre en sus instintos inferiores, que son la voz de la carne, el grito de la bestia; es preciso empujarlo hacia arriba, procurarle su propia estima y honor hablando a sus necesidades y destino superiores, la Verdad y el Bien supremos sin mezcla ni límite, que son la vida, la satisfacción y sosiego del espíritu. Es por ahí por donde él se eleva a la esfera sobrenatural, al ápice de la fe, a Dios, el ideal soberano, la sabiduría verdadera, si no logra la cual "nada valdrá —dice la Escritura— por más alto y consumado que se hallare" (1).

(1)—Sabidur. IX, 6.

II.

EL SIERVO DE DIOS Y DE SUS SEMEJANTES.

En medio de las prendas de simpatía que le granjeaban tantos amigos; en medio de una notoria idoneidad para el ejercicio lucrativo del comercio; en medio de los hábitos romancescos, de las curiosas aventuras y regocijadas zambras, de los festines opíparos, de los frecuentes torneos y ágiles escaramuzas, que el bizarro Francisco encabezaba como airoso árbitro, y con que los jóvenes se recreaban ellos mismos y ora molestaban, ora complacían a las familias; en medio del lujo y boato desplegado por el aspirante a caballero, que hacía pensar al padre, —con eso y todo ufano de los talentos y envanecido de la reputación del hijo—: "Cualquiera diría que eres hijo de un gran príncipe y no de un simple mercader", Francisco felizmente derivaba de la educación materna un intenso amor y piedad lisonjera por los pobres. Madonna Pica, dulce, tierna, virtuosísima, satisfecha con la ventura de ser madre, que había arraigado en el corazón del hijo, entre otros muchos, ese precioso sentimiento de compasión, nunca desconfió de que por ahí fructificaría no tarde un cambio serio en la conducta pródiga, defecto de la adolescencia de él. A las amigas que se atrevían a motejarla por lo dilapidador y manirroto del muchacho, replicaba, no sin antes disculparlo; "¿A qué juzgáis del porvenir de mi hijo? En cuanto a mí, tengo la certeza de que él llegará a ser transformado por la gracia en hijo del Señor!"

Por su parte, con preciso y sólido criterio, no lejano de la inspiración evangélica, Francisco tenía a gala su carácter benéfico y excelente, pues razonaba el amplio y graciado desinterés con que apuraba su dinero, sus mercadurías y aun sus ricas vestiduras en liberal acudimiento de los desvalidos, movido cada día a brindarles con mejores y más abundantes dádivas: "Si tan desprendido y generoso soy con mis amigos, de quienes no recibo sino un favor vano y pasajero, justo se-

rá que por amor de aquel Dios que es espléndido en la recompensa, me muestre no menos amable y próvido con mis hermanos los pobres". Y con efecto, cierta ocasión en que quizás hallárase demasiado comprometido en los reclamos del negocio, no hizo caso de un mendigo que se acercó a pedirle; mas incontinenti reflexionó y dolido de su proceder descortés e indigno, díjose: "Si ese pobre hubiera venido a mí en nombre de un magnate, seguramente no le habría desatendido. Con mayor razón he de escucharle al ser enviado del Rey de reyes y Señor de señores". Y no bien lo hubo pensado, resuelto para lo adelante a no negar limosna que se le pidiere por amor de Dios, corrió en seguimiento del menesteroso, a quien dió excusas, abrazó con cariño y favoreció como a hermano.

La suerte de los débiles, de los oprimidos, de todos los infelices, ha contado siempre con una muralla de defensa y abrigo en las entrañas maternales de la Iglesia Católica; y contrapuestas a los circos y coliseos del paganismo, en la corona de los siglos cristianos hállanse engastadas mil instituciones sociales valiosísimas, recintos de descanso y caridad, erigidas por la fe de almas clementes a un grado sumo en alivio de enfermos, en socorro de inválidos y protección de sordomudos, en hospedaje de niños o ancianos, en refugio de huérfanos y viudas, en asistencia de pobres, en cultura de ignorantes, en ayuda de obreros, en albergue de peregrinos, en asilo de perseguidos, en redención de cautivos, en penitencia y rehabilitación de criminales. Si la fe no floreciera en la Iglesia, —juzga el Crisóstomo— y llegara a extinguirse el calor de la caridad, el Cuerpo de Cristo perecería... Sólo el amor de cada uno a los demás procura al cuerpo verdadera armonía. La caridad de Cristo es madre de todo bien. La caridad es la señal primera de los discípulos de Cristo, y más que cualquiera otra virtud, ella mantiene unidas nuestras cosas.

Imbuído todavía en sueños de gloria y entusiasmo caballeresco, ni pensando aún en dar el cuarto de conversión con que Dios le llamaba a sus filas, vemos ya a nuestro Francisco alzarse a rebato en noble anhelo de libertad e independencia, tomar parte culminante sin miedo a riesgo alguno, en el movimiento patriótico con que su ciudad natal, aplastada por una tiranía extranjera, se sacude al fin y se levanta en masa como fiera leona asaltando fortalezas, destruyendo torres y escudos, sembrando pavor adondequiera, para reivindicar sus fueros, abolir el sistema de la gobernación feudal e iniciar la éra próspera de los comunes y las repúblicas. Era batirse por la razón de la justicia, por la caridad y la paz,

por la equitativa repartición de los bienes, por el abasto y sustento de la clase opresa, por el honor y renombre de su Estado. "Francisco —dice el profesor Francesco Pennacchi— figuró sin duda entre los más animosos, lo mismo bajo los muros roqueros, que en la expugnación de los castillos: fueron estas empresas el acto inaugural de su misión de caballero de la humanidad oprimida, que luego, con más altos alientos y más nobles ideas, siguió poniendo en práctica, por medio de las palabras y las obras, aun en ocasión en que bajo el uniforme de sayal se consagró caballero de la vida evangélica perfecta" (1).

La misma patriótica exultación y generosidad manifestó en la civil contienda estallada entre asisienses y perusinos y en la prisión consecuente a la victoria de los últimos, de que fué él una de las humilladas víctimas. Siempre defensor de las causas bellas y justas, siempre firme y práctico en la posición favorable a los infortunados, su entraña palpitaba con el dolor y la esperanza de su pueblo; de manera que sin ciar en la oposición a la injusticia, sin rendirse a las afrentas que se le infligían, heredero de la vena provenzal que había plasmado su temperamento, no dejó un instante de ser el fiel cantor de la alegría trascendente, maestro de vital optimismo, y en la lobreguez, en el hambre y desamparo de la tosca cárcel, hízose ángel de paz, apóstol activo, plácido, de la reparación y del buen ánimo, en consuelo de sus desgraciados y llorosos conmilitones. No faltó entre los presos quien al punto se desagradara por los modos serenos y joviales del mancebo trovador, y llevase a mal su afición cantarina estando ellos como estaban bajo la pesadumbre de rudos tormentos y poseídos de negra nostalgia; mas a tal improbación, como aguijoneado en su interior por el trajín fogoso de alguna magna empresa, el imperturbable Francisco respondió en rasgo acaso de broma, pero en realidad formulador de un genial e iluminado vaticinio: "Yo gozo por estas cadenas y me alegro en el Señor, pues día llegará cuando todo el mundo haya de inclinarse en mi presencia".

* * *

Por merced de lo alto, como los grandes perdones suelen juntarse de manos con las grandes penas, acontece a menudo para con almas privilegiadas que la aguja del dolor les marca a la par en el mismo cuadrante, la hora del amor, la hora

(1)—Pennacchi, **L'anno della prigionia di S. Francesco in Perugia,** pág. 6.

de la gracia, la hora del llamamiento divino, la hora del oriente hacia la vocación definitiva. Si luego a luego no se pusiera mientes al caso de esta ostensión y señaleza, torceríase la misión que se ha traído al mundo, perdiera su rumbo la existencia, la morada no surgiría porque no se habían amasado los cimientos con las aguas de la fe y la caridad, vacías quedaran las manos, y aun corriérase riesgo inminente respecto del destino ulterior: sólo la fe y la caridad nos fabrican la mansión perdurable; la fe y la caridad solas nos inspiran, nos hacen ejecutar y nos acumulan las buenas obras, que son, dice San Lucas (1), *la bolsa que no envejece, el tesoro que no se agota ni en el cielo.* La enfermedad es así a las veces el golpeo de la misericordia, el propio dedo de Dios que toca a nuestra puerta, *sto ad ostium, et pulso* (2). El deber es abrirle para que entre y tome posesión de lo que es suyo; limpiar la casa echando fuera los estorbos de las pasiones y las suciedades del pecado, a fin de que libres y victoriosos podamos sentarnos con El en su trono y pedirle sus órdenes: "Señor, ¿qué queréis que haga?"

Una enfermedad y hasta dos, que tiñéndole el alma de colores sombríos y melancólicos, son óbice a la realidad de sus hazañas y le deslíen en vacío insípido el contenido de sus más preciados recuerdos e ilusiones; un sueño confuso en que la fantasía le presenta una dama hermosísima trajeada de boda en aula suntuosa y deslumbrante de trofeos militares coronados por la cruz; la voz que cree escuchar: "Esto es para ti y para tus caballeros"; todo colma a Francisco de encontradas emociones, todo le canta augurios de prestante carrera, todo le pronostica entre los suyos un rápido primado, todo le renueva sus antiguas aspiraciones de gloria en los varios afanes de las armas y en el pompático lustre de la Caballería. Pero los designios del Altísimo, cuya providencia es la sola que desbasta la tela del corazón, difieren harto de los pareceres e ingenios de los hombres; y sin quitarle ni disminuírle el albedrío por las gestas heroicas, cuando era aún presa del delirio de lauros y de premios, déjale oír la misteriosa voz que le entabla un diálogo: —Francisco, ¿quién te ayudará mejor, el señor o el siervo? —El Señor. —Entonces, ¿por qué quieres tú dejar al Señor, que es tu Dios, para seguir al hombre, que es el siervo? —¿Qué quieres de mí? Habla, que tu siervo escucha. En oyendo el llamado de la gracia: —"Niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme", sin mora ni réplica el resuelto Francisco, con la misma prisa que gastaba para

(1)—Luc. XII, 33.
(2)—Apocalip. III, 20.

satisfacer sus esperanzas en el mundo, con el mismo brío de sus ansias de caballero en aquella edad áurea de la Caballería; decimos mal: con prisa muy más urgida, con brío asaz más esforzado y eminente, rompe los vínculos terrenos y desdeñando las delicias perecederas, desprendiéndose de la propia voluntad, sin reservarse apenas una mínima sobra, liga en absoluto sus potencias y energías, sus sentidos, su alma, su vida entera al servicio y voluntad de su Dios, del Padre que está en los cielos. Si mira atrás, aquellos corteses galanteos y animadas justas y honores y deseos de conquistas brillantes, parécenle no más vanidades superfluas, fatuas quimeras, necios hastíos y codicia. Júbilo insólito baña ahora todo su ser, y como no es persona mediocre, sino concreto y cabal, que en todo "da con el meollo", hecho a sobresalir, no se detiene en las cuestas, asciende valerosamente a la cúspide empinada hasta tocar, en cuanto sea posible al hombre, la Luz y la Verdad de Dios, el Sol de la Humanidad de Cristo, para impregnarse de sus rayos, imitarlo, conformarse a El y luego irradiarlo de sí, comunicar a los demás su calor y su fuego. Héroe en otro orden, héroe por el amor, héroe por el sacrificio, los altos hechos con que vivirá su vida toda santa, con que realizará su misión toda apostólica, con que hará celebrar en la posteridad su empresa augusta de humildad y de amor, con que su recuerdo triunfará del olvido, traman la más grandiosa epopeya, cuyo pórtico se yergue en el proscenio del tiempo sobre cenizas y espinas, pero su desenlace y corona se transfigura y resplandece en trono de luz por eternidades perpetuas.

* * *

Después del acto de despojo admirable, conmovedor, en presencia de su padre enfadado, de su compasivo obispo y de numerosos conciudadanos fisgadores, con que lleva a cima Francisco el desapego y dejación de toda propiedad, aun del traje que viste, y se confía en absoluto al Padre providente del Cielo, acto que impone silencio al grupo y por el cual ha imaginado alguien la hermosa coincidencia de que sola, entre la muchedumbre, la madre Pica, bañada en lágrimas, sentiría como la Madre de Jesús, que voces lejanas le gritaban: "Bendito el fruto de tu vientre"; después de ese despojo efectivo que para la humanidad representa un rayo agudo del sol del Evangelio, el ósculo relampagueante a un leproso desaparecido luego, es la primera y más hermosa prueba de amor, de obediencia, de consagración y de fidelidad a su Dios y a su cónyuge la Altísima Pobreza; es la primera señal del heroís-

mo interior con que Francisco va a corresponder, siervo bueno y cumplido, al llamamiento de Jesús: "Niégate a ti mismo!"

No obstante la especial solicitud desplegada por varias congregaciones, como la Orden de San Lázaro, la de los Crucíferos, etc.; no obstante los devotos y lastimeros ritos de la segregación del leproso, una vez declarado tal, quedaba éste hecho un ente: era un asco, excluído de la sociedad, del cual se huía desde lejos por miedo del contagio y de la fetidez, por la natural desazón que acarreaban la podredura carcomienta de las carnes, los sucios colgajos supurados, la consiguiente horrífica fealdad. Acaso para Francisco de su natío nada hubiera más repulsivo ni medroso, de forma que aquel movimiento de dentro, exordio patético de moral atletismo, en pro de tal enfermo, por lo mismo que supernatural, tuvo de ser sobremodo violento y arrebatado: *regnum vim patitur*. Fué un paso fulmíneo de gigante en la senda imposible, una estupenda victoria en el dominio y santificación personal que produciéndole de súbito bienestar indecible, le hizo por una parte comprender el valor y la dignidad de un hombre, el mérito del trabajo, la majestad espiritual del dolor, y por la otra le hizo amar para siempre lo que enantes repelía, conforme le ofreciera la voz que solía oír: "Si quieres hacer mi voluntad, empieza por despreciar y odiar cuanto aman y desean tus sentidos, y en cambio desear y amar cuanto hasta ahora has odiado y despreciado. Así, se te trocará en insufrible y amargo lo que te parecía amable y dulce, y se te volverá gran alegría y dulzura lo que hasta ahora has detestado". Enseguida, no sólo no se aleja del leproso, ni a presencia de él ocúrrele ya el gesto de los judíos ante el sepulcro de Lázaro, ni le aversa la vista de las llagas, ni le provoca a náuseas el hedor, sino regocijado visita con frecuencia el hospital, es cada día más amigo de aquellos enfermos del buen Dios, y para una más valedera y gustosa y extrema penitencia, según testimonio de San Buenaventura y de los Tres Compañeros, exuberante de sentimiento, pide servicio en la enfermería, asiste a los pacientes con la más asidua presteza, los colma de limosnas y agasajos, les asea los lechos, les lava las manos y los pies, suavísimamente les cura y limpia las úlceras, les besa las partes putrefactas, les mitiga los dolores con la miel de afectuosísimas palabras, les canta sentidas estrofas, bálsamo de caridad, hijas de la íntima ternura de su pecho, con imponderable predilección los compadece de lo profundo del alma y se somete a todos humildemente (1). Da así una serie de lecciones e-

(1)—Tres Socii, n 57.

jemplares que en el siglo XX, siervo de Mammón y de Belial, tienen aún vibrante aplicación: lección de heroicidad interior, para quienes creen únicamente en las hazañas de las armas; de pobreza, para los que sólo aspiran al honor terreno, al oro y al laurel; de trabajo, para aquéllos que no aplauden sino la nobleza de las cunas; de aliento, para los que se entristecen y decaen en la tribulación; de alegría vital y generosa, para quienes ven deforme al mundo y consideran al artístico cuerpo humano como aliado obscuro del demonio, y no como fuente de legítimos goces (1).

Lograda esa victoria, prosigue Francisco con mayor y mayor empeño el ejercicio del amor de Dios y del amor al prójimo, función incesante que ministra con fausta diligencia, habiéndose hecho pobre y sufrido para comprender mejor los sufrimientos del pobre, aportando de sí cuanto puede en la vía del sacrificio, sin aguardar reintegro. Es mejor dar que recibir; feliz el que da, el que alarga la mano al pobre para remediarlo, pues remedia a Cristo, el primer pobre y presente en todos los pobres. Con urbanidad y cortesía, con gentileza y comprensión, el alma expansiva del Siervo de Cristo no separa el amor y servicio a las criaturas del servicio y amor que se debe al Creador, convencido de cuán semejantes entre sí son los dos primeros preceptos de la divina Ley. Si trepa ágilmente a la montiña para orar a solas, y estar más cerca del cielo, y oír mejor la voz de Dios, a la ligera busca en el valle los desechos de la miseria para ponerse más en contacto con las congojas humanas y procurar repararlas. Favorita de su vivo fervor es entre otras esta jaculatoria: *Deus meus et omnia*"! Su oración es amplísima, sin horizonte, universal. El es la plegaria personificada. Sin acepción transforma en sí los sentimientos y necesidades de cuantos sufren para presentarlos al Señor como holocausto propio. Sus beneficios no tienen número, *transit benefaciendo*, como el Salvador. Aprovecha las fiestas eclesiásticas: la Encarnación, la Navidad, la Santa Cena, la Cruz, para adorar al Amor y conseguirle adoradores. A él se deben los Pesebres o Nacimientos, con que las familias atraen los niños a la Cuna del Niño Dios; es el devoto y propagador del culto al Santo Nombre de Jesús con San Bernardino de Sena; con San Buenaventura exalta las piedades del Corazón Divino; es el precursor afortunado del dogma de la Inmaculada Concepción con Duns Escoto; proclama el Reino de Cristo y se hace apóstol de esa Realeza: Soy el pregonero del Gran Rey!; con Santa Clara opone a la ceguedad de los herejes como un so-

(1)—Vid E. Pinto, **Francisco de Asís y la revolución social.**

berbio y divino Foco el Sol de la Santísima Custodia; y cual otro Cristo, en fin, trueca el Alverno en Calvario y alborecen en sorprendente halo de gloria sobre sus pies, sus manos y su costado los cinco luceros de las llagas de Cristo. Y sin embargo de cuanto ora y de cuanto actúa y de cuanto sufre, le parece muy poco, por suerte que después de largo tiempo de trabajar en la Viña, casi en sus postrimerías, cual si temiese quizá le fueran disminuidas las delicias del milagro del dolor, dice ingenuamente a sus compañeros: "Comencemos, hermanos, a obrar el bien, que hasta ahora poco o nada hemos adelantado", o se dice a sí mismo: "No he sufrido bastante; no me he sacrificado bastante, ni siquiera soy digno de la sombra de la corona de espinas".

* * *

En atención a la mudanza asombrosa de sus costumbres y al no menos asombroso celo con que procede, lo cual a todos les es incomprensible, sus antiguos colegas de ronda juvenil, las familias, las clases del pueblo y hasta la golfería de la calle, lo toman por loco, lo afean, lo desprecian y lo burlan; pero él, consciente, impávido y tenaz, en perfecto equilibrio mental, sin que se altere su bondad e ingénita alegría, no rehuye las penas ni la irrisión ni las persecuciones, más bien las busca y las afronta, y continúa su vida de pobreza, de penitencia y de amor. "L'Amore non é amato!" es su clamor permanente, el grito que le sale del alma. Llega entre tanto el día en que la realidad compensadora se impone. Los mismos que lo han desloado, se avergüenzan ya y empiezan a admirarlo. Unos pocos se adhieren a su escuela como los apóstoles en la del Maestro. El va de ciudad en ciudad, en Asís, en Perusa, en Bolonia, en Arezzo, predicando con encendimiento, limpiando y renovando conciencias, realizando curaciones y prodigios diversos, dando salud a cuerpos y resucitando almas, transmitiendo su ardiente amor a los corazones, derramando la santidad a su paso. Las multitudes al verle llegar, le aclaman: "Ecco il Santo!", y lloran conmovidas al oírle. La docena de discípulos de los primeros días, al cabo de dos décadas, al rededor del pequeño santuario de la Porciúncula, "ciudadela de la Jerusalem terrestre", se acrecienta a una legión de cinco millares, nutrida y espléndida, —*multi ex nobilioribus et sanctioribus huius saeculi venient...* (1)— que forma en el célebre Capítulo de las cabañas o de las esteras, el "Campamento del Señor", como lo nombró simpáticamente

(1)—Specul. XVIII, 37.

el cardenal Hugolino, todos abrazados a la enseña real de la pobreza. que es enseña de bien, de paz y libertad para las almas, enderezados hacia un heroísmo ya insólito, el heroísmo de la cruz, animados todos de un entusiasmo y ardor unánime de dolor y de martirio, según la profecía de Ezequiel: "Les daré un solo corazón, pondré dentro de ellos un espíritu nuevo" (1).

Francisco debe, es su misión, atraer muchas y muchas almas al conocimiento del Grande y Primer Amor. Toma para sí este mandato del Evangelio: "A los que encuentres, empújalos a que vengan para que se llene mi casa" (2). "Francisco evangelizaba a las turbas, dicen los Tres Compañeros (3), recorriendo ciudades y aldeas, y anunciaba el reino de Dios no con palabras de humana sabiduría sino con la virtud del Espíritu Santo... Todos admiraban la fuerza, la verdad y la eficacia de sus palabras, las cuales no provenían de humanas enseñanzas, y hasta los literatos y doctos acudían a oírle como a un hombre del otro mundo... Muchos del pueblo, nobles y plebeyos, clérigos y laicos, conmovidos por sus exhortaciones y visitados por la inspiración divina, comenzaron a abandonar las vanidades de la tierra y cuidados de este mundo y a seguir sus huellas". Predicaba más con las obras y ejemplos que con las palabras, mostrando la verdad a secas, muy lejos de la mentira y adulación de las pasiones. Sin miramientos pintaba con colores sombríos como una abominación el espectáculo del lujo y placeres dominantes. A los pobres llamaba a la resignación; a los ricos pedía la beneficencia; a todos, la paz y el amor. Enseñaba la ley del trabajo y la virtud, por sobre los privilegios del poder y del dinero; la igualdad de todos los hombres por su origen, por sus derechos naturales y divinos, por sus fines últimos, por el amor mutuo, sin otras preeminencias sino las derivadas de la virtud, del cultivo del talento, de la acción del trabajo, de la observancia del deber.

Por todas partes repite sin cansarse como un estribillo: "L'Amore non é amato!" y en su discurso de *verbo simplici sed corde magnifico,* como él no ambiciona sino la gloria y el amor para el Amor, se humilla, se rebaja, se esconde, dícese a sí mismo *idiota* y a sus frailes llama iletrados, *nescientes litteras.* Empero. "su *idiotez* tan pregonada, concuerda admirablemente con la intuición intelectual que, prescindiendo de discursos fatigosamente elaborados, se alza de un brinco a la

(1)—Ezech. XI, 19.
(2)—Luc, XIV, 23.
(3)—Tres Soc. p. 74.

genial visión de las verdades primarias de la sabiduría religiosa", así lo asienta el Padre Sarasola (1), quien agrega: "Jamás se preció él de intelectual y dialéctico, ni se ahincó en ningún trance de la vida sobre los silogismos para levantar edificios de doctrina y manifestar a los hombres los grandes tesoros que encierra el Evangelio de Cristo. Nunca fué maestro de cátedra ni peripatético de ninguna academia, sino maestro profundísimo de vida cristiana, un verdadero *idiota* ante los dialécticos especulativos. Pero su pura y acendrada *idiotez* es pura y acendrada sabiduría, que intuye con pasmosa visión las más fecundas y eternas perspectivas de la vida y doctrina de Cristo".

¿Cuál es el secreto de ese éxito extraordinario e inaudito? Es que Francisco parte del *Servite Domino in laetitia*, y nadie como él con igual transporte ha sonado tan cabal y acordadamente esta nota. La alegría en la pobreza, la alegría en el trabajo y el sufrimiento, la alegría en las contradicciones y amarguras, la alegría en la humildad y la penitencia. La alegría le es una oración y la oración un manantial de alegría. Por eso con una taumaturgia positiva y estupenda, que establece cierta maravillosa coincidencia y conformidad de Francisco con Cristo y en que "la ciencia se ha vengado del escepticismo", en frase de Chesterton, el Siervo de Dios, pobre y sacrificado, se abre paso muy blandamente en las almas, mediante la riqueza de una acción concreta, con obras de opulenta bondad a las que aguarda una consistencia diuturna en la sociedad y en el apostolado universal.

San Francisco tiene puntos de parecido con San Pablo, cuyo fuego emula. *Mihi absit gloriari nisi in Cruce* es ansia de entrambos. San Pablo es arrebatado al tercer cielo; San Francisco, crucificado mística y sensiblemente en el éxtasis del Alverno. Hay una analogía notable en la doctrina acerca del amor del uno y el espíritu de alegría vital del otro. Ambos han bebido el amor y el júbilo en la fuente única: el Corazón deífico de Jesús. Y si de San Pablo tan elocuentemente dice San Juan Crisóstomo: "El corazón de Pablo es el Corazón de Cristo", de San Francisco decimos: —El cuerpo de Francisco es el Cuerpo Crucificado de Cristo.

Dice San Pablo: "Aunque hablase el lenguaje de los hombres y de los ángeles, si no tengo el amor, no soy sino un metal que resuena y un címbalo retumbante. Y si tuviese el dón de profecía y conociese todos los misterios y todas las ciencias, y tuviese toda la fe necesaria para transportar las montañas, si no tengo el amor, nada soy. Y aunque distri-

(1)—R. P. Luis de Sarasola, O. F. M., **San Francisco de Asís.**

buyese todos mis bienes para alimentar a los pobres, y abandonase mi cuerpo para ser devorado por las llamas, si no tengo el amor, de nada me sirve... Haced todo en el Amor (1).

"Dios hace resplandecer su amor por nosotros, pues aun siendo pecadores, Cristo murió por nosotros... ¿Quién nos separará del amor de Cristo: la tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada?... No, todo esto lo superamos por Aquél que nos ha amado. Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni el presente, ni el futuro, ni la fuerza, ni la altura, ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús nuestro Señor" (2).

De Francisco dicen los Tres Compañeros, nº 29: "Su corazón estaba tan alegre en el Señor, que hasta su cuerpo, débil y flaco, cobraba fuerzas para sufrir alegremente por el Señor cualquier amargura", siendo su mayor y más puro júbilo sufrir por Cristo y por el amor de Dios. Rebosa de candor y de ternura el diálogo entre él y Fray León sobre la perfecta alegría, yendo un día de molestoso invierno desde Perusa hacia Santa María de los Angeles. Resumámoslo: "'La perfecta alegría no está en dar gran ejemplo de edificación y santidad; no en iluminar a los ciegos, curar a los tullidos, arrojar los demonios, dar oído a los sordos, pies a los cojos, habla a los mudos; ni aun en resucitar muertos de cuatro días; ni en saber todas las lenguas, las ciencias y la Escritura; ni en profetizar y revelar los secretos de las conciencias; ni en hablar lenguas de ángel y conocer el curso de los astros y los tesoros ocultos de la tierra; ni en convertir todos los infieles a la fe de Cristo..."

"hermano León,
tu fe no se engría;
en eso no existe
perfecta alegría".

Y como Fray León le insistiese, admirado de cuanto le había dicho, para localizar la alegría perfecta,

"Francisco sonríe bajo la capucha,
y dice al hermano que dócil le escucha:
—Si el fraile Menor, manchado de lodo,
al convento vuelve, vacilante el pie,
y el portero, airado, murmura: "¡beodo!"
y su faz golpea y le grita: "¡ve!"

(1)—Ad. Corinth. XIII, 1, 2, 3.
(2)—Ad. Rom. VIII, 35.

Y el fraile Menor lo sufre paciente,
puesta en Dios el alma, fija en Dios la mente,
y de amor del hombre lleno el corazón
sin dejo que amargo su pecho contriste,
hermano León,
ya has mejoría,
y escribe que en esto no hay duda que existe
perfecta alegría" (1).

* * *

Sea un deber de la Acción Católica agradecer al Señor la asistencia del Seráfico Medianero en esta hora tan difícil del mundo, y tan parecida a la en que él vivió en lo confusa y enmarañada, en lo ardiente, en lo egoísta. Cuando la humanidad ciega iba desalada tras el regalo, la satisfacción corporal, el lujo y todos los placeres, Francisco con pasión vehemente devoraba el ayuno, las privaciones, las tribulaciones, las pesadumbres y molestias de todo género y suspiraba por la cruz y el martirio. Se había sumergido en el dolor y la pobreza a la manera que el codicioso se hunde dentro de la tierra en solicitud de oro, y es este aspecto de su personalidad, en concepto de Chesterton, lo que constituye un reto a la mentalidad moderna en todo el problema de la persecución del placer.

Francisco encuentra que la sociedad ha retrogradado hacia el caos del paganismo al perder el derrotero de la Verdad y del Amor. El paganismo representa la instauración de todos los linajes de egoísmo en la conducta humana, que se aleja así de la ley del amor divino, para no tender sino a lo que pretende útil o de acuerdo con los instintos bajos y depravados de la naturaleza. De ahí en individuos, sociedades y pueblos, la confusión de los errores, el desprecio de los principios, de las tradiciones y de las creencias, el predominio de la materia, la livianez de las costumbres, la esclavitud al dinero, la disminución de la personalidad, y a la postre, el malestar y la ruina. Los sinsabores actuales pertenecen principalmente al orden del espíritu. La generación presente anda en desorden y en guerra, bambolea ebria y loca, sin sosiego y sin paz, por la falta de verdad, de justicia, de equidad, de Dios. *Non est veritas, et non est misericordia, et non est scientia Dei in terra* se lee en la profecía de Oseas (2). Las inteligencias olvidadizas desconocen la senda de la verdad. Las voluntades pusilá-

(1)—J. Vicuña Cifuentes, **La Perfecta Alegría.**
(2)—Oseas, IV, 1.

nimes no han fuerzas para querer el bien. Los desaciertos y los vicios se multiplican. Día tras día los problemas se ofrecen más obscuros e insolubles. El hombre no quiere servir a Dios, sino que Dios le sirva a él. Cómo consta que cuando se va en busca de la luz sin usar el arte y medios propios de encontrarla, se hace el viaje peor que en vano: no se regresa tal como se fué, pues sin saber más que antes, se vuelve lleno de errores. "El bien y el mal han llegado a las manos en duelo gigantesco", decía Pío XI (1). Y Rubén Darío dijo: "El mundo tiene enfermo el corazón". La paz y calma de las conciencias es la puerta franca para la mejora social. "Tened siempre paz en vuestros corazones vosotros que vais llevando la paz a los demás", enseñaba San Francisco. Esa paz es la paz de Dios, la paz de su Cristo, lema primordial de la Acción Católica, que labora por el Reino de Cristo en las personas, en la comunidad, en el universo entero.

Sin eludir el orden espiritual y sobrenatural, San Francisco con su ideal de pobreza, de trabajo, de fraternidad, laboraba por la paz del Reino; se dirigía a los holgados y cómodos lo mismo que a quienes padecen y lloran, para todos era persuasión, *benignidad y humanidad* (2); no embestía a los ricos, y eso que la arrogante avaricia de ellos había sido la causa de la general malaestanza; no impugnaba la riqueza; presumía infundir a los ricos la caridad, quería que la riqueza fuese bien empleada y se procurara su más equitativa proporcionalidad entre las clases, sin privilegios, ni abusos, ni ambiciones. Así se explica el ímpetu genial de su predicación hasta en las plazas públicas, la ingenua correspondencia de los pueblos que acudían en tropel a escucharle, *tota paene civitas convenerat,* y recibían sus sermones como el mensaje mismo del divino Obrero de Nazareth. "No es misticismo inerte, egoísta y solitario el suyo, —se podría afirmar de él como Don Juan Valera de la ilustre Santa de Avila— sino que desde el centro del alma, la cual no se pierde y aniquila abrazada con lo infinito, sino cobra mayor aliento y poder en aquel abrazo, desde el éxtasis y el arrobo... sale porque El le ordena la caridad...; embriagado del amor de Dios, arde en amor del prójimo y se afana por su bien, porque anhela vivir para serle útil, padecer por él, y consagrarle toda la actividad de su briosa y rica existencia" (3).

Con el apostolado inmediato entre el pueblo, mediante el recto aprecio de las cosas del mundo, el Santo del Padre Nues-

(1)—Carta al Cardenal Verdier.
(2)—Ad. Tit., III, 4.
(3)—Elogio de Santa Teresa.

tro fué un verdadero economista salvador, "el único demócrata absolutamente sincero, apunta Chesterton— que anticipó todo lo que hay de más liberal y simpático en el temperamento moderno"; el que después de Cristo ha realizado "la obra más eminentemente social y popular de que hay memoria", dijo Renán. Si San Francisco viviese, viéramosle mediador en estos asuntos repercudientes del día entre burgueses y proletarios poniéndolos en paz. Fuera el caudillo de la cruzada moderna de cristianización de las industrias, y sin tomar huelgo volaría por tierra, mar y aire, en el sublime propósito de dilatar el Reino de Cristo, a educar las clases, a mostrarles las fuentes de la vida espiritual, moral, intelectual y física. Viéramosle sobre todo en esta crisis de las masas, que apostatan de su credo, Proyectarles la visión de águila del excelso Piloto León XIII, cuyo ojo se anticipó a penetrar los lejanos peligros escondidos detrás del horizonte, llevarles el verbo de luz del gran Pío XI, quien vió en los obreros considerables reservas de energía posible de canalizar, y convertir así en almo trofeo para la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, lo que no parecía sino segura y desastrada derrota. Es ésta no la menos egregia atribución y objetivo de la Acción Católica.

La Acción Católica, el nuevo ejército del Reino, ha menester soldados con gran cantidad de espíritu y exentos de mundanidad, dotados de la fuerza suprema de la caridad, hija del Espíritu, dulce, bienhechora, longánima; ha menester santos, los santos del Amor, vaciados en el molde de Francisco, para quien "Servir es Reinar". La tempestad de la guerra ha de cesar pronto, y bien aguardamos que, no obstante ser tan grande mal, llegará a la realización de grandes fines. "Dios muchas veces se vale de las pasiones de los hombres y de las desgracias de los pueblos para el establecimiento de la verdad —ha escrito Poujoulat: el trabajo del mundo sobre sí mismo es trabajo de destrucción, pero la Providencia permite a menudo que las ruinas sean fecundas". Acaso en breve, este mismo mundo discorde, despechado y caótico empezará a experimentar el hambre de la verdad, del bien, de la calma y del sentido común.

De nuestra parte, oremos, laboremos y esperemos!

III.

EL PALADIN DE CRISTO

Jesucristo es efectivamente Príncipe, *princeps pacis* (1); Rey que testifica la verdad, *rex sum ego...* (2); origen y causa de todo principado y poder, *caput omnis principatus et potestatis* (3).

Varios pasajes de ambos Testamentos nos lo presentan en el nombre adorable, en el carácter augusto, en la obra divina y calidad excelsa de Rey.

El es la esperanza y bendición de las gentes, dice Jacob (4); la dominadora Estrella de Israel, profetiza Balaam (5); El recibe de su Altísimo Padre las naciones por herencia (6); celebra su real epitalamio y su trono permanece por los siglos de los siglos (7); ampara en su reino universal el abrazo de la verdad y la misericordia, de la justicia y la paz (8);

El gozará de un reinado sin fin, le anuncia el Angel a María en la hora brillante de la Encarnación (9); atrae a su cuna en la pequeña Belén, ciudad real de David, como primer regocijo en sus natales, a humildes pastores de su patria; y en seguida muéstrase a la gentilidad entera representada en reyes longincuos que han visto rodar por sus cielos la luz del gran Rey, los cuales vienen preguntando: *Ubi est qui natus est Rex?* (10) para adorarle, y le traen ofrendas simbólicas como el oro, emblema de la realeza: El es el Señor y Legislador Supremo de su Reino (11); Reino del que todos habemos menester porque todos hemos pecado, *omnes peccaverunt et egent* (12); Reino de cuya plenitud hemos recibido toda gra-

(1)—Isaías, IX, 6. — (2)—Juan, XVIII, 37. — (3)—Ad Coloss. II, 10.— (4)—Genes, XLIX, 10.— (5)—Númer. XXIV, 19.— (6)—Salmo II, 18.— (7)—Salmo XLIV, 2.— (8)—Salmos LXXI y LXXXIV.— (9)—Luc. I, 33.— (10)—Math. II, 2.— (11)—Math II, 29.— (12)—Ad Rom III, 27.—

cia e influjo vital, cuyas leyes y soberanía, soberanía y leyes espirituales y sociales, relativas a la Verdad y al Amor, alcanzan sin excepción, dentro del perímetro del orbe y hasta el cabo de los tiempos, a individuos, familias, gobiernos, magnates y naciones, *princeps regum terrae* (1); sin que pretenda defraudar la acción de los poderes políticos, pues ese reino se refiere al dominio de las almas y del cielo, y fuera insensatez pensar que Quien distribuye tronos en el empíreo apeteciese suplantar las mezquinas y transitorias potencias de la tierra, según habla el gran Padre San Agustín: *Non eripit mortalia Qui regna dat caelestia* (2).

Días antes de crucificarle, el propio pueblo escolta entusiasta al Heredero de David y lo aclama con hosannas y regias bienvenidas, como para entronizarlo y que penetre triunfalmente a tomar posesión del Santuario. Es la hija de Sion, según vaticinó Zacarías (3), regocijada para recibir a su Rey, al Salvador, al Justo, que viene pobre sobre una asna, pero será Dominador y anunciará la paz a las gentes. A los líderes de entonces, vendidos a los romanos y subyugados por ellos, érales intolerable y chocante el privilegio de la realeza en quien no fuera el César, por lo cual instigaron a las masas infundiéndoles así la acusación contra Jesús: *"a éste le hemos encontrado diciéndose el Cristo Rey"* (4). Por ese atributo sufre Jesús, por ése se ha expuesto a la irascencia farisaica, por ése muere, muere como Rey; y Pilatos en el cartel de la condenación, rinde para el mundo testimonio de la prerrogativa real, valiéndose de las lenguas a la sazón corrientes: el hebreo, el griego y el latín, *Jesús Nazareno, Rey.*

No importa que la humanidad ingrata y ciega se subleve contra Cristo. La Realeza divina resultará siempre triunfadora, como triunfó en el cielo al empuje recio y fiel de las legiones angélicas contra la hueste rebelde del príncipe de las tinieblas: *facta est salus... regnum Dei, et potestas Christi eius* (5); como ha triunfado acá durante las etapas consecutivas de veinte centurias, con que ha tenido a sus enemigos de escabel: *oportet illum regnare...* (6).

En efecto, la historia narra a la vez el surgimiento y la caída de los imperios, de las instituciones y los hombres; na-

(1)—Apocalip. I, 5.
(2)—Citado por A. D'Ales, Le Regne Soc. de J. C.
(3)—Zach. IX, 9 y 10.
(4)—Luc. XXIII, 2.
(5)—Apocalip. XII, 10.
(6)—I ad Corinth. XV, 25.

da queda estable, pesia las proezas pasmosas del valor y del genio. En medio de tantos fracasos, blanco de pasiones enconadas y ataques furibundos, sólo permanece en pie, en altura colosal, el Cuerpo Místico, el Reino de Cristo, edificado sobre bases perennales, gaje del imperio del Amor que preludia desde el tiempo su victoria para los años eternos. Hoy mismo, conmovidos de esperanza y santo orgullo, ¿no estamos presenciando esta inmortal consistencia, cuando el aclamado Pontífice Pío XII, en pos de la tradición ininterrumpida de los Vicarios de Cristo, por cima el fragor de la lucha, es la Luz única de verdad, de caridad y de paz, en la honda confusión y sombría revuelta que atraviesa la humanidad arruinada? Los poetas se preguntan a menudo qué ha sido de las naciones y su brillante poderío en la serie de los siglos, qué de los reyes y sus lucidas cortes y sus conquistas gigantescas, qué de los estadistas egregios y sus sabias leyes e ingeniosas invenciones, y uno de ellos contesta:

"el Hado, que no se inclina
ni ceja, cual polvo vano
los barrió,
y en espantosa ruina,
al pueblo y al soberano
sepultó".

Sólo de Cristo jamás se dejará de decir: *Vincit, Regnat, Imperat;* su Reino seguirá de trofeo en trofeo, al júbilo con que la Iglesia canta sin cesar: *Tu, Rex gloriae, Christe*! hasta el día en que, con el cetro de su Cruz y el escudo purpúreo de sus Llagas, presidirá la postrer asamblea universal de los pueblos, para pronunciar la final sentencia sobre los elegidos y los réprobos: *tunc dicet Rex...* (1).

* * *

Si bien en los comienzos, —es lo natural—, no se sintiera bastante fuerte y confiado, novicio aún entre los atletas de Dios, Francisco no tardó en hacerse, por medio de la oración y el recogimiento, al modo como la sangre se energiza y se renueva dentro el retiro silente del corazón, el hombre interior, el varón resuelto, el *homo cordis,* a un tiempo listo y vigoroso para una acción magnífica. Sus estilos y prácticas gentiles de etiqueta social, en cuanto flor de los jóvenes, su correspondencia cortesana a las atenciones que se le prestaban, su aspiración a dignidades y honras relevantes, su deseo de sobresalir en hazañas atrevidas, que no se compadecía con la

(1)—Math. XXV, 34.

medianidad, le habían formado muy a tono para atemperarse pronto a los requisitos y expansiones de la vida espiritual, para darse de un todo a Dios. El tenía mucho de soldado esforzado y diestro en la milicia, de adalid, guía y cabeza distinguido, de pregonero experto o panegirista de alabanzas, de paladín y denodado campeón de causas nobles, de heraldo y mensajero leal, de hidalgo y generoso caballero. Estas eximias y buenas partes va él a enderezarlas hacia la gesta espiritual, al ideal perfecto de un varón íntegramente católico, íntegramente apostólico: *Catholicus Vir Franciscus, totus Apostolicus.*

De los primeros actos en que aparece ya caracterizado Francisco al servicio del Rey, es el asalto con que le acometen unos bandidos cuando iba por la montaña celebrando en canciones provenzales las maravillas del Amor. —¿Quién eres? —Soy el heraldo del Gran Rey! Como no pudieran robarle nada, pues hallábase enteramente desprovisto y vivía de la limosna pública, creyéronle desalumbrado y lo tiraron a un pozo de nieve, ocurrencia que él recibió como especie festiva, y lejos de lamentarla, se le dilató el pecho gozoso de sufrir por el Señor, pues no le impidió seguir cantando: *gaudium relaxat* cor. No dice la historia si aquellos salteadores tomaron el acuerdo de reducirse al buen camino: acaso no sería para ellos todavía el momento decisivo de la gracia; pero quizás alguna impresión de misericordia y de remordimiento les quedaría en el alma.

Muy diferente fue más tarde el suceso de la conversión de los ladrones de Monte Casale. Como el *Pobrecillo* se hubiese propuesto una ocasión pernoctar allí al bajar del Alverno, el Guardián del eremitorio, Fray Angel, le refirió cómo poco antes habíansele presentado en busca de limosna unos ladrones que tenían infestados los alrededores, y la dureza con que los había tratado y corrido echándoles en cara su vergonzosa conducta. Dió ello motivo al Patriarca para aplicar a punto la Regla de la Orden: "A cualquiera que ocurra a los frailes, amigo o adversario, ladrón o malhechor, recíbasele cortésmente". El buen Guardián, en vez de recibir el asenso que esperaba de su Padre, fue reprendido por éste, y hubo de salir a averiguar el paradero de los criminales, llevarles alimentos y bebidas, pedirles perdón y conjurarles en cariñoso mensaje verbal de Francisco que renunciasen a la vida de pecado. Persuadidos por la humildosa prueba del fraile, reflexionaron y mudando de rumbo, de asesinos empedernidos trocáronse en cristianos excelentes.

Tal era la caridad seráfica, libre, vibrante, caballeril, amorosa y encendrada, la que se niega a sí misma, se pierde, se hu-

milla, *sibi viliscere,* por elevarse a conquistar súbditos a Cristo; la caridad que no se expresa en huecas fórmulas, antes se traduce en realidades de vida activa y eficaz, y como savia vital mantiene en comunión los corazones; caridad sin exclusivismos ni acepción de personas; ésa la que el gran Padre infundía a sus hijos, como necesaria al ejercicio del apostolado para derramar los carismas del Reino sobre todas las almas, siquiera algunas en apariencia no fuesen merecedoras de perdón; caridad ante cuyo encarecimiento se demanda el protestante Sabatier: "¿Qué pensamos nosotros en cambio, al vernos frente a los bandidos modernos? El terror, el miedo, el instinto de venganza y todas las leyes actuales, manifiestan a las claras nuestra actitud. Francisco abrigaba dos sentimientos completamente opuestos: el amor, amor sin límites, y la humildad, la verdadera humildad, que nos hace conocernos a nosotros mismos y a nuestra sociedad" (1).

* * *

El apostolado seglar no es nuevo en la Iglesia; se podría decir que el propio Cristo, al llamar a unos cuantos pescadores e investirlos de la misión de predicar, inauguró a su lado este ministerio laico, al cual se adhirieron allí mismo las santas mujeres y numerosos discípulos. Los apóstoles también aprovecharon luego en sus faenas la cooperación de personas de todas condiciones y categorías, desde esclavos hasta damas de la más significada distinción, que ponían solicitud especial por los divinos intereses, y eran calificados por San Pedro como linaje escogido, gente santa, pueblo de adquisición, destinado a publicar las grandezas de Aquél que de las tinieblas los sacó a su maravillosa luz (2). El llamado de Jesús: —Sígueme¡ "no envuelve necesariamente una vocación al sacerdocio o a la vida religiosa". Es la simple invitación a cumplir un deber elemental, a profesar, a practicar la fe, a ser buen hijo de Dios, buen soldado del gran Rey, buen cristiano, lo cual obliga a todos los fieles, que por la gracia del bautismo, según se expresa el Crisóstomo, no de otro modo que el mismo Cristo, se convierten en profetas, reyes, sacerdotes. El apostolado laico como cooperación, auxilio y complemento espiritual a la triple función de la jerarquía: la enseñanza, el sacerdocio, el gobierno, es considerado por este egregio Padre y Doctor co-

(1)—P. Sabatier, **Saint Francois et le mouvement réligieux au XIII** siécle.

(2)—San Pedro, Epist. I, II, 9.

mo parte de la esencia del cristianismo, ya que a todos por igual fue confiado el encargo de enseñar a las gentes, y para conducirlo a término es preciso que ninguno deje de sentirse responsable de los demás, —el pensamiento es del escritor francés Ernesto Hello—; que las pasiones sean reemplazadas por el ardor de la verdad, por la autoridad de la justicia, por la magnificencia de la solidaridad.

En aquesta época siniestra, cuando parece haberse echado por tierra el edificio de la Ley de Dios, especialmente los dos primeros preceptos que son su compendio, e independizádose el hombre al sacudir el sacro freno de la vieja moral inmutable; cuando sin embargo se alardea de amor al prójimo, de responsabilidad, de mancomunidad de intereses y destino, e irrisoriamente campan los odios y el desprecio de la humana persona, ocurre al caso ufanarse de las siguientes notables sentencias asimismo del tesoro del Crisóstomo, y que el distinguido Jesuíta Padre S. Tromp acertadamente aprecia de gravísimas y lapidarias (1):

1) Todos los cristianos son portaestandartes y cada uno debe mantener alto el nombre de Cristo ante pueblos y reyes;

2) Nada nos hace tan semejantes a Cristo como preocuparnos del prójimo;

3) Nada hay más frío que el cristiano que no se preocupa por la salvación de los demás;

4) Conducir los demás a Cristo es una actividad esencial del cristianismo... es más fácil que el sol no caliente ni ilumine que un cristiano deje de difundir luz a su alrededor;

5) Todos los males nacen de que reputamos como extrañas las cosas que respectan a nuestro mismo cuerpo;

6) El propio bien consiste en el bien del prójimo y viceversa... por esta razón Dios ha dispuesto que estuviésemos mutuamente enlazados;

7) Ninguno puede cumplir con su propio deber si descuida el amor y la salvación del prójimo;

8) Esta es la regla del perfecto cristianismo y ésta es su definición precisa y su máxima alteza: procurar lo conveniente a la comunidad;

9) No solamente a mí sacerdote, sino también a vosotros, mandó San Pablo cuidar de vuestros miembros.

En la ardorosa coyuntura en que se agita la sociedad contemporánea. la indiferencia o la mediocridad constituirían grave pecado. No hay quien no tenga asignada plaza en la fila y cada uno debe ocupar la suya como luchador, vasallo y

(1)—P. Tromp, S. J. El Cuerpo Místico de Cristo y la Acción Católica.

campeón a la par, en la reñida e hirviente batalla que crece y se recrudece de hora en hora, para rendir cuenta satisfactoria de las ganancias logradas con los dones y talentos recibidos, y poder clamar al fin: —He peleado el buen combate! Meses antes de morir, el mártir Pío IX decía: "He aquí por qué hay tan numerosos males: se reza y no se obra: se implora el auxilio del cielo, y no se hace nada de lo que agrada a Dios... Pregúntanse todos con honda ansiedad cuándo llegará el término de la tribulación. Yo contesto: —Cuando a las demostraciones de piedad que se hacen dentro de las iglesias, correspondan las obras de caridad y de celo practicadas fuera". La visión de Pío IX está en acuerdo con la del Grande Apóstol: *Fides... quae per charitatem operatur* (1). Podemos afirmar que las suyas fueron palabras precursoras del plan católico-social moderno, pues los cinco grandes pontífices que tan gloriosamente han ocupado luego la Sede de San Pedro, no han omitido paternales insistencias y aliento para empeñar al laicado católico en la defensa de las prerrogativas de Cristo y de su Iglesia: y a la Santidad de Pío XI le tocó el mérito de organizar en definitiva, con magistral videncia de expertísimo Caudillo y oportunidad incomparable, la milicia universal de la misma Acción Católica, la cual ha de desenvolverse a un tiempo como ejercicio de caridad para la reconquista espiritual de la humanidad alejada de Dios, como hacimiento de gracias a Nuestro Señor por el fuego de amor que trajo a arder a la tierra, y como forma insustituíble de apostolado muy al tenor de las necesidades de los tiempos.

* * *

¿Qué relación, cuáles vínculos se pueden señalar en la misión sobrenatural de San Francisco, que dieran motivo suficiente a la Iglesia para escogerlo abogado de las vocaciones sociales, o lo que es lo mismo, Patrono Universal de la Acción Católica, de este linaje de Orden, de Caballería del Reino de Dios, cuyo objetivo es laborar con la Cruz por blasón bajo la autoridad del Papa y la dirección de la jerarquía eclesiástica, a fin de lograr la paz de Cristo en el Reino de Cristo contra el naturalismo absorbente del neopaganismo? Pues, dado que el clero no era bastante a llevar al cabo la reforma necesaria, San Francisco es en su edad atormentada y calamitosa, a la que se asemeja tanto la nuestra, el primer abanderado del Señor; quien enarbola el estandarte del apostolado religioso y social; el repositor de este ministerio laico (simples legos

(1)—Ad. Galat. V, 6.

eran él y sus primeros discípulos, excepto uno) que hoy adquiere tanto auge en el desenvolvimiento católico, destinado como está a secundar a la Iglesia en la ardua e inaplazable empresa de reconstrucción cristiana de la sociedad. "Nosotros (seglares) hemos sido enviados en ayuda de los clérigos para salvar las almas, supliendo lo que ellos dejan de hacer. Cada uno recibirá el galardón no según el cargo que ha tenido, sino según el trabajo que haya ejecutado" (1). "El Señor nos ha mandado en apoyo de la fe, del clero y prelados de la Santa Iglesia Romana, y por eso debemos amarlos, honrarlos y venerarlos " (2). San Francisco poseía con creces las prendas que deben integrar al católico de acción; precisamente, la actividad espiritual suya, que han heredado sus hijos de todos lugares y tiempos, alcanza el apogeo en el apostolado, y la Acción Católica no se concibe sino como actividad universal de apostolado. Dominándose, negándose con valor a sí mismo a fin de entregarse sin reserva a la gloria de Dios, para Quien somos, y al bien de los demás, *non sibi soli vivere, sed et aliis proficeré* (3), pues las criaturas son la glorificación de Dios, desplegaba un celo positivamente caballeresco por la honra de su divino Señor, no consideraba mayor ni más noble ufanía que la de ser caballero de Cristo, y en tal virtud, abrigar el anhelo más vehemente de vivir y morir por la defensa y propagación de su ideal. Sus devociones para implorar la gracia eran la Divina Eucaristía, el corazón de nuestra fe, hontanar de toda luz y fortaleza, foco y centro de todo apostolado, cuya recepción es signo y distintivo de hombre de bien; la Encarnación, que le rebosaba de alegría, y la Pasión de Cristo, manantial de su espiritualidad, que le colmaba de dolor y le hacía verter llanto a mares; el Espíritu Santo, vivificador de la Iglesia, lengua de fuego que enciende el corazón del apóstol; la Virgen María, Madre y Reina de los apóstoles; el arcángel San Miguel, jefe de las milicias celestiales, escudo que resguarda las almas contra los espíritus malignos pululantes en torno de ellos con pretensión de aminorar la ancha plana del imperio de Cristo; los santos apóstoles Pedro y Pablo, fundamentos de la Iglesia. Distinguíase, ante todas cosas, por su obediencia y afecto incondicional a la suprema autoridad del Papa, —"si no estamos con el Papa hemos errado"; por su respeto sin medida a los obispos, que son padres de las almas, son el rostro de la Iglesia, y ocupan el trono mismo de Cristo; por su veneración a los sacerdotes, constituídos

(1)—T. Celano, II, n 146.
(2)—Speculum, c. 10.
(3)—Spira, Ofic. litúrg. antíf. 1 Ad Laudes.

en una sublime dignidad, custodios y dispensadores de los divinos misterios, directores de las conciencias.

Con tamañas preseas, virtudes que, repetimos, se exigen al católico de acción e indican sometimiento cabal a la Iglesia para pensar, obrar y sentir con ella, la figura de San Francisco luce como astro orientador en el adverso y borrascoso tiempo que corre, se ofrece a más y mejor cual vivo imán al aspirante a caballero y apóstol, y procurándole una más devota animación e intensa vida, le comunicará también el firme propósito de imitar la maravillosa cuanto humilde actividad del modelo. Es ciertamente encantador observar cómo se cuentan, sobre todo en la mesnada juvenil, ejemplares de selección y esperanza que no quieren ser higuera estéril, hojarasca sin fruto; que no hunden, bajo una capa de tierra, los talentos naturales y sobrenaturales que el cielo les ha otorgado; que comprenden cómo la fe y la caridad no son un traje para estar guardado en el baúl y usarlo cuando nos viniere en gana, sino de todos los días y de todas las horas, de nuestras obras y de nuestros pensamientos; que el apóstol, —lo dijo otro— como corsario de Cristo, corsario de almas, debe ir al encuentro de la nave enemiga, reducirla a la impotencia y transportar los tripulantes a la suya, para que se muden ellos también en corsarios del mismo orden; que las almas son perlas escondidas en los abismos del mar, y el apóstol, el pescador que extrae del fango aun las de menos oriente, para ofrecérselas a su Dueño y Rey.

Jóvenes, hijos de la luz, que conquistan el *ojo luminoso* en pro de los demás y de los intereses de Dios; caballeros de Cristo, que ocupan ufanos su puesto bajo la mirada amorosa de su Rey; gallardos mozos templados al crisol de la probidad y de la pureza, que se dan cuenta de cómo los mundanos bienes ahitan lejos y cerca; cómo estorban la fama, el bienestar y la gloria; cómo hastían la riqueza, la hermosura y el placer.

En no pocos de esa virtuosa juventud, "primavera perenne de Cristo", como la calificó San Jerónimo, adviértese cierta marcada afinidad espiritual con nuestro Padre Francisco, el amante de la naturaleza e intérprete de Dios, afinidad que viene a ser aliciente continuo hacia las cumbres de la perfección cristiana. Un Javier Frías, en la Argentina, admiraba en San Francisco la visión sobrenatural y el sentido de Dios en las cosas. hallaba santificada en el Serafín de Asís su propia sensibilidad por lo que adorna al mundo, y la pobreza le arrancaba expresiones conmovedoras como comprensión de la verdadera vida. Un Tito Palma, estrella de los universitarios chilenos, médico esclarecido y piadosísimo, de intelecto mul-

tiforme, al leer la Vida del Patriarca, termina: "Este Santo me gusta porque tomó el cristianismo en serio"! Un Ignacio Frías, en España, contento y halagüeño de suyo, sin sombra, como un niño, exclamaba: "No hay derecho a estar triste"! Nadie debe estarlo, y menos los jóvenes!" Un Pierre Poyet, inteligente normalista de París, sobre cuyo espíritu esparce San Francisco un poderoso encanto, intensificando su bondad y compenetrándole de suave dulcedumbre, sintióse vivamente atraído por la pobreza del "gigante de la caridad", como él mismo lo llamó; comprendió que el Amor sólo puede arder en el madero seco de la pobreza y no da fruto más exquisito que el despojarnos de nosotros mismos para enriquecernos de cielo. Un Domenico Vian, en Italia, joven amable y sonriente, cautivador y victorioso, simpático apóstol paulino, amigo de los niños, muerto en el sanatorio de Giussano a los 22 años, a cuya tumba acuden todavía en peregrinaje miles de adolescentes, como si se exhalara de allí una confortadora fragancia de santidad, o como si ellos tuvieran en su inolvidable *Memí* una bandera de gloria y un edificante programa de vida. Tómo por lema: *Poseerse y Donarse!* Ved cómo pensaba: "Nuestra fe debe ser epidémica, contagiosa, de lo contrario sería muerta!... Debo renunciarme a mí mismo, olvidar lo que a mí se refiere, sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto, no dejarme dominar por las cosas exteriores, a fin de conquistar el dominio de mí mismo".

* * *

Recorramos ligeramente los valiosos testimonios que en alabanza de nuestro Padre San Francisco han expedido los últimos pontífices, a quienes la Obra franciscana tributa la más acendrada gratitud.

El sapientísimo señor León XIII, astro cuya luz resplandeció en la Iglesia y en el orbe con fulgores inmortales, en encíclicas y bulas (*Auspicato, Misericors Dei Filius, etc.*), epístolas y alocuciones, fué tan entusiasta y expresivo como lo había sido Inocencio III por la misión y virtudes de San Francisco, "el varón eminente y único, apoyo y columna de la república cristiana, no escogido al azar, a quien la Providencia encargó la grande obra del restablecimiento de la salud pública" en una sociedad descimentada, corroída y enferma por la esclavitud de las cosas temporales, el frenesí por los honores y riquezas, la pasión por el lujo y los placeres. León XIII adhiere al espíritu franciscano, a la Orden Tercera, la salvación y con algunos accidentales cambios acordados al tiempo en rejuvenecimiento y mitigación de la disciplina pri-

mitiva, "Mi reforma social es la Orden Tercera", la hace susceptible para todas las clases, como elemento proporcionado al enderezamiento de las costumbres privadas y a la restauración moral de los pueblos.

El humildísimo y amantísimo santo eucarístico, Pío X, excita a alistarse en la milicia franciscana el mayor número posible de fieles, que laboren en la rehabilitación cristiana, recordando cómo florecieron en los antiguos milicianos las virtudes públicas y privadas; aplaude el acatamiento proverbial de las instituciones asisienses a la Silla Apostólica, que les ha comunicado tanta fuerza y vida, la fraternal armonía entre los terciarios, su amor a la penitencia, y recomienda ya se asocien a los trabajos de las corporaciones católicas.

Benedicto XV, el ángel de paz durante la guerra mundial anterior, en una encíclica (*Grata propediem*), un decreto y dos discursos, invoca en remedio del horrible azote a que asiste y le despedaza el alma, la idea pacificadora de San Francisco, poniendo como condición para la concordia común la regeneración moral individual; reafirma la regla de la Orden Tercera como que es el evangelio en práctica, y abriga grandes esperanzas en la conducta y caridad fraterna de los terciarios por ver de remediar las dos llagas principales de la moderna sociedad: el apego a las riquezas y la sed insaciable de placeres. Además, con un florón riquísimo blasona este pontífice ilustre la corona del Seráfico Padre, al proclamarlo "*Protector Celestial de toda la Acción Católica*, el renovador de la sociedad en el espíritu del Evangelio, precursor y apóstol de la democracia cristiana, que coloca el principio verdadero e indestructible de la humana fraternidad en la caridad y en la humildad de Cristo", son palabras del Papa al Conde della Torre el 8 de diciembre de 1916. Singular clarividencia, positiva oportunidad, las de la Iglesia que descubre cuanto aún se halla debajo el horizonte de la humanidad. El Papa se anticipa a mirar, por sobre las funestas secuelas de la guerra que arde, la resurrección y florecimiento del ministerio de la Acción Católica, y para abastecerlo y roborarlo, siquiera semeje paradoja, quiere prestigiar su celo y consagrar su actividad, a la manera como Jesús al primitivo apostolado, con el sello austero y la bendición fecunda del amor y la pobreza franciscanos, con lo que a la par pronuncia una mayor glorificación al más grande apóstol y patriarca de la Edad Media.

El esforzado e invicto batallador Pío XI, el Papa insigne de la Acción Católica, de las misiones y de Cristo Rey, en una encíclica, *Rite expiatis* y dos vibrantes discursos, confirma y reitera el patrocinio universal de San Francisco sobre la Ac-

ción Católica; exalta la figura y misión del patriarca como imagen viva de Cristo, cuya santidad extraordinaria le ha valido su prestigio secular, y vindica su persona y su obra de errados conceptos profanos y modernistas; pide la renovación del celo de Francisco, que todos estampen en el corazón su imagen sublime, que imiten sus virtudes, y que la Tercera Orden se llene con infinito número de cristianos.

"Necesario es reconocer en San Francisco un enviado por Dios, —dice Pío XI— no sólo para reformar la turbulenta sociedad de su época, sino también la sociedad cristiana de todos los siglos; y como quiera que nuestro inmediato predecesor le nombrara *Celestial Patrono de la Acción Católica,* es muy justo que nuestros hijos y cuantos trabajan, de acuerdo con nuestro beneplácito e instrucciones, en ese campo, procuren en unión con la numerosa familia franciscana, poner de relieve los hechos y virtudes del Patriarca, haciendo conocer su verdadero espíritu; de suerte que, desechada toda imaginaria figura formada por los adalides de modernos errores que halagan a los mundanos, aparezca sin sombras el ideal de santidad que en él se encarnó, conforme en todo con la pureza y simplicidad de la doctrina evangélica... (1)

"La Acción Católica no podría encontrar un Patrono más adecuado... pues la característica de San Francisco fué difundir siempre e incansablemente el fervor interior de que estaba embargado su espíritu. Ahora bien, el fin de la Acción Católica consiste precisamente en propagar dentro de las familias, de la sociedad, en el trabajo, el Reino de Dios, aquel Reino cuyo objeto no se podría indicar mejor que con el mensaje del propio San Francisco de *Pax et Bonum,* Paz y Bien.

"Todo esto alcanzó en él perfección tan elevada, que semejara más bien objeto de admiración que de imitación: sería necesario haber recibido la gracia en igual medida. Mas su principal particularidad consistió en haber causado con esta sublime perfección una oleada de santidad que ha podido penetrar en todas partes: tal era el espíritu de aquel Santo, que mientras vivió pudo comprobar que el mundo entero se había hecho franciscano.

"El gran Patriarca de Asís vive aún en nuestros días, no sólo en sus grandes familias religiosas, sino también en los numerosos terciarios diseminados por los confines del mundo, en las más altas como en las más humildes esferas de la sociedad. En dondequiera ha penetrado esta forma de santidad, porque a él le estuvo reservado difundir entre todas las clases sociales la imitación de aquella alta religiosidad y santidad

(1)—Encícl. **Rite expiatis.**

que debe constituír la primera aspiración de la Acción Católica" (1).

* * *

Pudiera alguien decir que entonces se confunden las atribuciones y los campos de la Acción Católica y de la Tercera Orden. Bien claramente han sido definidos por las directivas pontificias dichos respectivos campos, en tal modo que no hay lugar a promiscuidad de linderos ni de atribuciones entre ningunas de esas congregaciones meritísimas.

La Venerable Orden Tercera, por ejemplo, que "nació del corazón de Francisco como un tesoro para el mundo católico", es un Cuerpo cuyo fin peculiar de eminente piedad religiosa, interior podríamos decir, lo expresa el canon Nº 685: *ad perfectiorem vitam christianam inter socios promovendam*. Es una congregación cuyos miembros tienden primero a la santidad privada, a querer ser santo cada uno. Además, lejos de polémicas y bullicios, la Tercera Orden aspira por sobre todo a restablecer en la Iglesia la vida evangélica con el ejemplo silencioso y la predicación de la penitencia.

Mientras el fin primordial de la Acción Católica se vincula al apostolado, esto es, se traduce hacia afuera, a la santificación de los demás, sin excluír por supuesto la propia, porque nadie da lo que no tiene; y alguna vez, en posesión como está de la verdad y la justicia, tendrá que apelar a disputas y alegatos ruidosos, para librar y fortificar la fe y desalojar de sus posiciones a los audaces enemigos externos.

Como *la mies es mucha y los operarios pocos*, lo cual es propio y más cierto de los días miserables que vivimos, merced a la escasez de vocaciones sacerdotales, impónese mayormente la necesidad de los apóstoles o ministros seglares, que aporten su vocación y su vigor, que aviven su espíritu de lucha, que fomenten y coordinen sus fuerzas para secundar tan sublime labor en servicio de Cristo y en bien sobrenatural del prójimo. Este apostolado no es hermosa novedad del tiempo, tampoco empresa de índole privada u oportunista, mas de índole *oficial*, de urgente primeridad, por lo que Su Santidad Pío XI no titubeó en avalorarlo como "la niña de sus ojos"; está en conexión inmediata con el apostolado jerárquico; es una participación directa y consoladora de éste, que es la cabeza, como lo definió el propio Sumo Pontífice: la participación de los laicos en el apostolado verdadero y propio de la

(1)—Aloc. del 19 de marzo de 1927.

Iglesia, la colaboración de los fieles en el ministerio sacerdotal, episcopal y papal, en la obra de la dilatación, propugna y consolidación del Reino de Cristo tanto a favor de los individuos como en la vida de la familia, en el trabajo e industrias, en la prensa, en las ciencias y artes, en todas las esferas del orden social, civil y popular. Puede llegar a ser una luz que alumbre campos vedados tal vez al eclesiástico o dificultosos para recibir sus proyecciones.

Las otras asociaciones pueden y deben ayudar a la jerarquía, pero de modo privado y particular, no por constitución oficial. Y todas pueden y deben sí colaborar por cuantos medios les sea posible a las finalidades de la Acción Católica, como auxiliares de la misma, según lo pide y reclama el Padre Santo. La Acción Católica, institución joven aún, la obra providencial del momento histórico, requiere ser favorecida fraterna, benévola y comprensivamente por las demás, pero "de tal modo que, conservando éstas sus propios fines y normas de organización, cooperen eficazmente en utilidad de aquélla". "Unas y otras no se estorbarán en la labor a que se consagran, en conformidad con sus propios estatutos, aprobados por la autoridad de la Iglesia, antes bien se ayudarán y sostendrán a porfía" (1).

* * *

Elevemos el voto más ferviente y cordial por un amplio y florentísimo despliegue de la Acción Católica. Nuestra América, hija de la católica España, lo es aún más y primero de la Religión de Cristo, a Quien debe su bautismo, su ser, su vida, su prestigio, tradiciones y costumbres. Ella no podría, sin merecer la nota de ingrata y mal nacida, renegar de su fe cristiana, cifra que principalmente le resta como vínculo de unidad y símbolo de sus ideales y adelantamientos. Ella es además en dilatadísima porción hija de Francisco de Asís, el creador de las misiones, cuya Orden Menor, "grande entre las grandes Ordenes misioneras", dijo una vez la famosa revista "Razón y Fe", cuyos frailes, capellanes y compañeros de las expediciones de descubrimiento y conquista, trajeron al Nuevo Mundo desde un principio su intensa e incansable energía apostólica, a explorar territorios cuanto desiguales arriesgados, a trasponer escarpadas montañas casi inaccesibles y perderse en impenetrables selvas y ventiscas, expuestos a las garras de las fieras y a los venenos de reptiles enormes, a atravesar con frecuencia a nado ríos que semejaban mares,

(1)—Carta de S. S. Pío XI al Episc. Argent. 4 febrero 1931.

llenos de peligros y de saurios, a sortear a veces las mortíferas flechas de las tribus, a sufrir hambres y desabrigos prolongados, a superar dificultades indecibles e insospechadas penalidades, y todo por buscar almas, por crear pueblos y ciudades para vida culta y holgada de los íncolas y para dominio, corte y asiento del Gran Rey. "Los hijos de Francisco, decía el Papa León XIII, sembraron en la América por su trabajo, su genio y su celo, la civilización y la gloria". Ni por sueños figuráranse ellos que, en tanto organizaban sus Doctrinas y enseñaban los elementos primarios y el trabajo a los indígenas, al embalsamar estos ambientes del espíritu franciscano y abonar estos suelos con la franciscana sangre, estaban plantando los cimientos para un mundo por venir. Porque la América ha de ser sin duda la morada de ese mundo que viene, que recogerá en su seno hospitalario las razas dispersas, como centro de convivencia en la justicia, en la paz y armonía universal.

Francisco sí había mirado hacia lo futuro, piensa el ilustre Padre Agustín Gemelli, rector magnífico de la Universidad del S. C. de Milán, que ha enfocado con harto tino el problema franciscanista. "América, descubierta por un devoto —si no terciario— de San Francisco, evangelizada en gran parte por los franciscanos, nace a la civilización a la sombra de la bandera de un santo que parece distante de su desenvolvimiento histórico y de su fisonomía actual, pero como *alter Christus,* posee más que otros elegidos, según las promesas del Maestro, manantiales de agua viva para todos los siglos y para todos los pueblos; y en particular su espiritualidad intuitiva y activista conviene a los americanos" (1).

Siempre nos ha enojado oír decir que las juventudes de América son inhábiles para gobernarse y prosperar, incapaces de iniciativas, ignorantes, tímidas, ineptas, la frase es: "han muerto antes de nacer". Lo explicable hasta cierto punto es que su carácter esté dormido, que no se les haya enseñado a conocerse, ni a vencerse y superarse, a tener en alto el valor y dignidad de la persona, a hacer buen uso de la libertad. Lo que les hace falta es adquirir la ciencia de Dios que les vista, les dore y fortifique la inteligencia, espiritualizarse más y más cada día al fuego divino, "oxigenar el alma de gracia y virtud y respirar hacia el cielo", ha dicho un escritor, lo cual depende de la educación y cultivo por el bello y rico libro del corazón. Por este respecto, admitiríamos las "ideas fuerzas" del filósofo francés Fouillée, ideas fuerzas que se le traduzcan al joven, como en Simón Bolívar, en mirada de águila y mira-

(1)—P. Agustín Gemelli, **El Franciscanismo**.

da de lince juntamente, para descubrir con viveza pronta y perspicaz la verdad de los sucesos, de las cosas y de los hombres; y agregaríamos "afectos fuerzas", que le impelan muy arriba la entraña, como a Francisco de Asís, hacia el manantial de la voluntad y de la gracia, para no querer sino el bien. Rechacen de sí los jóvenes el egoísmo y amor propio, que es padre de las ruinas; dénse sin reserva al amor y culto del Soberano Rey, consagrándole en servidumbre humilde el corazón entero y trayendo a su corte el mayor número de vasallos. El miembro de la Acción Católica no tiene derecho a descansar en la gloriosa empresa de lograr la Paz de Cristo en el Reino de Cristo, fuente de la perentoria recristianización social, de la bienandanza de la familia, de la santidad de cada alma. Apóstoles celosos, apasionados, abrasados, son el menester de la hora. Surjan a miles esos santos y santas de las bellas partidas de la Acción Católica, gemas preciosas para la corona del Rey. San Francisco es el modelo consumado y perfectísimo, es el *homo cordis* necesario hoy como nunca: Francisco, que le pedía a Jesús le hiciera amar como El ama; Francisco, que se identificó con Jesús en el amor y en el dolor; Francisco, que no pensaba sino en amar lo grande y ser grande en el amor.

Loor a San Francisco de Asís, Heraldo y Paladín de Cristo, Patrón de la Acción Católica!

Viva Cristo Rey, a Quien sea sin fin todo honor, todo poder, toda gloria!

* * *

IV.

EL APOYO DE LA IGLESIA

Alrededor de Jesucristo, como centro y fuente, gira toda nuestra fe, toda nuestra ciencia, toda nuestra vida. Válganos de ejemplo el apóstol San Pablo, que no gastaba en la predicación discursos sublimes ni humanos saberes, antes no más juzgaba necesario *saber a Jesucristo, y a Este crucificado* (1); *Vivo yo ahora*, decía, o más bien, *no vivo yo, sino Cristo vive en mí* (2); *Para mí, vivir es Cristo* (3).

La gran Verdad, nuestra gran Verdad es, pues, Cristo, que debe no ocupar un elevado sitio en nuestra alma como un magnate cualquiera, no el primer sitio, como un amigo excelente y querido, sino llenar todo el sitio, llenar el alma entera, porque El es la única Verdad, el único Camino, la única Vida (4); y su Nombre que está por encima de todo nombre (5), es el solo que se nos ha dado debajo del cielo para ser salvos (6). Jesús es el fundamento primario y esencial (7), es la lumbrera (8), es la llave y la puerta por donde hay que pasar para hallar pasto (9), y es el tabernáculo (10). Es la piedra principal del ángulo (11), el principio y el fin (12), la verdadera causa, el mediador universal desde antes de la creación del mundo (13).

Lo que decimos de Jesucristo decimos igualmente de la Iglesia, esposa suya y madre nuestra, depositaria de su fe y caridad, encargada por El de conducir las almas en la vía de la salvación eterna. El magisterio de la Iglesia nos hace

(1)—I ad Corinth. II, 2.— (2)—Ad Galat, II. 20.— (3)—Ad Filipp. I. 21.— (4)—Juan. XIV 6.— (5)—Ad Filipp II. 9.— (6)—Hech. de los Apóst. IV, 12.— (7) — I ad Corinth. III, 11.— (8)—Apoc. XXX. 23.— (9)—Joan X. 9.— (10)—Ad. Hebr. VIII. 2.— (11)—Ad. Efes II, 20.— (12)—Apoc. I. 8.— (13)—Joan XVII. 29.

conocer a Cristo y vivir con El en su historia, en sus misterios, en la gracia de sus sacramentos, en su evangelio y en su cruz. Tenemos a orgullo el decirnos hijos de la Iglesia, y si experimentamos grande gozo por sus triunfos, en mayor grado nos conmueven en Cristo sus dolores y la acompañamos con más devota emoción en sus pruebas y tribulaciones, si bien descansemos seguros y confiados en la promesa indefectible del divino Esposo, de que Ella quedará siempre inmune e ilesa, más robusta y lozana, después de las penas y de las tempestades. Amar a la Iglesia, aprender de la Iglesia, vivir con la Iglesia, sentir con Ella, trabajar por Ella, es asentar nuestro cristianismo, a la manera del Padre San Francisco, sobre el fundamento inconmovible que Dios mismo quiso ponerle: Cristo Jesús.

Porque se sobrepujó, se excedió en su fuerza natural asimilándose como otro ninguno la vida de Cristo, más aún, conformándose a ella tan exactamente, Francisco fué escogido del propio Jesús para echarle hombro robusto a la Iglesia afligida, angustiada, tocada ella misma del asecho y malandanza general del siglo. "Vé, repara mi Casa, que se derrumba", estas palabras oye de boca del Crucifijo de San Damián, las cuales toma al pie de la letra, sale a gustar la reciedumbre, la nobleza y sencilla alegría del trabajo corporal, métese albañil y pintor, carga pesadas piedras y demás materiales, se consagra a reconstruír y ornamentar aquélla y otras varias iglesuelas, y a pesar de estar firme y más satisfecho de su cambio de vida, pues su gloria se ha desviado totalmente de los famosos torneos de la caballería como de cualquier otro linaje de batallas, no cae aún en la cuenta de que allí, con aquel mandato, se le constituye puntal excelso para sostener el edificio espiritual de la Iglesia y se le traza la figura de los monumentos positivos de bien y creadores de paz, que él ha de erigir.

* * *

Cuando el elenco de sus primeros entráticos iguala el índice del colegio apostólico y le da a comprender que la divina misericordia seguirá procurando aumento rápido a su congregación, Francisco se acelera, con filial devoción e ingenuidad de niño pero con arrojo de jefe, en acudir a la Madre Iglesia Romana, a solicitar la aprobación y beneplácito de la autoridad suprema para el nuevo género de vida común a que ya decididos probaban someterse, y poner en cuenta al señor Papa de lo que llevaban hecho, a fin de, según la voluntad y a las órdenes de éste, poder continuar las tareas apostólicas. La veneración y el amor los conducen a los pies

del Papa, de cuya íntima unión y armonía no pueden prescindir, pues aspiran a mantener por sobre todo la más fiel e inquebrantable adhesión a la Cabeza, a diferencia de cómo lo hicieran algunos fingidos predicadores, pseudo-penitentes y embaucadores que con burlescas demasías y desprecio de la ley de Dios contradecían la fe, se le enfrentaban al clero, calumniaban a la Iglesia, hasta ofrecerse el caso de unos cualquieras que designaron la jerarquía del Papa, obispos y sacerdotes asamblea del Anticristo, y so pretexto de penitencia corrían asolando hogares, pueblos y ciudades, de modo que aun amenazaban disturbar la tranquilidad de los Estados; con lo cual resultaba, dice el P. Hilarino Felder, la medicina peor que el mal que se deseaba curar, y la Iglesia debía concluír por perder la confianza en todo nuevo socorro que se le ofreciera.

La situación era harto embarazosa para los nuevos frailes: no escaso número de sacerdotes aseglarizados y aun obispos poco ejemplares, de cuyas bocas, ante la ardiente prédica de la pobreza franciscana, parecería escaparse la vieja palabra: *¿quién podrá seguir lección tan dura?*, se habían dejado alucinar por el señuelo del dinero, y las feas manchas de la avaricia y de la simonía se extendían demasiado dentro del Santuario mismo. El ideal de la pobreza evangélica estaba condenado a sucumbir, y destruídos los resortes del respeto para con el sacerdocio, ni se habría podido remediar la inmoralidad privante en el pueblo, máxime si se atiende a que aun la mayoría de los miembros del colegio cardenalicio, recelosos por tantos como aparecían con intención reformadora y a la larga se trocaban en herejes turbulentos y pertinaces, se mostraban ahora adversos y creyendo de buena fe que servían a Dios, juzgaban enormidad irrealizable o por lo menos insostenible las doctrinas y vida de vuelta al Evangelio siquiera bajo la dirección de la Iglesia por parte de Francisco y sus seguidores. En nombre de Cristo, Francisco, a no mediar su humilde respeto y sumisión, hubiera podido preguntar: —¿También vosotros rehusáis entender la lección evangélica? ¿No dijo Jesucristo: *Sed perfectos*, y la pobreza absoluta unida a la práctica austera de todas las virtudes no constituye la perfección y es en la tierra un espectáculo casi angélico? ¿Para qué sirve la gracia? ¿Y por qué dijo San Pablo: *Omnia possum in Eo qui me confortat?* (1).

Tan desgraciadas circunstancias eran aprovechadas por los dichos herejes como por otros, que hacían de la limosna

(1)—Ad. Filipp, IV, 13.

negocio lucrativo, o bien traficaban con la exterior estimación de una santidad convencional y disimulada.

Por fortuna la voz de la razón, de la verdadera piedad y del buen sentido, no podía callar en absoluto, y quien la pronunció esta vez fué el piadoso y prudente cardenal Juan Colonna de San Pablo, consejero principal de la Curia, más o menos en estos términos: "Si rechazáramos so pretexto de impracticable la petición y voto de estos Religiosos, seríamos responsables de sostener la imposibilidad de observar el Evangelio y tendríamos que tildar de mendaz al propio Jesucristo, autor del Evangelio". Y él mismo expuso al Papa: *Inveni virum perfectissimum, qui vult secundum formam sancti evangelii vivere et evangelicam perfectionem in omnibus observare* (1). Por lo demás, como el discreto y dolorido no menos que enérgico Pontífice Inocencio III, que había lanzado poco tiempo antes esta terrible reprimenda contra el clero de la provincia narbonense: "de todos se ha apoderado la avaricia, todos buscan la vida regalada, todos accesibles al soborno, por un presente absuelven al impío y privan de su derecho al justo" (2); como el Papa, reservado y perplejo para otorgar el consentimiento, hubiese visto en sueños bambolear en sus cimientos la basílica constantiniana de Letrán, y sobrecogido de espanto y pesadumbre la contemplase ya para caer, mientras un flaco mendigo se acercaba a enderezar con sus delgadas manos el edificio y sustentarlo sobre su hombro endeble, y luego reconociese en el mendigo a Francisco, a quien tenía presente, no pudo menos de exclamar: "Este es el varón santo que con sus doctrinas y sus obras está llamado a reanimar y sostener la Iglesia de Dios". Al consenso del pontífice, en momento de tan desesperado menester, Francisco obediente a la Iglesia, amante del prestigio de esta Santa Madre, viene a ser el apoyo del cristianismo vacilante, "cuyo influjo saneador de extraordinaria importancia, corre al través de los siglos, semejante a la pura y límpida fuente del evangelio, alimentada de la eterna sabiduría y del eterno amor", ha escrito el doctor F. Imle.

Es tal la ambición de Francisco por convertir almas, tal el gozo que le inunda el pecho al seguir el ejemplo del Maestro, tales las llamas de su celo por la gloria de la Madre Iglesia, tan amplia su esperanza por la extensión del Reino de Cristo, que sobrelleva las fatigas del apostolado entonando en lengua francesa jubilosos cantos al Señor, y su alegría, que no estorba a la serenidad del predicador, trasciende al ánimo de

(1)—Tres Socii, n. 48.
(2)—Inocentii III, Regestorum 1, III, 24.

los oyentes, le atrae las muchedumbres, por suerte que su sermón de penitencia a menudo se convierte en salmo y aleluya pascual. Su empeño es edificar, y se edifica con amor; en el amor reside su energía; todo lo resiste y soporta en calma y regocijo: su amor crece en actividad y fortaleza, porque cuando se sufre por el nombre y amor de Cristo y de la Iglesia, el dolor lejos de ser razón de aridez y desánimo es argumento de energía y fecundidad, la persecución y aun la calumnia, lejos de ser motivos de vergüenza, son título de honor y de dicha para el abatido o perseguido que sabe hacer redundar en gloria de Dios esas penas, esos ataques, esas contumelias.

Diríase que la mirada de Francisco abarca todos los confines del espacio y del tiempo, que su cabeza y su corazón son dos hornos inmensos de pensamientos y de amores, el uno tan vasto como la tierra, el otro tan dilatado y eminente como el cielo. Por tres veces lo contempló en visión misteriosa el sacerdote Silvestre bañado de luz, con una cruz de oro en la boca, cuya extremidad se perdía en lo alto de los cielos, cuyos brazos llegaban a los más lejanos horizontes, y a cuya presencia el dragón infernal huía avergonzado y temeroso. He aquí las palabras del Patriarca, que explican la suprema magnitud de sus miras: "Puesto que no nos ha llamado Dios únicamente para nuestro bien, sino además para salvación de nuestro prójimo, debemos nosotros andar ahora por el mundo y exhortar a los hombres, más con el ejemplo que con las palabras, al ejercicio de la penitencia y a la observancia de los mandamientos divinos" (1).— "Será nuestra religión semejante al pescador que pesca con su red gran cantidad de peces, y deja escapar al agua los pequeños, y escoge y pone en sus depósitos los grandes" (2). — "No temáis por ser en las apariencias humildes, despreciables e ignorantes; sino más bien anunciad sencilla y simplemente la penitencia, puesta la confianza en Dios que ha vencido al mundo, y que, por medio de su espíritu, hablará en vosotros y por vosotros; y exhortad a todos a convertirse a El y a observar sus mandamientos. Hallaréis hombres fieles, mansos y benignos que os acogerán gustosos y aprobarán vuestras palabras; pero mucho más numerosos serán los infieles, soberbios y mal hablados, los cuales, opuestos a vosotros, os harán resistencia a vosotros y a cuanto les dijereis. Formad, pues, en el corazón el propósito de soportarlo todo con humildad y paciencia" (3).

---

(1)—Los Tres Compañeros, pág. 57.
(2)—Chronica XXIV Gen. pág. 76.
(3)—Ibid. pág. 54.

Con cuánta seguridad de éxito percibe el resultado de las misiones: "A los frailes menores los ha elegido y diputado Dios para provecho y salvación de todos los hombres. Irán entre paganos e infieles, serán bien acogidos y ganarán para Dios gran número de almas".

Recibida del Sumo Pontífice la autorización para predicar, lo hacía con más carácter, con más amplitud, con más perfección. Véase cómo tan hermosamente lo describe Tomás de Celano:

"Francisco, el valerosísimo caballero de Cristo, recorría ciudades y aldeas, anunciando el reino de Dios no con palabras persuasivas de humana sabiduría sino con la doctrina y fuerza del Espíritu, predicando la paz, enseñando la salvación y la penitencia para remisión de los pecados. Apoyado en la autoridad apostólica que había recibido, obraba en todo con grande confianza sin usar de adulaciones y de seductores halagos. No sabía encubrir las faltas de nadie, sino que las atacaba resuelto, ni fomentaba la vida pecaminosa, sino que la reprendía ásperamente. Como primero había practicado en sí mismo lo que quería persuadir a los otros, y no temiendo acusador alguno, hablaba con toda libertad la verdad, de modo que los varones más doctos, por más grandes que fueran en gloria y dignidad, admiraban sus sermones y a su presencia se apoderaba de ellos un saludable temor. Corrían los hombres, corrían también las mujeres, acudían los clérigos, se apresuraban los religiosos, para ver y oír al varón de Dios que a todos se les figuraba un hombre del otro mundo. Toda edad y sexo se daba prisa a ver las maravillas, que Dios nuevamente obraba en el mundo por su siervo. Parecía a la verdad en aquel tiempo que, ya por la presencia de S. Francisco, ya por su fama, había aparecido en la tierra una nueva luz enviada del cielo, para ahuyentar la tenebrosa oscuridad que había ya ocupado casi toda la tierra, de modo que apenas había uno que supiera el camino que se debía seguir. Pues había envuelto a casi todos un olvido tan profundo de Dios y una indiferencia tan grande para con los divinos mandamientos, que apenas toleraban el ser sacados de sus antiguos e inveterados vicios. Entonces brilló Francisco como estrella resplandeciente en la oscuridad de la noche o como aurora que disipa las tinieblas. Así sucedió que en poco tiempo cambió el aspecto de toda la comarca y mostró un semblante más alegre, sin dejar huellas de su antigua fealdad. Desapareció la aridez anterior y el campo antes seco se cubrió de abundante cosecha; la viña, hasta ahora inculta, brotó gérmenes de olor agradable a Dios, y dando de sí flores de suavidad produjo al propio tiempo frutos de honor y hones-

tidad. Por todas partes resonaban las acciones de gracias y los cánticos de alabanzas, de tal modo que muchos desechando los cuidados mundanos, por la imitación de la vida y doctrina del bienaventurado P. S. Francisco llegaban al conocimiento de sí mismos y aspiraban más y más al amor y veneración del Creador. Muchos hombres del pueblo, nobles y plebeyos, clérigos y legos, movidos por divina inspiración comenzaron a juntarse a S. Francisco deseando militar bajo su magisterio y disciplina. El Santo de Dios, a manera de caudalosísimo río de gracia celestial inundaba a todos ellos con la lluvia de sus dones extraordinarios, adornando el campo de su corazón con las flores de las virtudes; y él fué el artífice consumado, según cuyo modelo, norma y doctrina se renueva la Iglesia en ambos sexos y triunfa la triple milicia de los que han de salvarse. Asímismo a todos daba normas de vida y enseñaba con exactitud el camino de la salvación" (1).

El apoyo prestado por Francisco, ministro idóneo y celosísimo, a la Iglesia, dependiente de su subordinación y sujeción completa a la Silla Romana, de su obediencia y de su amor, de su renuncia a la propia voluntad y de su absoluta entrega a observar el santo Evangelio, es correlativo del cariño maternal con que Ella acoge y aplaude los anhelos y sacrificios del siervo amantísimo. "Bajo el amparo y a la sombra de la Iglesia, dice Felder, pudo él desarrollar sin cuidado su magnífica personalidad y su obra, que abraza todo el mundo. La Iglesia fué para él una verdadera madre y educadora, que no ahogó su ardiente idealismo, sino que lo dirigió, lo bendijo y lo hizo fecundo".

* * *

No desconocida ni mucho menos, la Iglesia celebra a Francisco en su liturgia con esta estrofa:

Franciscus vir catholicus
Et totus apostolicus
Ecclesiae teneri
Fidem romanae docuit,
Presbyterosque monuit
Prae cunctis revereri.

Entre los eminentísimos purpurados, contó el Santo como abogados en pro de su orden al ya mencionado cardenal Juan Colonna de San Pablo, obispo de Sabina, cúyas son estas palabras proféticas: "Creo que por medio de él quiere Dios renovar su Iglesia en todo el mundo" (2); y al señor

(1)—Thom. Cel. 1, n. 36 - 37.
(2)—Tres Socii, 48.

de Ostia, cardenal Hugolino di Segni, quien fue no sólo amigo personal de Francisco, sino protector y verdadero padre de la nueva Orden. Era este cardenal varón de subido valer en las ciencias, en las letras y en la elocuencia, clarísimo de ingenio, de corazón piadosísimo y harto dulce. Siempre se enterneció ante los extremos a que llevaba Francisco su fidelidad a la Santísima Pobreza, hermana de la sencilla Humildad; siempre tuvo a flor de labio el elogio cordial para la Orden y para el fundador, y a los terciarios en circunstancia muy notoria los apellidó: "los macabeos de la Nueva Ley". Cuando le anunció Francisco el deseo de pedirlo como tal protector, gobernador y corregidor, el cardenal, que acogía con benévolo gusto y satisfacción el voto, le hizo ver que sería oportuno un discurso suyo ante el Papa y el sacro colegio, lo que no pudo rehusar el Religioso no obstante su extremada humildad y modestia. Arreglado el bello discurso y muy bien aprendido de coro, llegado el momento de pronunciarlo, la memoria le falló, atestigua San Buenaventura, y para salir airoso del apurado trance, abrió al acaso su salterio, donde leyó el versículo 16 del salmo XLIII: "Ante los ojos tengo siempre el objeto de mi ignominia, y mi faz está cubierta de confusión". Glosó este pasaje, dice un biógrafo, poniéndolo en boca de la Iglesia, y habló del amargo llanto de esta nueva Eva, mística esposa de Cristo y verdadera madre de los vivientes, cuya hermosura interior no puede eclipsarse, ni tiene mancha ni arruga, pero "cuya casa se halla como velada y obscurecida por los escándalos de sus hijos, mayormente los que provienen de aquéllos mismos que están más obligados a dar buen ejemplo". Sentó el orador la mano a los desórdenes de la época, al desarreglo del clero. y al partido que sacaban de él los herejes para negar el poder espiritual de los sacerdotes y desacreditar la autoridad de los obispos. Delicado era el punto; pero Francisco lo expuso con palabras tan mesuradas, aunque enérgicas, que al través de su lenguaje se percibían las palpitaciones de un corazón de hijo que generosamente vindica el honor de su madre ultrajada. "Sus nobles oyentes quedaron subyugados por su inspirada palabra, dice San Buenaventura, y conocieron que no era Francisco el que hablaba, sino el Espíritu Santo, por boca de Francisco".

Muerto el Papa Honorio III en 1227, ascendió a la Cátedra de Pedro el cardenal Hugolino, con el nombre de Gregorio IX, a quien de muy atrás San Francisco, anticipado a verle con la tiara, le encabezaba sus cartas así: "A mi reverendo Padre y Señor Hugolino, futuro Obispo del universo y Padre Común de los fieles". Dios mismo le tenía guardado

al anciano y santo pontífice el gozo de decretar el honor de los altares para su amadísimo Francisco, a quien canonizó en visita personal a la ciudad de Asís. Hubiérase dicho que ésta ensanchaba sus muros demasiadamente angostos al dar entrada al Sucesor de Pedro y cabida a la afluencia de pueblo, de nobles, de caballeros, religiosos y prelados llegados de todas partes de Italia, para la solemnísima ceremonia de la proclamación, la cual se efectuó el 16 de julio de 1228, antes de cumplirse el segundo aniversario del traslado al cielo del ya popularísimo Siervo de Dios. La escena por sobre toda ponderación fue conmovedora y grandiosa, y pues su recuerdo contribuye en tal modo al brillo y exaltación de la Acción Católica, que goza del patrocinio de Francisco, no resistimos al júbilo de trascribir tan vibrante página, tomándola de la preciosísima obra de Facchinetti: "...el sol, como aspirando a colaborar en tal fiesta de almas y corazones y a honrar con sus esplendores la gloria de aquél que le había cantado llamándole hermano, irguióse más radioso sobre el horizonte, inundando cielos y tierra como de triunfal pulverización de oro. Preparada se hallaba con solemne pompa la iglesia de San Jorge, en donde próximo al altar, esperaba al representante del Señor un trono ricamente aderezado. Al penetrar el Pontífice en el templo, arracimábase ya en él una multitud varia y devota que nos describe Celano de este modo: 'Se llega al lugar preparado de antemano para la reunión augusta y colócanse en gran número, en torno al bienaventurado Pontífice, los gloriosos cardenales, obispos y abades. Allí la ilustre afluencia de sacerdotes y de clérigos, allí la sagrada y feliz falange de religiosos, allí el grupo más modesto de las vírgenes de Dios y una turba inmensa, una multitud casi infinita de pueblo. Hállase el Sumo Pontífice, el Esposo de la Iglesia de Cristo, circundado de tanta variedad de hijos, ostentando sobre las sienes una corona de gloria, a guisa de auréola de su santidad; adórnanle las insignias pontificias y se viste de los sagrados ornamentos, recamados con bordados de oro y ricos en piedras preciosas, debidos al arte de renombrados maestros. Hállase, sí, el ungido del Señor... vestido de oro en magnificencia de gloria, deslumbrante de pedrería, convertido en imán de todas las miradas. Los cardenales le forman corona, y los obispos, vestidos con los más espléndidos ornamentos y radiantes con sus blancas estolas, parecen como imágenes de las celestiales bellezas que representasen el gozo de las almas glorificadas' (1).

"Hecha fervorosa oración, ocupa Gregorio el trono pon-

(1)—Celano, pág. 103.

tifical y dirige a aquel pueblo que se estremece de entusiasmo y de júbilo un panegírico encomiástico de las virtudes de Francisco, que conmueve hondamente al auditorio. Para texto de su discurso se vale de estas palabras del Eclesiástico: "Como la estrella matutina en medio de las nubes, como la luna llena en sus mejores encantos, como el sol en su cenit, así ha brillado él en el templo de Dios" (1). Encamina sus primeras palabras a enaltecer la Bondad divina, que proporciona santos a la Iglesia para honrarla, glorificarla y fortificarla. Y pronuncia el venerable anciano estas frases con voz firme y segura. Mas luego, al comenzar a hablar de las virtudes y santidad de Francisco, su voz desfallece; los recuerdos acuden en tropel a su espíritu; aduéñase de él la emoción y concluye sustituyendo las palabras por una tempestad de ruidosas lágrimas (2).

"A continuación lee públicamente el cardenal Conti la relación de los milagros; y se desarrolla entonces un espectáculo más bien único que raro en la historia de la Iglesia. La mayor parte de aquéllos a cuyo favor se habían obrado los prodigios, entremezclados en el auditorio, prorrumpen en gritos confirmatorios: ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Eso me sucedió a mí! ¡Yo he sido el favorecido con ese milagro! y van así eslabonándose unas a otras las escenas de júbilo y llanto, como expresión de la gratitud más sentida y de la más conmovedora acción de gracias. Luego el cardenal Capocci que conoció también familiarmente a Francisco y tuvo ocasión de apreciar sus sublimes dotes, al comentar con palabra inspirada la relación de aquellas maravillas, concluye afirmando que se debe canonizar en la tierra a aquél a quien Dios tiene canonizado ya en el cielo.

"Acto seguido se alza el Soberano Pontífice, y elevando al cielo las manos y los ojos, pronuncia con voz clara y solemne estas palabras, que todos distintamente perciben: *A gloria y alabanza del Omnipotente Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la gloriosa Virgen María y de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y a honor de la gloriosa Iglesia Romana, queriendo venerar sobre la tierra al Beatísimo Padre Francisco, que Dios ha glorificado en el cielo, previo el consejo de nuestros hermanos y de los demás prelados, Nós declaramos que debe ser inscrito en el Catálogo de los Santos y señalamos para su fiesta el día aniversario de su muerte*".

Con tan esplendidísimo triunfo reconocía y coronaba pa-

(1)—Eccl. IV, 67.
(2)—Celano, pág. 134 y sig.

ra siempre la Iglesia los méritos de aquél que había sido como nueva columna y apoyo de su santidad; del que, al decir de Fray Elías, "preparó al Señor en toda la tierra un pueblo nuevo", y de quien en otro documento testificó el mismo egregio Papa Gregorio: "En la hora undécima el Señor... ha suscitado a su siervo, el bienaventurado Francisco, hombre verdaderamente según su Corazón. Quizás haya parecido a los ojos de los soberbios pequeña y despreciable lámpara, pero era en cambio la luz que Dios reservaba en el tiempo oportuno para mandarla a su Viña a fin de abrasar las espinas, de abatir a los fariseos, de iluminar la patria y de reconciliar las almas con la verdad... Su vida ha sido tan pura, tan santa, tan ejemplar, que lo he hecho colocar en la Iglesia triunfante. Sin embargo, la Iglesia militante, la cual no puede formar juicio sino por medio de las cosas visibles, no lo hubiera propuesto únicamente por sus propias virtudes internas a la veneración de los fieles, y esto tanto más cuanto le es notorio que a veces Satanás se transforma en ángel de luz; pero el omnipotente y misericordioso Dios, que por su gracia lo había convertido en siervo bueno y fiel, no ha querido que un Santo como él quedase oculto bajo el celemín, sino que lo ha colocado sobre el candelabro para consuelo de aquéllos que habitan en la casa de la luz. Mediante muchos milagros ha demostrado que sus obras le eran aceptas y que en este mundo debía ser tenida en veneración su memoria. En cuanto a NOS, ya de mucho tiempo atrás nos era conocido cuanto hay de más admirable en su vida, dada la amistad con que a él estábamos unidos cuando nos hallábamos constituídos en menor dignidad..." (1).

* * *

Bendigamos una vez más al Señor, que nos procuró en Francisco ejemplar tan estupendo de amor a Cristo y a su Iglesia. El nos ha concedido la vida a fin de que completemos lo que falta a la pasión de su Hijo. Para ello, estamos obligados a defender y apoyar la Iglesia, que como copia de Cristo es perseguida y paciente. Amemos a este Cristo y a esta Iglesia con toda la pasión vehemente del alma. Fuera de la Iglesia no hay salvación. Fuera del Nombre de Cristo, no hay otro nombre que se nos haya dado bajo el cielo para salvarnos.

---

(1)—Bula **Mira circa nos**, 19 de julio de 1.228.

V.

EL RENOVADOR DEL EVANGELIO.

Hace apenas diez años, por enero de 1934, en pleno París, el antiguo diputado Monsieur Joseph Caillaux, Inspector de Hacienda que fue y después dos veces Ministro del ramo, calificado incrédulo en religión, célebre por cierto sonado proceso que no importa al caso comentar, pero autoridad de mérito en asuntos económicos como profesor de conferencias muy versado en las materias de impuestos y tarifas, de ajuste y fiscaleo de rentas y contribuciones, en un discurso-programa; él, que años antes era valido sólo de "los datos estadísticos y de su ciencia de economista para resolver cualesquiera dificultades", ahora en presencia de las repetidas agitaciones y tenebrosos reclamos socialistas, paladinamente se declaraba incapaz de salir avante, y con no poca sorpresa de su auditorio, infería la premiosa conclusión de que había necesidad de recurrir al antiguo principio de innegable actualidad y ni sustituído ni superado: "Amaos los unos a los otros", máxima con la cual Jesús, ha dicho un autor, iluminó las relaciones concretas de la vida en el mundo del hambre, de la pobreza y de la desgracia. Decía el presidente de la comisión senatorial de las Finanzas: "El gran movimiento humano iniciado desde hace 2.000 años, el movimiento que ha necesitado siglos para abolir la esclavitud, más siglos para abolir la servidumbre, que dará finalmente cuenta del capitalismo, nada logrará si no se desenvuelve de acuerdo a la palabra de Cristo: 'Amaos los unos a los otros". ¿Qué le movió a cambiar su lenguaje científico por algo que podríamos decir sermón de un clérigo? En realidad se puede dar a su argumento este tono, dice Poncheville: "Si queréis que os reorganice una sociedad mejor establecida, en la que se pueda asegurar al proletariado una suerte más feliz, ¡dadme el Evangelio!"

No es el de Caillaux un testimonio aislado.

Amigos de chismes y embrollos, solían los fariseos plantearle a Jesús cuestiones capciosas sobre puntos sociales, unas veces para averiguarle su dictamen, las más para tentarlo, para tenderle lazos a ver si caía en el enredijo, y poder acusarlo de embaucador, o contrario al César. Así hubo El de dar respuestas y enseñanzas incontrovertibles acerca del matrimonio y la unidad de la familia, de las relaciones entre ricos y pobres, entre señores y domésticos, de los deberes y responsabilidades del capitalista para con el obrero y de otros temas vitales en todos tiempos y naciones. Jesús formulaba sus lecciones sin detenerse a pensar, ni muy menos a establecer un cuerpo de doctrina sistematizado. El no era profesional de ciencia alguna, y su pensamiento subía a otra altura.

Sea aquí también ejemplo no tan remoto la argumentación del racionalista Renan que, frente a la nulidad de los resultados del laicismo materialista en el terreno social y atento al bajo nivel moral de su generación, no vaciló en decir, o predecir como si estuviese divisando el estado de la de nuestro tiempo: "Lo más grave es que no entrevemos para lo porvenir, a menos de regresar a la credulidad (*a la fe*, se dice en cristiano), el medio de procurar a la humanidad un catecismo aceptable en adelante. Es, por lo tanto, posible que la ruina de las creencias idealistas esté destinada a seguir a la de las creencias sobrenaturales, y que se produzca un rebajamiento positivo de la moral de la humanidad el día en que ésta se dé cuenta de la realidad de las cosas".

Nombres y más nombres, citas y más citas, vendríamos a acumular si lo quisiéramos, así de muchos que militan aún en las filas enemigas, como de entre la soberbia legión de selectísimos intelectuales que a lo largo de los años últimos han sentido la nostalgia de Dios y disfrutado la ventura de volver a Cristo. A nuestro ilustre bardo Pérez Bonalde, sobrecogido, o mejor, anonadado ante aquel historial de amor y de inocencia, ante la sentencia de misericordia de los labios de Cristo:

"perdónalos, perdónalos...
no saben lo que hacen, Padre mío",

en lo hondo de su pensar escéptico turbaríale el sosiego esa árida nostalgia, cuando le obligaba a clamar:

"Cristo de mi esperanza y de mis sueños,
¿por qué no resucitas en mi alma?"

Pero su clamor fue escuchado por Jesús, al fin su alma recibió la visita divina, y fue su muerte la piadosa y apacible muerte del cristiano. Para regocijo de la Iglesia, desde Saulo son incontables quienes, en viaje a Damasco, iluminados por la luz de Cristo, fatigados de materialismo; atormentados por el vaivén de los errores y las dudas, por tantas dialécticas

y sofismas audaces; asombrados de tanta esterilidad e inconsistencia en los sistemas de la sociedad, de la ciencia, de la moral y del arte; afectados del desprecio de los principios y del desorden reinantes por doquiera, de que han provenido el abatimiento mental, la invalidad de la persona humana, el odio recíproco de las voluntades, el rompimiento de la civilización y la cultura, el desasosiego universal de la vida; lastimados de tantos males como despedazan las entrañas de la humanidad, todos acuden a la serena Institución que vive en la altura del espíritu, por encima de las contingencias terrenas, exenta del turbión de las pasiones, que con una sola ojeada mira hacia los cuatro confines del orbe y a ellos envía el mensaje de la verdad, de la justicia, de la salud y de la paz, y todos hallan en el sacro Código del Reino, el Evangelio, el equilibrio de la conciencia, las normas de la gracia que conducen las almas al cielo, pero encuentran asimismo, por añadidura y adehala, gajes de tranquila seguridad para la existencia temporal y económica de individuos, familias y pueblos, puesto que, si bien el Hijo de Dios no siguió un plan explícita y concretamente didáctico en sus discursos, ni expuso estrictos programas de economía política ni teorías sociológicas, ni fundó organismo alguno en orden a temporales negocios, su doctrina con tender primordialmente a la santificación de las almas y a la dilatación del Reino de su Padre, tuvo un valor social efectivo y perfecto, y su magisterio, sobrehumano primero, ejerció una profunda transformación en el mundo moral, no sin marcar al propio tiempo sello imborrable aun en los destinos materiales de la humanidad... Y es lo cierto que su virtud inexhausta es la única que puede todavía restituír a la sociedad sacudida y exánime la calma, la estabilidad y la vida. Muy recientemente se ha escuchado una declaración de no mezquina entidad en demanda de la conciencia religiosa, o lo que es igual, el soplo del Evangelio, la inspiración de Cristo, hasta para asegurar la eficacia de la colaboración recíproca de las naciones. Es del esclarecido estadista norteamericano Sumner Welles: "Sin el impulso de la fuerza moral de las convicciones religiosas, jamás se llegará a una cooperación internacional verdadera y permanente. Pocos han de ser los ciegos que no acojan la verdad vital de estas palabras: Si Dios no edifica la casa, los que la edifican trabajan en vano".

* * *

No hay para qué ser pensador, basta apenas observar el lamentable proceso de la descomposición social, que culmina en la presente aterradora reyerta de pasiones, cuyos

horribles resultados son la babel, la destrucción y los escombros de cuanto fué prez y fué triunfo y fué gloria de la inteligencia, del valor, del genio y de los siglos, y concluír cuáles sean las funestas consecuencias de volver la espalda a Dios, de no oír las enseñanzas de su Verbo, de menospreciar los dictados de su religión bendita, en una palabra, de pretender echar abajo la augusta inspiración del Evangelio. Víctor Hugo cantaba:

"En medio del progreso que a nuestra edad halaga,
en medio de este brillo de un siglo que agoniza,
una cosa, oh Jesús, en secreto me espanta:
el eco de tu voz más y más se debilita!"

Tras la crecida serie de ensayos infructuosos hechos en vista de la reintegración moral de la comunidad, los sabios, los estadistas y políticos, los maestros, cuantos desempeñan función de mentores y reformadores, debieran estar sobremanera convencidos de que fuera del Evangelio, fuera de las prescripciones universales del Decálogo, que Jesús no abolía antes urgía su cumplimiento, y del admirable Sermón de la Montaña, no se hallará elemento ninguno, germen de evolución viril, pacífica, eficiente y duradera para la reestructura de las depravadas costumbres sociales. Son hechos que no admiten réplica, que confirman la mudanza integral, honda e inconfundible, efectuada en los diversos campos humanos, mediante la acción evangélica. El Evangelio rehabilitó y mejoró al hombre, morigeró sus impulsos lupinos, repuso, vivificó y elevó la familia, ennobleció a la mujer, procuró a los pobres y desvalidos las prerrogativas de la dignidad que antes les eran negadas, orientó las actividades ordinarias hacia fines nobles y útiles, reivindicó los fueros de la personalidad valorizando al individuo, ingirió la confianza y la buena fe en las relaciones privadas y públicas, influyó en las legislaciones para garantizar a los particulares y a los grupos en cada etapa la mayor suma de justicia, la paz, la fraternidad, la mantenencia de los derechos recíprocos y el respeto y observancia de los recíprocos deberes.

Y nótese que la condición principal para la mejora del conjunto se vincula a la acrecencia de bondad de las unidades que lo componen, como quiera el perfeccionamiento unitario y el social corren a las parejas, o mejor, se explican, se ajustan y favorecen entre sí: a un cuerpo cuyos miembros estuviesen maltrechos, no se le podría decir cuerpo sano y robusto, al modo como un edificio fabricado con materiales flojos tampoco sería seguro y sólido. "El valor de una sociedad, dice Ketteler, depende primero y sobre todo del valor personal de sus individuos... Una sociedad formada por la

reunión de ciertos hombres, no puede envanecerse de haber conseguido un alto grado de dignidad moral cuando la dignidad humana está envilecida en ellos".

La concepción de la reforma personal es base puramente evangélica, y es a la vez una de las razones esenciales de la unidad y conducta franciscana, que edifica con el ejemplo, con las obras y en especial con el amor. Ella inspiró a San Francisco la contestación al que le interrogaba si debía o no culpar a un pecador, contestación a la que es análoga la dada más tarde por el insigne franciscano San Pedro de Alcántara al Conde de Oropesa, que echaba pestes contra la corrupción de su tiempo: "No se aflija vuestra señoría; hay un remedio sencillísimo para el mal. Comencemos vos y yo a ser como debemos ser, y habremos remediado con ello lo que mira a nosotros; haga cada cual otro tanto y la reforma será a buen seguro eficaz. El daño está en que todos hablan de reformar a los demás, y ninguno piensa en reformarse a sí propio".

Casi en cada página el Evangelio invita a la enmienda y mejora de cada vida para obtener la común, condena el egoísmo, la satisfacción y el placer del *yo* solo, fuente de todos los vicios antisociales y contra el cual no valen leyes ni fuerza, bienestares ni culturas, ni aun el sentido de la justicia y de la solidaridad. Preguntado cierto campesino si había visitado a París, respondió que había ido una vez, pero las casas le impidieron ver la ciudad; esto es, las casas —cada casa— no le permitían echar sobre la ciudad una mirada general, una mirada de conjunto. Esto pasa alrededor nuestro, piensa Hello, en la resolución de todos los problemas. Cada quien tiene su opinión, la juzga única válida y por lo tanto única prevaleciente; y son infinidad de opiniones, las cuales no permiten percibir la verdad, como las casas no dejaban ver la ciudad al rústico. Sería necesario igualmente para todos hablar la misma lengua, mas cada uno habla la suya personal, así los que plantean como los que responden, de lo cual resulta el choque, y la luz, la verdad, la armonía no surge. No existe el criterio sereno, el amor desinteresado a los demás, sólo domina como regla el interés particular: la propia opinión, la propia lengua, el *yo*. La lengua común sólo la inició y declaró sin ambages, valientemente, infaliblemente, el Evangelio, factor social poderoso e inigualado: es la renuncia, el olvido, la prescindencia de sí y la proclamación de las demás virtudes que levantan el valor personal. Todo lo cual traduce San Francisco, conforme al mismo Evangelio, en desprendimiento, abnegación, sacrificio y amor, con que, lejos de violencias y mentiras, se superan las desigualdades, se regu-

la y armoniza la sociedad no sólo moral sino también económicamente, y se cumple en bien de todos un ideal de rectitud, de honestidad, de santidad y de justicia.

Que si algún disturbio aún trastorna la apetecida regularidad en el curso y destino de la vida real, ello es la prueba y signo propio de la deficiencia humana. "Se puede afirmar, dice el notable moralista norteamericano F. Peabody (1), que existen en el dominio social un gran número de sufrimientos cuya causa puede ser determinada, y a los que es posible aportar un remedio, sometiendo el corazón humano a una seria investigación. El primer paso que se ha de dar en la vía del progreso social es, por tanto, el de reconocer francamente esta responsabilidad personal que la Escritura designa con el nombre de *pecado*. Estamos habituados de tal modo a oír acusar las cosas exteriores, que nos hallamos tentados de encontrar pasada de moda o demasiado teológica esta afirmación: que los males sociales son originados por faltas individuales. Estamos mucho más inclinados a atribuír los males de la sociedad a medios defectuosos, a legislaciones imperfectas o a la concurrencia comercial, causas todas, hay que reconocerlo, que contribuyen a ellos en cierta medida; mas de cualquier modo que se piense, no existe tendencia tan funesta al progreso social como aquélla que tiene por efecto debilitar el sentimiento de la responsabilidad personal en este dominio y acusar a las circunstancias exteriores. Un hecho indudable es que en gran parte el desorden social es ocasionado por las malas pasiones, las ambiciones insanas, y que ninguna organización, por perfecta que sea, podrá jamás crear una verdadera prosperidad, en tanto que un número considerable de seres humanos no sientan despertar en su alma el sentimiento profundo de su pecado... Jamás se conseguirá crear una inteligencia entre el capital y el trabajo, mientras los capitalistas se muestren ambiciosos y sin piedad, y los obreros injustos y desleales. Así, bajo cualquier aspecto que consideremos la cuestión social, vemos levantarse ante nuestra vista otro problema, el de la vida interior, y tenemos por consiguiente el derecho de afirmar que si muchos de los males terrenos son imputables al orden social, los hay también cuya causa es más profunda y debe ser investigada dentro de nosotros mismos".

* * *

(1)—F. Peabody, **Jesucristo y la cuestión social.**

Estos beneficios supereminentes tocóle al Padre Seráfico evocarlos, contraponerlos al olvido y negligencia de su siglo, esparcirlos él mismo en sus breves años, y luego sus hijos cuán numerosos por toda la extensión del orbe durante siete centurias. Las generaciones de hoy, que en mucha parte abominan de los grandes ideales, desertoras del deber, de la justicia, de la gratitud y aun del sentido común, renegadas y apóstatas, y a pesar de todo, hambrientas de vida y de progreso, como dice Rubén Darío,

"con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenas de congojas y faltas de sol,
.....sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios" (1);

estas generaciones ofuscadas y enfermas pretenden desconocer el mérito de tantas saludables transformaciones en obsequio del progreso espiritual humano como la historia ha recogido. Empero no importa, decía en la cátedra de Nuestra Señora de París Monseñor D'Hulst, en la sexta conferencia de 1.895: "...aun desdeñando al cristianismo, esas generaciones viven de él; la atmósfera en que alientan está aún impregnada de las esencias evangélicas, y la moral humana le debe a Cristo ciertas ganancias definitivas que ninguna impiedad se atrevería a rechazar. Por más que se quebranten todos los principios que el progreso de la civilización supone, el progreso subsiste, más aún, el progreso continúa, y los enemigos de nuestra fe triunfan sin razón... la potencia civilizadora del Evangelio no deja de manifestarse sobre una sociedad que la reniega, ella prosigue la obra comenzada en los siglos de fe y hace aparecer verdaderos adelantamientos en las relaciones mutuas de los hombres. Yo no titubeo, por mi parte, en reconocer que las instituciones civiles se impregnan más y más del ideal de justicia y mancomunidad; que no se podría ya prescindir de libertad en las instituciones políticas; que las instituciones judiciales se empapan de compasión y tienden a reemplazar la presunción de crimen con la presunción de inocencia; que la idea de igualdad entre los hombres, después de haberle tomado al cristianismo naciente el voto de abolir la esclavitud, le toma ahora, después de tantos siglos, el secreto de hacer prevalecer en las transacciones privadas intereses por largo tiempo lesionados y asegurar una parte a los más humildes en la gestión de los negocios públi-

(1)—Rubén Darío, **Cantos de Vida y Esperanza.**

cos. ¿Es esto acaso, según se nos anuncia, el fin del reinado de Cristo? No, es su extensión al través de las edades; es la prolongación de su acción bienhechora; es, después del paso de una marea poderosa, uno de esos lejanos remolinos que levantan aún las aguas tranquilas y determinan corrientes que se creerían nuevas. Ah! no seamos ingratos! No nos sirvamos de los beneficios del Evangelio para declararlo inútil. Se vengaría abandonándonos a la experiencia desastrosa de lo que podemos y de lo que valemos sin él".

A la manera como se ha entronizado el absurdo de la doble conducta, de la doble conciencia en el hombre, según haya de proceder como elemento de hogar o como ciudadano y político, como valor de trabajo o funcionario, así también quisieran algunos descoger o desdoblar el sagrado texto de los evangelios, como si sus ordenaciones pudiesen fragmentarse o admitiesen un sentido de interpretación para lo doméstico y otros distintos para la corporación o comunidad. En la encíclica *Pacem* Su Santidad Benedicto XV asentó muy claramente: "El Evangelio no contiene una ley de caridad para los individuos y otra diferente para las ciudades y las naciones", y el Padre Santo Pío XI a su vez: "Es contraria a toda verdad la pretensión de excluír de tales mandamientos las clases sociales, las naciones y los pueblos, para limitar sus obligaciones a las relaciones individuales". No, el Evangelio uno e indiviso no puede bifurcarse, un ejemplar para en privado y una copia diferente para en público, no haberse hecho para este tiempo o para tal otro, no para proveer a esta simple cuestión o a aquélla más compleja, no: es uno mismo y solo para la nación como para el individuo, pues dice San Pablo: "Partícipes de la promesa de Cristo mediante el Evangelio, las naciones se han hecho miembros de un mismo cuerpo, y no hay ya griego ni escita, ni judío ni bárbaro, todos sois uno en Cristo, llamados a la misma herencia" (1). El Evangelio es uno e íntegro para toda la vida, porque Jesús tiene derecho omnímodo a reclamar para su servicio todas nuestras fuerzas y todas nuestras obras; uno para ilustrar todas las inteligencias y fortalecer los corazones; uno para todos y cada uno de los siglos, pues él ha venido transformando paulatinamente la faz del universo; uno solo para aplicarlo a la solución de cuantos problemas y empresas se susciten en las diversas etapas de la humanidad.

En la crisis moral, crisis de suficiencia, crisis de espíritu, crisis de esperanza, de la hora presente, vemos que se buscan y excogitan sistemas filosóficos y sociológicos, hipótesis

(1)—Ad. Efes. III, 6 - Ad Galat. III, 28.

de todo cariz, a cual más sospechosos y tenaces; forcéjase con todas las facultades para lograr una fuerza que empuje las ideas y las obras, como se dice, a cambiar la suerte y halagar las tendencias y anhelos populares; pero algunas de esas teorías y sistemas enervan la fe, desconciertan los ánimos, sublevan los caracteres, disfrazan y tergiversan los principios evangélicos o los mezclan con raras menudencias para hacerse aparecer como novedades dignas y eficaces en pro de las instituciones modernas, y lejos de sofocar las agitaciones e inquietudes, provocan día tras día más pavorosas e incontenibles violencias y tumultos más amenazadores, en que los pueblos inmisericordes y desesperados llegan al extremo de destrozarse unos a otros, tal y como lo estamos sufriendo.

Frente a tamaños desórdenes que se preveían, hace ya varios lustros el periódico radical francés "Le Matin", sin turbación suscribía en uno de sus editoriales: "Pónganse hombres como San Francisco al frente de la sociedad... Quiérase o no, la austeridad es una portentosa enseñanza... El hombre que sepa conservar la fe en el alma del pueblo y hacerlo resignado con su suerte, habrá en gran parte resuelto la cuestión social". Y traigamos todavía a cuento el testimonio de Renan: "Todas las tentativas de nuestros tiempos serán infecundas, mientras no se cimenten en el espíritu de Jesús y del Pobre de Asís". A su vez, la Santidad de Benedicto XV en breve de 2 de agosto de 1921 al Padre Facchinetti, afirmaba: "No hay cosa más oportuna que proponer el más sublime ejemplo de caridad evangélica a la imitación de los pueblos en estos nuestros calamitosos tiempos, en los cuales se ha apoderado de individuos y colectividades una locura de odio bárbaro e insano en forma tan digna de compasión y con tanto detrimento de la tranquilidad y de la paz del mundo".

* * *

Jesucristo trajo a la tierra la paz. Al nacer, los ángeles cantan en torno de su cuna el armonioso himno de la paz: *in terra vax hominibus,* y cuando se dispone a despedirse de sus discípulos, a quienes había saludado ritualmente: *Pax vobis,* en sus visitas al Cenáculo después de su resurrección, cual si les recitara una cláusula de su testamento, les dice: "Os dejo la paz, os doy mi paz". La paz se puede decir es el signo y blasón del espíritu cristiano. Asaz conforme, de modo tan íntimo consustanciado con este espíritu, no es sorprendente que San Francisco, nacido en un pesebre como Cristo y muerto místicamente crucificado, el caballero cristiano perfecto, escogiese como lema distintivo y evangélico de

su escudo y misión renovadora el simpático y expresivo *Pax et Bonum*. Paz y Bien, para calmar las conciencias intranquilas, consolar a los enfermos, a los pobres y a los débiles. Paz y Bien, para procurar el perdón del enemigo, para componer las desavenencias de las familias, de los poderes y de las ciudades. Paz y Bien para sentar el amor y desterrar el odio. Paz y Bien, para amansar lobos, figura y símbolo de amansamiento de hombres. Paz y Bien sobre todo, para reconciliar al mundo con Cristo, así como Cristo reconcilió al mundo con su Padre.

En vista de ese ideal, todo luz, luz viviente, todo amor, amor concreto, ideal de cielo que le mantenía suspensa el alma, funda Francisco, durante días sumamente turbios, las tres clarísimas Ordenes, las cuales aspiran al esplendor, a la armonía y perfección de la humanidad entera: ancianos y jóvenes, damas y doncellas, grandes y pequeños, "dispares por su vocación y colocados en muy diversas condiciones de vida":

la Primera, centro del movimiento franciscano, "la raza nueva bajada del cielo a obrar maravillas", en frase de Gregorio IX; "que siembran la semilla de la palabra divina igual que los Apóstoles", oriundos de cuna humilde o de noble prosapia, varones de ciencia y varones de trabajo, que siguen amorosamente a Francisco aguijados por el ejemplo de su vida y santo estado, y listos por la más disciplinada obediencia a marchar adonde él los envíe, así sea a la más distante o adversa posición. Legión de héroes, varones singulares, dice la Condesa de Pardo Bazán, cada uno de los cuales comprendía y desarrollaba un aspecto del espíritu de Francisco. "Con tan ardiente celo trabajan por renovar la religión, escribía el sabio cardenal Jacobo de Vitry, por renovar la pobreza y la humildad de la Iglesia primitiva, y por sacar las puras aguas de la fuente evangélica con sed y ardor de espíritu, que no contentos con cumplir los preceptos siguen también los consejos evangélicos e imitan así con toda exactitud la vida apostólica";

la Segunda, la de las Damas Pobres o Clarisas, mujeres luminosas, ilustres y heroicas que escogiendo la mejor parte, renuncian a los primores de la naturaleza y a las delicias terrenas; unidas y fieles al celestial Esposo cuya hermosura no destruye el tiempo, escudadas por su Corazón, se inmolan penitentes en silencio perpetuo pero radiantes de alegría, y buscan la única dicha que vale: amar a Dios y sacrificarse por El;

la Tercera, abierta a todas las clases, que renueva la vi-

da pasmosa de las prístinas comunidades cristianas, hijas inmediatas del Evangelio; que en breve plazo hace franciscano al mundo, pues no obstante los esfuerzos de los señores feudales, en sus filas se inscriben tempranamente y a millares, burgueses, labradores, artesanos, gentes de raigambre patricia y aun de linaje real: "....muchos hombres y mujeres distinguidos por su nobleza abrazaron esta manera de vida", asevera el testigo ocular Humberto de Romans.

No pusiéramos término a este capítulo si intentásemos recontar los milagros y vaticinios del Patriarca, las casas por él fundadas o en su nombre, las continuas peregrinaciones del nuevo colegio apostólico, o relatar menudamente las infinitas veces que nuestro Padre Francisco, por restaurar la vida cristiana, por recordar el Evangelio olvidado e ingerirlo en las almas para purificar universalmente las costumbres, ofició pía y celosísimamente en aras de la paz y del perdón, ablandando corazones y duras cervices, subyugando pueblos, disipando el torbellino de concitadas multitudes, empresa muy más ardua y valedera harto más que amansar lobos. "Si en el siglo había presidido cuadrillas de jóvenes, escribe el Padre Gemelli, en la religión debía ser un heraldo que arrastrase a las muchedumbres".

Apuntemos, sin embargo, lo más brevemente posible, algunas de esas circunstancias, reveladoras de una cualidad peculiar de nuestro Santo, es a saber, el tacto tan rápido, discreto y diestro, que se ha comparado con la suerte de la buena fortuna.

Sea la primera, la fundación de la cabaña destinada a asilo de hijos bastardos, la cual hubo lugar como sigue. En viaje a la ciudad de Todi, tropezó Francisco a una mujer corralera que cargaba un cesto de ropa camino al Tíber: —¿Adónde vas, mujer? —Al río, a lavar esta ropa. —Mientes, mujer, la interrumpió Francisco; lo que ahí llevas es el fruto de tu pecado, que presumes ocultar echándolo al agua. Déjame esa inocente criatura, y yo la cuidaré. Allí cerca estableció la dicha cabaña.

En 1218 aparece en actividad en la Umbría una famosa Leprosería servida por Hermanos Menores, la cual fué fundada por un magnate de Espoleto, conmovido a la predicación del Santo y en rendido presente a su abnegado espíritu. Duró hasta fines del siglo XVI, después de haber albergado innúmeros leprosos y enfermos de otras dolencias no sólo de la agraciada comarca, sino aun de varias ciudades y pueblos de la Italia Central.

"Avergoncémonos: pretendemos ser pobres, queremos que todo el mundo nos llame pobres y nos distinga por nues-

tra pobreza, y ahí va un hombre más pobre que nosotros y de quien nadie hace caso". Así les decía a sus frailes cuando veía a algún pobre harapiento, y con frecuencia se despojaba de su ropa para cubrir la miseria de los otros. Hacía esto a veces para conversión del favorecido. Tal fué el caso de un hombre a quien antes había conocido y que encontró en una miserable situación. Refirióle éste los insultos que su amo le infligía sin cesar y por quien había concebido incontenible aborrecimiento. Francisco le contestó: "Te daré mi manta si me ofreces perdonar a tu amo por las injurias que te haya hecho". Algo hubo de luchar todavía con el pecador, que al fin cedió a sus ruegos consintiendo en el perdón, depuso el rencor y se sintió lleno de la más grata dulcedumbre de espíritu.

El siguiente caso que tomamos de las "Florecillas", es quizás el más notable de curaciones y conversiones hechas por el P. S. Francisco. Los Hermanos cuidaban a un leproso insufrible y tan procaz y desbocado que parecía más bien un poseso, maltrataba con insultos a quienes lo atendían y no cesaba de blasfemar de Cristo y de la Virgen con tamañas desvergüenzas que nadie quería servirlo; aunque le soportaban las injurias personales, no le perdonaban las blasfemias. Así lo participaron al Padre Francisco, quien, llegándose a él, lo saludó: —Dios te dé la paz, hermano carísimo. —¿Qué paz me va a dar Dios, si me ha quitado todo y condenado a estar podrido y hediondo? —Ten paciencia, hijo; Dios nos manda las enfermedades para que sirvan de salud a nuestra alma, si las llevamos resignados. —¿Cómo voy yo a sufrir en paz esta enfermedad, que me la agravan tus frailes?

Conociendo Francisco que aquel leproso estaba poseído del maligno espíritu, lo encomendó a Dios devotamente, y se le acercó de nuevo: —Hijo, quiero servirte yo mismo, pues no estás contento de los otros. —¿Pero que me harás tú que los otros no me hayan hecho? —Lo que tú quieras. —Pues quiero que me laves todo, porque yo mismo no puedo aguantar mi fetidez.

Francisco dispuso que le calentasen agua con unas yerbas olorosas. Ayudado por otro fraile fué lavando aquel cuerpo pútrido, y por divina virtud y milagro, a medida que pasaba la mano, desprendíanse las raíces de la lepra, y el doliente iba sanando. Y a medida que sanaba el cuerpo, el alma sanaba también, pues el enfermo lloraba a lágrima viva hasta que sano de un todo, empezó a clamar: —Ay de mí! que he merecido el infierno por mis villanías e injurias a los frailes y mis blasfemias contra Dios. En seguida, pidió al Señor misericordia y se confesó arrepentido.

Ante el patente milagro que Dios había obrado por su mano, Francisco le dió gracias y se fué lejos de allí, como que su humildad huía de la gloria mundana, y en todo buscaba la gloria de Dios y no la suya.

La conversión definitiva del mercader Luquesio en una de las poblaciones de Toscana, y de su esposa llamada Buonadonna, que no hacía honor a este nombre pues era muy mundana, apegada al dinero y extraña a la caridad, es un suceso que se considera milagroso y da lugar a la constitución de la Orden Tercera. A lo que parece, Luquesio había sido uno de los compañeros de juveniles hazañas caballerescas de Francisco, y cuya avidez de bienes y glorias terrenas se venía trocando, a Dios gracias, por una señalada generosidad hacia los pobres y enfermos y por la observancia estricta de los deberes cristianos. Su esposa le llevaba a mal su cambio y no convenía por modo alguno con la distribución de tantas limosnas. Cierta vez que Luquesio había repartido todo el pan, le pide a Buonadonna le traiga más, pues habían quedado algunos pordioseros sin parte, a lo que la señora encolerizada, le moteja hasta con feas palabras su liberalidad. El marido no se inmuta, antes con más paciencia y calma la excita a la confianza en la Providencia y le indica que vaya a buscar en la despensa los panes que él necesita. Bien sabe ella que están agotados, pero va movida por pura curiosidad, y cuál no sería su sorpresa cuando encuentra lleno de panes el armario. Desde aquel momento cambia y se hace modelo de protección a los menesterosos. Ambos esposos, incitados por la palabra de Francisco, que en aquella sazón repartía el pan evangélico en Toscana, y deseosos de perfección, pidieron al Santo les estableciese una norma de vida religiosa que les permitiera, sin separarse del siglo y sin daño del vínculo conyugal, prácticas de devoción más gratas a Dios y asimiladas en lo posible a la austeridad del claustro. A lo que el Patriarca correspondió diciéndoles que desde algún tiempo venía pensando en instituír una Tercera Orden en la cual aun los casados, reavivando el fervor de su piedad, pudiesen servir perfectamente a Dios. Luego les expuso las bases de la vida nueva, y poco después les hizo conocer la Regla, llamada *médula del Santo Evangelio*, la que alcanzó en breve extensísimo crédito y popularidad. Harto sabemos, ha dicho Facchinetti, la grande influencia ejercida por la redención religiosa de San Francisco en la sociedad medieval mediante la aplicación práctica de este código de vida, cuya directa finalidad era precisamente la reforma de las costumbres individuales, domésticas y sociales, como también la eficacia de algunas de sus ordenaciones con respecto a la reforma eco-

nómica y política de aquel mundo feudal, llamado a transformarse y modificarse a impulsos de la franciscana democracia.

Un pleito entre el Prelado de Asís y el Podestá nos hace ver el prestigioso influjo social de Francisco. Por resultas de aquella divergencia, el obispo hubo de expedir excomunión contra el magistrado, y éste a su vez *boicotear*, como expresa el feo e insonoro pero acaso necesario neologismo, a aquél y al clero. La enojosa disputa, que parecía no poderse dirimir, produjo un revuelo enorme y desgraciados choques en la población dividida, y afectó profundamente al santo Patriarca, reciénllegado allí enfermo. No pudiendo por su estado bajar a la plaza a llevar personalmente la paz, como lo deseaba, decía a sus frailes: "Es gran vergüenza para nosotros, siervos de Dios, que nadie se inquiete por remediar el escándalo y restablecer la paz". En estas santas conversaciones, ocurrióle a su genio de poeta y corazón angélico agregar una estrofa al famoso Cántico del Sol, y luego rogar al podestá viniese en compañía de las demás autoridades y pueblo a la morada del obispo, y a éste no se negase a recibirlos. Al encontrarse los dos contendientes en la explanada de palacio ante la nutrida asamblea de la ciudad, dos frailes, enviados por Francisco, les dicen: "El bienaventurado Padre ha hecho durante su enfermedad las alabanzas del Señor por sus criaturas en loor de su Señor y para edificación del prójimo, y os ruega afectuosamente las escuchéis con devoción" (1). Cantan el himno viril y elevado, que respira fraternidad y emoción irresistible, y una vez concluído, siguen la nueva estrofa todavía con más energía y más elocuente piedad:

Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor
y sostienen enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquéllos que mantengan la paz
porque de Tí, Altísimo, coronados serán (2).

---

(1)—**Specul perfect. c. CI.**

(2)—Tomándolo de "Las Florecillas", edición de Vilamala, trasladamos íntegro el

CANTICO DEL HERMANO SOL

Altísimo, omnipotente buen Señor
tuyas las alabanzas son, la gloria y el honor
y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, te corresponden,
y ningún hombre es digno
de pronunciar tu nombre.
Loado seas, mi Señor,
por todas tus criaturas,

Entrambos séquitos y la apretujada multitud permanecían como clavados en tierra, en silencio y conmovidos. Entretanto el Podestá se apresuró a manifestar: "En verdad os digo que no sólo estoy dispuesto a otorgar mi perdón al señor obispo, a quien quiero tener siempre por señor mío, sino también a quien hubiere matado a mi hermano o a mi hijo". Esto diciendo, lanzóse a los pies del obispo y exclamó: "Vedme aquí dispuesto a daros por cada cosa la satisfacción que os plazca, por amor a Nuestro Señor Jesucristo y del bienaventurado Francisco, siervo suyo". El Obispo, inclinándose hacia él, abrazándolo y levantándolo, dijo: "Debiera yo por mi oficio ser humilde; y puesto que por carácter soy propenso a la ira, ruégote me otorgues tu perdón". Así, con gran bondad y caridad se abrazaron y besaron el uno al otro.

Ese espíritu de generosidad y de perdón con que se combate el egoísmo, es extraído del fondo mismo de sacrificio y especialmente por el hermano sol
que hace el día y por él nos alumbras,
y él es bello y radiante con gran esplendor;
de ti, oh Altísimo, lleva significación.
Loado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas;
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.
Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire y nublado y sereno y todo tiempo,
por los cuales a tus criaturas das sustento.
Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.
Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y es hermoso y alegre por su vivo centelleo.
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana madre tierra
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos, matizadas flores y hierbas.
Loado seas, mi Señor, por quienes perdonan por tu amor
y sufren enfermedad y tribulación;
dichosos los que sufrirán en paz,
porque de ti, Altísimo, coronados serán.
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquéllos que mueran en pecado mortal!
¡Dichosos aquéllos que se hallan en tu santa voluntad!
porque la segunda muerte no les hará mal.
Load y bendecid a mi Señor, y dadle gracias
y servidle siempre con grande humildad.

de amor del Evangelio, de ese amor y sacrificio que es nuestra primera necesidad, el secreto de la vida moral, de la paz moral, que nos enseña a abominar lo que es mal para los demás y lo que a nosotros mismos nos degrada, a amar lo que vale más que nosotros y a amar a los hombres, que son nuestros iguales.

El apostolado tan férvido y renovador de Francisco, "como río de gracia celeste fecundaba con las abundantes aguas de los supremos carismas el terreno de los corazones y lo adornaba con las flores de todas las virtudes". En gran número acudían hombres y mujeres y aun matrimonios a las humildes mansiones franciscanas con lágrimas y sollozos a implorar la túnica de la pobreza y el cordón de la penitencia y de la castidad; pero Francisco sabía que Dios no le había enviado a destruír la sociedad, sino a reformarla y mejorarla, y por eso a todos los tranquilizaba y les ofrecía las ventajas efectivas de la Orden Tercera. El triunfo de la predicación de Francisco se veía, como en otro tiempo el de Jesús, tan patente que dice Celano, "todo el que podía tocar aunque sólo fuese el borde de su pobre túnica, se tenía por dichoso. No bien se aproximaba a una ciudad, el clero se conmovía de gozo, volteaban en lo alto de las torres las campanas, se alegraban los hombres, daban muestras de regocijo las mujeres, aplaudían los niños y se llegaba con frecuencia a cortar ramas de los árboles y llevarlas delante de él con cánticos y demostraciones de entusiasmo" (1).

En algún que otro caso, a pesar de su fervor insinuativo, el espontáneo acudimiento de Francisco le obliga a obedecer el consejo de sacudir el polvo de sus sandalias, como al principio Gualdo Tadino, que no tarda en arrepentirse, y Perusa, que después comprueba su propio mal y llora su castigo; pero jamás le duelen prendas, y él volviendo la espalda, continúa por otro lado su predicación, que inicia con la invocación invariable de la paz para el auditorio, enseñando optimamente, como aseguran los biógrafos, con lengua amigable y de fuego, voz vehemente, clara y sonora, alegre de semblante, benigno de vista, sonrisa amable y franca impregnada de dulzura, a veces con cierto halo de rigor subsistente en la espiritualidad franciscana, como para intimar las verdades divinas, sin frases rebuscadas ni amaneradas, antes con la efusión natural del celo por las almas y vistas a procurar a la humanidad la enmienda, el santo temor de Dios, la pura sabiduría evangélica y una más abierta participación en la vida de la Iglesia, siempre con una como rama de olivo en la dies-

(1)—Celano, pág. 64 y 65.

tra tendida sobre las terrenales miserias, cual si fuera a cantar: "Bendito el Señor mi Dios, que da adestría a mis manos para la faena!" (1). En Arezzo y en Sena, en ocasión de fogosas luchas intestinas que suelen llegar hasta rapiñas e incendios, hasta un desvergonzado derramamiento de sangre y exterminio de negocios y de vidas, cruza sin miedo desafiando la animosidad de la refriega, y asesta golpes tremendos a los demonios de la rebeldía y la venganza. En Bolonia es tan general el entusiasmo despertado en el concurso al escucharle, que hasta estudiantes, letrados y profesores universitarios permanecen estupefactos, asombrados de que de labios tan sencillos pueda brotar tal río de elevación y elocuencia. En Ascoli, en Ancona, en Gaeta, en Bérgamo, en Brescia, en Mantua y Cremona, en todos los ámbitos de la Península itálica, la palabra de Francisco es acicate de amor y medianera de paz, amortigua las rabias más mugidoras y feroces, hace entrar públicamente en inteligencia enemistades inveteradas, anuda lazos entre las facciones y partidos, calma las pasiones más violentas, y prohija pactos de eficaz concordia que son promesa y garantía de bendición para familias y comunidades.

* * *

Francisco, luz de los pueblos, de quienes quería no apartasen a un lado la antorcha del Evangelio, no podía dejar de serlo para el suyo, para la patria chica, a la que tanto amaba, cuyos aires blandos y azules aun a lo lejos le alentaban y le expandían el pecho, cuya primavera perenne de flores y de luz la mantenía él fresca en las virtudes de su alma, y que sería objeto de una hermosa bendición suya cuando se le acercara la muerte (2).

Este patriótico afecto lo demuestra con otros muchos el hecho de su meritoria y triunfante intervención, si no directa por lo menos inspiradora, en el "Pacto de Asís" celebrado entre los *maiores* y los *minores*, esto es, entre la aristocracia y el pueblo: convenio pacífico, que acabó con las viejas dis-

(1)—Salmo CXLIII. 1.

(2)—Los términos de esta solemne bendición, según asienta Bartolomé de Pisa en el libro de las **Conformidades**, son éstos: "Bendita seas del Señor, ciudad de Asís, porque muchas almas se salvarán por tí, porque en ti habitarán muchos siervos del Altísimo y porque muchos de tus hijos serán escogidos para el reino de los cielos. La Paz sea contigo!".

cordias, dejó sentada la libertad de todos y contribuyó grandemente al progreso ulterior, y el cual en esta virtud ha sido calificado por algunos como la *Charta Magna* de la democracia de Asís. En él se estableció que unos y otros debían acordarse en alianza perpetua sobre cuanto fuera necesario para el honor, bienestar y prosperidad de la ciudad, y además que los señores feudales reconocían completa y mutua igualdad de derechos a los que hasta ahí habían tenido como súbditos. El texto original de este importante documento, que favoreció a los moradores de las cercanías de Asís y a los extranjeros, se conserva en el archivo municipal de la ciudad. Francisco venía siendo de atrás "el árbitro de los ciudadanos, el hombre ante quien se inclinaban reverentes lo mismo el pueblo que los magistrados".

Se ha hecho notar que al dictar su Regla y designar *Menores* a sus frailes, Francisco abrigaba en mientes un obsequio cariñoso, una preferencia, una honra a las clases humildes, y en cierto modo asomaba la primer palabra consagratoria de la democracia de su país y se pronunciaba precursor de la democracia cristiana, sincera y verdadera: "Nella Regola di san Francesco era stata la consecrazione e in qualche modo el primo inizio della italiana democrazia" (1).

¿Y qué diremos de la prohibición del porte de armas, impuesta expresamente por la Regla a los terciarios, y de que con tamaño alarde, como si fuera presea propia, alábanse los modernos, sin poder, sin embargo, poner coto a las frecuentes matanzas?

¿Qué de la prisión por deudas, contra la cual clamó, no ciertamente Francisco, pero sí su adicto e inmediato discípulo el grande Antonio de Padua, a quien él llamaba su obispo, por lo santo, lo sabio y lo elocuente; abuso o costumbre de todas maneras reprobable, a que recurrían a cada paso los acreedores avaros y despóticos de entonces, y que a pesar de todo halló larga cabida en legislaciones posteriores? Los ricos y potentados, que se colocaban fuera del trabajo porque disponían de sobrados medios de subsistencia y satisfacían holgadamente un desmedido lujo y placeres, eran tiranos crueles para con los pobres y los obreros, a quienes atormentaban y vejaban a mansalva como a esclavos. Igualmente se guarda en el Museo de Padua el documento primigenio de esta persuasiva insinuación antoniana, en la cual el Santo que comparte con su maestro y padre el privilegio de la taumaturgia y mayor popularidad en las cristianas devociones, pide se formule y reglamente una ley de quiebras genuina-

(1)—Gino Capponi, **Storia della Repubblica di Firenze.**

mente humana, a fin de que los desgraciados deudores no sean emparedados o encerrados en las cárceles.

¿Qué decir, en fin, de los no pocos herejes con quienes hubo de habérselas en caridad el Padre San Francisco, a muchos de los cuales atrajo y convirtió a la verdad, valido sólo de tan dulce arma? Fué notable el rendimiento casi total de los llamados patarinos, pertinaces y revoltosos, que se habían apoderado de gran número de almas y pueblos en los contornos del valle de Orte, al pie del monte Cimino, suceso del cual hace memoria un poema de la época:

"Hic Patarinorum multos seducerat error,
Sed Christi Franciscus oves ad ovile reducit".

Resumamos las precedentes consideraciones, que habrán sido cuando más gotas sacadas del océano inmensísimo del espíritu y amor evangélicos de San Francisco, en esta página del gran biógrafo Tomás de Celano:

"Cuando la doctrina evangélica era en todas partes descuidada en la vida práctica, fué Francisco enviado por Dios para que en todo el mundo, a imitación de los Apóstoles, diera testimonio de la verdad. Así sucedió que él con su doctrina mostró clarísimamente ser vana toda la sabiduría de este mundo, y guiado por Cristo, en poco tiempo condujo a los hombres, por la sencillez de la predicación, a la verdadera sabiduría de Dios. Pues él cual nuevo evangelista en estos últimos tiempos, como uno de los ríos del Paraíso, derramó por todo el mundo las corrientes del Evangelio en fecundante riego, y con las obras predicó el camino del Hijo de Dios y la doctrina de la verdad. En él y por él recibió la tierra una inesperada alegría y santa renovación, haciendo florecer los antiguos y olvidados gérmenes de la religión primitiva. Infundióse un nuevo espíritu en los corazones de los elegidos y en medio de ellos se derramó una unción saludable, cuando el siervo y santo de Cristo resplandeció como una estrella del cielo..."

* * *

Es la Hora del Evangelio, viene diciéndonos en serie interesantísima de pláticas dominicales radiadas, un inteligente y carísimo Asesor de Acción Católica. Sí, es la hora precisa, la hora franciscana, tenido de aprovecharla este Organismo Ecuménico, cuyo objetivo específico se cifra en ayudar a la Iglesia en la obra de regenerar y reconquistar para Cristo el envenenado ambiente humano. En años tan lóbregos y amargos, de odio feroz, de instintos deletéreos e irreconciliables,

de descarada mentira, cuando nada ha quedado por emponzoñar, sacudir y quebrantar, el antídoto que se impone ineludible, es el amor: *Diligite ad invicem*, divina máxima vivificante de consuelo en este mundo y de esperanza para el otro. El Evangelio es el bálsamo samaritano de los corazones en congoja, la validez de las conciencias enfermas, el abrazo fraternal de los espíritus disgregados; es el tratado sintético del amor para las almas y para las sociedades. No se aprende en otro libro la lección del amor mutuo, la dedicación de cada uno al bien de los demás, en que se juntan la caridad y la justicia, pues siempre se halla la perla de la justicia dentro el corazón de la caridad, según el dicho de Santa Catalina de Sena, y la verdad misma debe transmutarse en amor para realizar más fácilmente su obra de libertad, de edificación y de paz. "Afirmémonos, predicaba San Agustín, en el mandamiento del Señor que nos dicta el deber de amarnos, y por él cumpliremos todos los otros mandamientos, pues en éste se halla comprendido cuanto representan los demás" (1).

No se sirve a Dios sino haciendo el bien a todo momento, donde se esté, por dondequiera se pase, convirtiéndose por amor en servidor del prójimo, amigo o adversario. San Juan Crisóstomo asegura que se nos tomará cuenta de la participación con que hayamos procurado la salud del mundo entero (2); y San Buenaventura nos propone como empeñoso deber evangélico que conozcamos la verdad, una vez conocida la amemos, y conocida y amada, la anunciemos en caridad a nuestros semejantes: *ut veritas cognoscatur, ut cognita diligatur, et cognita et dilecta aliis proponatur* (3).

La Acción Católica está obligada a laborar sin trepidación ni descanso por el imperio de la verdad, de la justicia y de la caridad evangélica, a hacer penetrar toda la sustancia del Evangelio en todo el movimiento y manifestaciones así de la vida privada como de la vida social: lo mismo que la familia, la patria, las instituciones, las leyes y los poderes, la educación, las ciencias y las letras, la economía y el trabajo, el hogar y la plaza pública, la humanidad entera participe de ese fermento sagrado, vital, que le infundirá fortaleza y aca-

(1)—San Agust. **Trac. 83 in Joan.**

(2)—Recuérdense los versículos 40 y 45 del Capítulo XXV de San Mateo, los cuales se podría decir abarcan en compendio el empleo de la vida cristiana: "...siempre que lo hicisteis con uno de estos mis hermanitos, conmigo lo hicisteis.— Cuando dejasteis de hacerlo con alguno de estos menores, dejasteis de hacerlo conmigo".

(3)—San Buenav. **De perfect. evang.**

bada ciencia, aquella santa sabiduría que afrenta y vence al poder infernal, de la que son hermanas la santa simplicidad que confunde al mundo y a la carne y la alegría perfecta, todas las cuales se han menester sin dilación para curar la neurastenia actual del mundo; que se comprenda y se cumpla en toda circunstancia "con perfección suma la suma perfección del Santo Evangelio", como lo dijo San Francisco de Fray Bernardo de Quintaval.

Muchos creen, sí, en el Evangelio, tal vez en su eficacia: *Video meliora...*: mas les falta adquirir el sentido de la grandeza del Evangelio, la inteligencia cabal de su contenido, su asidua, fructuosa, inquebrantable práctica: de ahí el abismo, el divorcio entre la vida y las creencias, no se vive la fe, las manos están vacías de obras: *deteriora sequor...* y no se teme desfigurar en vana hipocresía la religión, que no se explica ni ha valor si no es movida, operosa y apostólica.

San Francisco fué la realización plena, plenísima, del Evangelio en la fe, en la verdad, en el amor. El podría dirigirnos su palabra tomándola a los labios de Cristo, de Quien fué clarísimo espejo y fidelísima copia: "En esto se conocerá que sois discípulos míos, si os amais unos a otros". Sintamos orgullo en imitarle, y merezcamos ser llamados como él y sus primeros seguidores, *varones evangélicos.* Con el Evangelio, testamento de la Paz y del Bien, lograremos la perfección, la santidad de los apóstoles que han de triunfar en la unidad, en la verdad del Reino de Cristo. No perdamos esta coyuntura, esta solemne grave hora, en que aun los propios incrédulos, los de valía, reconocen, quizás mal de su grado, pero reconocen que no hay otra mejor solución sino el programa evangélico para la sólida reconstitución de la sociedad, lo que vale decir que sin Cristo todo es precario y frágil; sólo El posee la eterna palabra de la vida.

En una de sus vibrantes proclamas, enardecido de patriotismo, el invicto Mariscal Foch estampaba esta sentencia magnífica: "La victoria no pertenecerá sino a un comando ávido de aventuras audaces y de responsabilidades". Esta oficialidad ávida, osada, renovadora y responsable, se halla para la Iglesia en la Acción Católica, caballería de la Fe y del Evangelio. Imploremos al Señor, por medio de Francisco, que la bendiga, la acrezca y multiplique.

* * *

SAN FRANCISCO DE ASIS

VI.

TRIUNFANTE ACTUALIDAD DE SAN FRANCISCO

¿Por qué a ti?...
¿Por qué a ti?...
¿Por qué a ti?...

La obra de pacificación evangélica del excelso Patriarca de Asís, obra cumplida a todos los vientos, tan extensa y variada, a favor de sujetos, de familias, de aldeas y pueblos diminutos como de ciudades populosas de índole y condiciones tan disímiles, es apenas un ensayo, es el atrio, el pórtico en el inmenso campo de su estupendo apostolado, de su grandiosa cruzada misional, la que constituye su máximo trofeo, enderezada como está a recorrer en redondo la haz del universo y a dilatarse sin menoscabo en la diuturnidad de los tiempos.

Aumentados en número, instruídos en algunas artes, amaestrados para la predicación popular, fortificados en la escuela del trabajo y de la pobreza evangélica, Francisco había enviado sendos pares de sus Religiosos por las provincias italianas, y más luego grupos a varias regiones del continente (1), los cuales aquí bien recibidos, maltratados allá, acullá sospechados de herejía, pero revestidos de paciencia y mansedumbre, de humildad, de celo por la causa de Dios, y bendiciendo a quienes los perseguían, recogieron abundante cosecha de almas para la vida de los mandamientos divinos, para la paz y la penitencia y aun lograron acrecentar la Orden con miembros doctos y ejemplares, con institutos que fueron cuna y promesa de vocaciones y graneros abundados de apóstoles. El propio Francisco, orgulloso de la Cruz, con-

(1)—T. Celano, 31.— **Ite, carissimi, per diversas orbis partes, annuntiantes hominibus pacem et poenitentiam... nihil expectantes nisi gloriam Dei et salutem animarum.**

formado a los dolores de Jesús, de que había hecho la entraña de su amor, encendido en la llama del martirio, atento a servir de ejemplo a los suyos y aun adelantárseles en el camino de Cristo, que lo tenía elegido para salvación del mundo, no suspiraba sino por el turno de abandonar la patria e ir a trabajar con cristiano ahinco caballeresco en la reducción de la infidelidad. Antes no partiera para Francia, a la que prefería por el florido desarrollo del culto eucarístico, por ser la cuna de su ascendencia materna, y donde habría evocado risueñas memorias de sus viajes juveniles en compañía de su padre negociante, por complacer al cardenal protector Hugolino, que le había casi prohibido transmontar los Alpes. Inaugurando, pues, esta nueva éra, embarcóse hacia Siria, tierra de sarracenos, mas una horrible borrasca le obligó a retornar. Entonces resolvió marchar a pie por Lombardía y el sur de Francia a España y Marruecos, de donde le fué forzoso retroceder por enfermo. De su paso por España dejó recuerdos piadosísimos en conversiones, fundaciones y prodigios; y en Santiago de Compostela le fué revelada la difusión y crecimiento de su Orden por diversos y distantes lugares. Dice simbólicamente el gran poeta Mosen Jacinto Verdaguer que el partido de Vich le debe a la predicación de amor de San Francisco el aroma perenne y lozanía primaveral de sus floridas vegas:

"La plana de Vich
diu que'n trau florida
des que Sant Francesch
l'amor hi predica".

El biógrafo Tomás de Celano, siempre amoroso y atinado, no deja pasar esta circunstancia sin resaltar el espíritu ansioso del Padre: "El Siervo de Dios Francisco dejando el mar recorre la tierra, y labrándola con el arado de su palabra, siembra la semilla de vida y produce fruto bendito. Su objeto era el martirio, su pecho ardía en vivos deseos del mismo. Emprendió el viaje hacia Marruecos para predicar el Evangelio al Miramamolín y sus secuaces. Y era empujado por un deseo tan fervoroso que a veces, dejando a su compañero de viaje, corría ebrio de espíritu delante de él para poder realizar más pronto su propósito. Pero plugo a Dios piadoso compadecerse de mí y de otros muchos por sola su bondad, pues cuando Francisco hubo llegado a España, el Señor le salió al camino y enviándole una enfermedad para que no prosiguiera adelante, lo hizo volver del viaje comenzado".

Sin embargo, Francisco, a quien no sienta bien la inercia, no se da por vencido, y cuatro años más tarde, puesta la mente en el triunfo de la Cruz sobre la Media Luna, vuelve a emprender viaje, esta vez hacia el Egipto con once compañeros, a diez de los cuales deja en Tolemaida y sigue hasta Damieta con Fray Iluminado. Allí predice la lastimosa catástrofe que aguarda a los cruzados, desacordados y confusos; y si bien corre serio peligro al penetrar en el campamento sarraceno, pues el Sultán paga un besante de oro por cada cabeza de cristiano que le sea presentada, Francisco sin inmutarse ni arredrarse por temor a riesgo alguno, se dirige a las posiciones de los infieles cantando: "El Señor es mi guía... aunque caminase entre la sombra de la muerte, no temería, porque tú estás conmigo, oh Dios mío!" (1), con la fortuna de hacerse obedecer prontamente por aquellos lobos humanos y que le conduzcan sin chistar ni mistar ante Melek - el - Khamel, conocido con el diminutivo de Meledino. Francisco habla al Soldán con sencillez, claridad e independencia, como heraldo del Gran Rey, en un notable y excelente discurso, brillante resumen de nuestra santa religión, transcrito por el piadoso y austero cronista del "Patrimonio Seráfico", y del cual copiamos la introducción: "Sabrás, Señor, que nosotros no somos enviados a ti de alguna potencia humana, ni que nuestra embajada es de tan limitada importancia que monarca alguno del mundo pueda hacerte en ella feliz. El Supremo Rey de los reyes y Señor de los señores, que es el verdadero Dios, creador de todas las cosas, nos envía a ti a prometerte de su parte el Reino de los Cielos, sin que pueda causarte novedad que siendo un Señor tan independiente de todo lo creado, y siendo la embajada de una trascendencia tan imponderable como prometerte la gloria, haya tomado por medio a unos instrumentos tan flacos como nosotros, que somos unos pobres hombres cual lo miras; pues en eso conocerás que este Supremo Señor no obra sus maravillas arreglado al vano fausto de las majestades humanas".

El Sultán escuchó al Santo de buena gana, emocionado y suspenso, y si no quedó convencido por las palabras que le dirigió Francisco, dice el autor de quien tomamos la cita, ni más aún por el valor con que invitaba a los imanes o doctores de Mahoma a entrar con él en una gran hoguera, cosa a que aquéllos transidos de espanto no pudieron disimular su miedo, estuvo al menos bastante conmovido; créese que más adelante produjera en él fruto, y que antes de morir recibió el bautismo. Lo seguro es que Meledino, no sin antes haberse

(1)—Salmo XX, 2.

encomendado en secreto a las oraciones del Santo, le despidió en medio de muchos honores ofreciéndole ricos presentes, que éste rehusó, dándole un firmán o rescripto de pasaporte para que tanto en Egipto como en la Palestina y demás dominios imperiales pudiera viajar tranquila y libremente sin que nadie le interpusiese obstáculo ni atentase contra su vida. Era aquello seguramente milagroso: San Francisco no quería sino padecer y morir por la causa de la Fe, y adonde iba en solicitud del martirio, hallaba un salvoconducto que venía a privarle de lo que él creyera su destino. El Señor lo conducía por una senda muy distinta a un martirio desacostumbrado pero asaz más meritorio y glorioso. Seguidamente a la entrevista, recorrió el Santo algunas partes del Egipto, donde realizó unas cuantas conquistas de almas, y peregrinó con especialidad a los rincones del viejo Cairo y Matarea, en que habían demorado la Virgen y San José con el Santísimo Niño durante la persecución de Herodes. Atravesó luego el desierto y llegó al monte Sinaí, a entrar por Ascalón en la Tierra Santa, la cual recorrió en su mayor parte para visitar con plegarias y lágrimas casi todos los parajes que encerraban tan preciadas reminiscencias religiosas. Esta visita fué una especie de toma de posesión, con la que San Francisco dejaba a su Orden la grave carga de ser guarda y custodio de los Santos Lugares no embargante la profanidad de los infieles.

En tan cortos y malos días San Francisco logró infinitamente más que las Cruzadas, las cuales se gastaron arriba de dos siglos, y si es cierto que influyeron favorablemente en el enlace y desarrollo de las culturas y el comercio, no lo es menos que produjeron diversos males, como pestes en el orden físico, desventajas y trastornos anárquicos en el moral y en el político, y consumieron incontable número de vidas. Trascurridas siete centurias, en las que no han escaseado a los Religiosos de la cuerda, de parte de la terca cuanto fanática sevicia islamita, durísimas pruebas, atropellos y persecuciones terríficas, horrendas exacciones y estafas, atentados y tropelías de toda especie, atroces y prolongadas matanzas, todavía la Orden del Pobre de Asís, escuela de mártires, sostiene el culto en aquellas devotísimas mansiones, nombradas por alguno feudo del espíritu apostólico franciscano, cuida día y noche la prenda augusta del Sepulcro de Cristo, y es atractiva hospitalidad, guía y socorro de las innumerables romerías de piadosos peregrinos que ocurren incesantemente a venerar los sitios históricos santificados por la divina huella del Redentor, sitios hoy en mucha parte áridos, enlutecidos y amargos de soledad, donde se cambió para empezar

nuestra éra la suerte pecadora del género humano. En medio de tantos contratiempos, muy bien se puede aseverar que la Custodia de Tierra Santa, lustre espléndido del nombre franciscano, donde los frailes mantienen escuelas, donde han mediado con peligro de vida como elementos de paz en las disidencias de sus propios enemigos, donde no una vez sola han tenido que entregarse al oficio de asistir apestados, reviste un carácter internacional de categoría extraordinaria e innegable trascendencia. Los papas y los reyes, mediante la concesión de privilegios apostólicos y donaciones reales, fueron los primeros y más benévolos en loar la perseverancia de los humildes Religiosos, que por tan largo tiempo sin desmayar se han ofrecido y sacrificado, beneméritos de la Iglesia y de la cristiandad, víctimas ignotas y abnegadas de la cruel avaricia del mahometano, odiador empedernido de Cristo (1).

Es éste un triunfo no pequeño con que la memoria de San Francisco de Asís se mantiene en la más vibrante actualidad

---

(1)—Al embarcarse San Francisco en Tolemaida para regresar a Italia, dejó aumentado el número de Hermanos Menores en Palestina, pues muchos cristianos de la región habían abrazado la Regla, y fundado el primer convento en el Cenáculo. Luego nombró ministro provincial de Tierra Santa a Fray Benito de Arecio. En 1230 el Papa Gregorio IX dirigía una Bula a los Patriarcas de Jerusalem y de Antioquía para hacerles especial recomendación de dichos frailes. Igualmente dictaron bulas comendatorias los papas Inocencio IV en 1242, y Alejandro IV en 1257. En los comienzos del siglo XIV, el P. Rogerio Guarino consiguió algunos permisos y otorgamientos ventajosos del Soldán de Egipto y Babilonia, y en consecuencia los piadosos reyes de Sicilia don Roberto y doña Sancha, mediante grandes sumas, obtuvieron del Soldán para los religiosos de Jerusalem el derecho de ocupar sin interrupción el Santo Sepulcro y los lugares del Monte Sión. Desde Avignon, el Papa Clemente VI dió confirmación y subsistencia perpetua a este derecho. Para el siglo XV San Bernardino de Sena, entonces ministro general de los franciscanos, enviaba al rey de España un largo memorial sobre las empresas de los frailes menores durante cerca de tres siglos, a fin de que no se les estorbase en su misión y larga posesión como custodios de Tierra Santa. Después de un período de interregno, en 1849, Su Santidad Pío IX, de feliz memoria, restableció el Patriarcado Latino de Jerusalem.

a costa de los ingentes servicios, de la imponderable labor y celo, de la abnegación y fortaleza de ánimo, de la sangre ubérrima de sus heroicos Hijos.

* * *

Qué encantadora, qué interesante y qué alta se nos ofrece la vida franciscana dentro de la ancha esfera de las misiones, iniciativa del corazón del gran Patriarca acorde en todo con el Corazón de Cristo, y que amplia para el bien del universo, constituye la más espléndida irradiación, el más glorioso triunfo en la historia de la Orden! Historia prodigiosa, dice el Padre Guernica, monumento de belleza, obra ciclópea, testimonio de sublimidad, factor de maravillas y prodigios. En el mismo siglo XIII, ya fueron centros de actividad misional partes remotas de cismáticos y paganos; la luz de la fe penetraba hasta Persia, China y la India, y el espíritu de San Francisco esparcía su fragancia como bálsamo de amor no sólo por los aires de la Europa sino también de Africa y del Asia. En 1245, el Papa Inocencio IV designa legado suyo ante el Kan de Tartaria al renombrado fraile geógrafo Juan de Piancarpino, quien, no obstante sus años y molestosa obesidad, digno hijo del Padre Seráfico, sobre un mulo atiende a su destinación mediante un larguísimo viaje lleno de asombrosas aventuras y peligros inminentes, al través de las estepas del centro del Asia, pero aprovechado en el feliz laboreo de una evangelización incansable en las tierras que cruza. Sin otro uniforme que el burdo sayal y ceñida la tosca cuerda, asiste con el único compañero que lleva a la pomposa coronación del príncipe Kuyuk, celebrada con fastuoso y deslumbrante boato en una como escena feérica en que lucen trajes fantásticos cuatro mil embajadores. Su saludo y presentación en esta corte tártara recuerda a San Francisco en presencia de Meledino: "Somos los emisarios del señor Papa, que es jefe y padre de la cristiandad. Nos ha enviado al rey, príncipes y pueblos tártaros, porque desea que los cristianos hayan paz y amistad con ellos. Los invita por nosotros y con sus cartas a hacerse cristianos y abrazar la fe de Nuestro Señor Jesucristo, sin la cual no podrán ser salvos. Manifiesta su estupor a causa de las matanzas a que se han entregado, invadiendo los pueblos cristianos, particularmente Hungría, Moravia y Polonia... Dios está gravemente ofendido de tales actos y exhorta a los tártaros a abstenerse en lo sucesivo de semejantes yerros".

Era el primer grito de la justicia contra la violencia, comenta el Padre Gemelli, de la piedad contra la fuerza, de la

conciencia cristiana contra los depredadores mogoles; y los que llevaban esta palabra nueva eran dos hombres sin riqueza, sin armas, sin cortejo, fuertes con la propia fe, exponentes de la más alta civilización occidental. El Padre Piancarpino puso ojo de explorador y criterio de historiador y de psicólogo en las condiciones del país, en la índole de los hombres y sus costumbres, recogió datos antes desconocidos sobre las cualidades económicas y arrestos bélicos de aquellas gentes, predicó el cristianismo, reconcilió algunos príncipes rusos con Roma, y por vez primera, él, pobre fraile, acercó las relaciones diplomáticas del Extremo Oriente y Europa.

Si pudiéramos establecer reparos y distingos sutiles, diríamos que el más notable, laborioso y sacrificado, entre los misioneros de aquellos tiempos, el cual investido igualmente de una misión del Papa Nicolás IV para el gran Kan y otros príncipes, recorrió la Georgia, la Armenia y la Persia, luego la India, de donde pasó solo a la China, fue el Padre Juan de Montecorvino, a causa de su nombradía y virtudes designado por Clemente V en 1307 arzobispo de Pekín, con siete sufragáneos de la misma Orden. Con anterioridad el Papa Alejandro IV había emitido testimonio de la ya pasmosa dilatación alcanzada por el nuevo apostolado al enviar una bula a diez y siete naciones donde éste exitosamente se desenvolvía, y en que todavía agregaba: *aliarumque non credentium nationum Orientis et Aquilonis* (1). En realidad, quédase uno sobrecogido juntamente de estupor y entusiasmo cuando considera la idea germinal de la inmensa actividad que San Francisco entrevería de sus Hijos al concebir su programa de misiones, sin limitación de tiempo ni de espacio, ecuménico desde todo punto, tan semejante al de los primitivos apóstoles; y parécele sentir las sandalias de los frailes en valles y montes, en apartadas islas y tierras firmes, en Java y Sumatra, y en Corea, Japón y Filipinas, y en Formosa, Cochinchina y Siam, y en el Cambodge y Malaca, y en Borneo, Célebes y Nicobar, y en fin, por la Polinesia, Micronesia y Malaya; y encuentra, por lo tanto, muy naturales y bien puestas las palabras con que empieza su relación el historiador franciscano Gubernatis: "Me lanzo a un mar muy grande, cual es la descripción de los gloriosos e innumerables trabajos, luchas y martirios que los Frailes Menores han tenido que sufrir en toda la redondez de la tierra por amor de Cristo y de su Iglesia, para defender y propagar la fe católica" (2).

---

(1)—Wadingo, **Anales Minorum**, VI, 97.

(2)—Domin. de Gubernatis, **Orbis Seraphicus**, t. V.

Y eso que ni con mucho podríamos dilucidar el plan e ingeniosa máquina de esta colosal empresa militante que exhibe justas las trazas de un magnificentísimo poema: menester fuera pasear tierras infinitas, acabar el giro al orbe, para cantar primero en epinicio gallardo el regio amor con que el príncipe Francisco se ha apoderado de todos los dominios y celebrar luego tantos y tan suntuosos *magnalia* con que sus Hijos pregonan y ministran a las gentes los carismas del Reino de Dios. Los Minoritas "corrieron toda la tierra y la rodearon con sus virtudes y proezas, dignas a la verdad de ser celebradas en la trompa épica de Homero y la lira real de Píndaro. Los hombres heroicos del siglo quedan tan en miniatura ante ellos, que a ninguno, sin mengua, pudieran compararse". *Cuán hermosos los pies del que anuncia y predica la PAZ, del que anuncia el BIEN, del que predica la salud y dice: Tu Dios reinará* (1).

* * *

Cuando se acerca la hora en que el Sol de la justicia viene a besar las playas del lado acá de la Mar Tenebrosa, es Francisco, son sus Hijos quienes anuncian y preparan la aurora; ellos, quienes tremolan sobre las nuevas colinas el pendón caballeril de la Realeza; ellos, los que alzan al cielo la primera Hostia, alma del Reino, a la vista de los íncolas atónitos; ellos, las lenguas que preludian el himno universal de acción de gracias; ellos, las primeras víctimas cuya sangre habrá de fecundar el Continente para la gloria y adoración del Rey.

Aunque hubo otras misiones de no poco momento y fruto, las de los Hermanos Menores, y luego en especial las de los Menores Capuchinos catalanes y andaluces que nos vinieron no mucho tiempo después de constituírse su rama por el Padre Bassi y ser aprobada por Clemente VII (1528), fueron las más extendidas por los contornos de nuestra América, donde como en otras partes crecieron en rápido prestigio y en el favor del pueblo; de modo que, numeroso en lo posible el personal, selecta y probada la santidad austera, se puede decir que ellos hicieron del reciente hallazgo colombino vehículo de su patrimonio espiritual; y sin mezquindad, sin hacer caso ni a penalidades ni fatigas, pues trabajan con el corazón, apenas si fijaran cuenta, como éxito de sus Doctrinas y Escuelas, de las tribus náufragas que trajeron a la corriente de la cristiana civilización y al remanso de las buenas

(1)—Isaías, LII, 7.

costumbres; de las ciudades y pueblos que fundaron en emplazamientos pacíficos; de las obras de indispensable utilidad y de bien con que proveyeron a la salud de las almas y a la salud de los cuerpos; de los templos hermosísimos y artísticos y los hospicios confortables fabricados por sus manos; de las memorias de enseñanza, de trabajo y economía en la agricultura, las crías y oficios mecánicos, de que obtuvieron bienestar los pobres y progreso la comunidad; de las fuentes de riqueza, curiosidades naturales, plantas medicamentosas y demás proventos científicos que descubrieron o estimularon; de los términos que demarcaron a las jurisdicciones parciales, como si tuvieran de presente los intentos de mezquinas ambiciones y los litigios de fronteras que en lo futuro producirían luengos y onerosos disturbios entre las vecindades.

Aquellos maestros honestos y apacibles, aquellos doctrineros humildes y benéficos, varones de Dios, espíritus iluminados, de fragante vida interior y esmerado consejo, conciencias rectas, caracteres firmes, corazones tiernos y persuasivos, a quienes les toca buscar las espigas pequeñas y olvidadas en el campo del Padre de familia, guardan en sí, pura y cabal, la entraña inflamada de caridad apostólica que les transmitiera el Patriarca al dejarles su corazón. Plantan la semilla franciscana, que florece y fructifica robusta con mieses duraderas, bendecida por la Virgen del Tepeyac, en las huertas americanas desde el Canadá hasta el Cabo de Hornos, y con "Pedro de Gante, Martín de Valencia, Francisco Solano y García Padilla, dice Cherancé —(podríamos agregar por cuanto respecta a Venezuela los nombres de Fray Francisco de Pamplona y los Padres Esteban de Adoain y José de Carabantes)—, hace surgir para la religión de Cristo muchísimo mayor número de almas que le arrebata la rebelión de Lutero".

Lo cual ni cuanto aún se diga en más encarecimiento, sería extraño ni sorprendería en la Orden difusiva que fué, dijo Georges Goyau en su discurso de ingreso en la Academia Francesa, "divino laboratorio de santos donde todo se transformaba en caridad"; Orden de cuyos hijos una media docena han ocupado la Silla de San Pedro, fuera de los muchos que desde la juventud habrían sido simples terciarios; Orden que muestra ufana el vuelo de águila de sabios teólogos investidos de la púrpura cardenalicia, desde San Buenaventura hasta Vives y Tutó; Orden que en las dípticas hagiográficas y del heroísmo ha inscrito por centenas áureos nombres de bienaventurados y de mártires; Orden que en las ciencias ha contado profesores universitarios y doctores clarísimos: un revolucionario, Rogerio Bacon el Admirable y otros por su valía intitulados el Seráfico, el Sutil, el Irrefra-

gable, el Iluminado, el Invencible; Orden que en la poesía y en las artes luce cantores y modelos superfinos, empezando por el propio Patriarca Fundador, poeta de todas las ternuras, cuyas místicas odas y laudes fueron las primeras notas moduladas que balbuceó el dulce romance toscano; Orden que en la diplomacia y el gobierno ha consagrado figuras de estadistas eminentes, como el sapientísimo y penetrante ministro general, Lorenzo de Brindis, cuyo ánimo agudo amellaba de continuo el cortante filo de la pérfida cimitarra, o el notísimo canonista y mecenas del saber, Juan de Capistrano, libertador de Belgrado en la cruzada contra Mahomet II, o el embajador pontificio en Austria, Marcos de Aviano, héroe que fué con Sobieski de la célebre victoria de Viena (1), o el Padre Le Clerc de Tremblay, consejero y moderador de la política de Richelieu, brazo derecho del cardenal-ministro, o el eximio Primado de Toledo, cardenal Jiménez de Cisneros, Gobernador Regente del reino de España, campeón de la paz y la justicia durante las banderías y motines a la moda, sostén del orden público, refrenador de la ranciosa nobleza castellana, abogado del derecho de los pobres, en pro de quienes hizo nombrar un juez a fin de evitarles daños de parte de los poderosos, conquistador de Orán y de Navarra, fundador de la universidad de Alcalá, y fautor de la Biblia Poliglota Complutense; Orden prestigiada por ascetas tan extremados e imponentes como San Pedro de Alcántara; Orden que desde su aurora movía multitudes con la sola lengua taumaturga de Antonio de Padua; Orden que alumbró las naves de las iglesias en el siglo XV, como un suave rayo de sol con la pródiga e irresistible facundia de un Bernardino de Sena, y el

(1)—En Venezuela hemos tenido dos capuchinos como ministros de la Santa Sede: el Padre Fray Roque Cocchia, arzobispo de Chieti, delegado apostólico en Santo Domingo. Estuvo en Caracas por los años de 1876-77, y arregló la escisión entre el Estado y la Iglesia, de que resultó nombrado arzobispo el Iltmo. y Revdmo. señor Dr. José Antonio Ponte.— Fray Roque Cocchia fue autor de "Storia delle Missioni dei Capuccini" en tres volúmenes. Adelantándose a su tiempo, estableció en su Seminario un curso de Agricultura para educación de párrocos rurales. — En 1885 vino, también con el alto cargo de Delegado Apostólico, el simpático y dulce Fray Bernardino de Milia, quien presidió las ceremonias de la consagración de Su Ilustrísima el señor Doctor Críspulo Uzcátegui, y supo insinuar la mansedumbre franciscana en nuestra sociedad, en los círculos del gobierno y particularmente en el ánimo del presidente, el inolvidable general Joaquín Crespo.

XVIII hizo estremecer los púlpitos y los ámbitos de las plazas con la elocuencia de un Leonardo de Porto Maurizio en Italia, misionero de la Toscana y de Córcega y árbitro de paz entre esta isla y Génova y con la de un Diego de Cádiz, apóstol de Andalucía, cuyos cálidos acentos, al decir de Menéndez Pelayo, no los igualaron ni el Agora, ni el Foro, ni el Parlamento inglés, que hubieran valido de apoyo a la decisión de Benedicto XIV para escoger a un capuchino como predicador a perpetuidad del Papa y del Palacio Apostólico, y que acaso fueran argumento válido a inferir con el insigne orador dominico. Lacordaire: "Los Capuchinos son los Demóstenes del pueblo".

Tanto sabio, tanto bienhechor, tanto beato y santo, plasmados por él no sólo con la lengua y la palabra, sino sobre todo con las obras y la verdad, divinamente edificados, moldeados en el hueco odorífero de su corazón y nimbados con su auréola radiosa de *Paz* y *Bien*, que forman su corona y cortejo, son para Francisco, después de sus llagas, premio de Cristo a su total inmolación seráfica, la más rica ofrenda al Rey Eterno, y a la vez el mejor gaje de su propia alegría triunfal, en el trono resplandeciente que ocupa, el más alto en el coro de los serafines, el cual estuvo vacío para él desde la soberbia rebelión de Lucifer.

* * *

El mundo desconoce por completo las adorables vías de Dios, vías a veces misteriosas y oscuras, a veces raras o sorprendentes, a veces recias y menudeadas de tropiezos, a veces hasta contrarias en apariencia a la meta adonde se solicita llegar. No quisiera el mundo sino encontrar ancho, liso y expedito el camino, sin asperezas ningunas, sombreado y fresco, prevenido de placenteros puestos de descanso, de vistas hermosas y atrayentes al regalo y contentación de los sentidos. El no entiende de fatigas ni de esperas, de concesiones, humildades o renuncias; y de ahí que juzgue inútiles y despreciables cualesquier muestras de abnegación, de sacrificio, de sometimiento de la voluntad, de obsequio al bien ajeno, —hoy ya se va a poder decir de urbanidad, de decentes y gentiles modales—, si acarrean alguna pequeñísima molestia o estorban mínimamente siquiera a la propia comodidad y satisfacción de los placeres, a la holgura plena del *yo*. Si se le habla de limosna y caridad a los necesitados o inválidos, los manda a trabajar para remediar sus menesteres, o cuando más, inventa fiestas a fin de divertirse a costa del infortunio del prójimo, cual si ayuda que no sale del corazón fuera con

mérito a la presencia de Dios. Si se insta a la resignación y amor de la pobreza, cree que se está recomendando y exaltando la miseria o que se instiga el odio al rico. Si se predica la sencillez, la humildad, la mansedumbre, la paciencia en el dolor, lo achaca a hipocresía, a esclavitud y vileza, a cobardía de espíritu, y considera pusilánime al que es sufrido, y es manso, y es humilde, y es sencillo de corazón.

Pues bien, estas virtudes que el mundo insensato, *animalis homo,* rechaza y abomina, carente de la luz adecuada a discernir las cosas del Espíritu de Dios, fueron el fundamento y precisa explicación del augusto oficio de santidad, de labor evangélica y consiguiente gloria, a que el Altísimo, para bien del linaje humano y honor de la Iglesia, se dignó destinar al Gran Padre San Francisco. Desde la hora y punto en que Francisco estampó la cruz sobre la vieja túnica raída que le regaló el jardinero del obispo Guido, y él adoptó a cambio de la lujosa indumenta devuelta a su padre, mudóse en el hijo de la penitencia, siervo pobre de Cristo pobre, y endilgó sus ansias vehementes a alistarse para cargar en toda hora la cruz, participar más y más de las amarguras y tormentos del Redentor y poder bañar el mundo del espíritu del evangelio. Acercándose a Cristo, conociéndole mejor y sintiendo sus dolores, escondiéndose y descansando dentro de sus llagas, ascendía de perfección en perfección, se angelizaba, de tal modo se le pegaba e identificaba, que lo copió exactamente, y no olía ni sabía sino a Cristo. En recuerdo de las montañas bíblicas, apunta Ridolfi; en premio y realce a Francisco por sus visiones extáticas, y para que no faltase nada a la fiel conformidad de la copia e imagen, el Señor le transfiguró su amable refugio del Alverno ya en Horeb, ora en Tabor, y más aún en Calvario, para sellarlo al fin con las señales dilectas del martirio, los sagrados Estigmas, los cuales le encendieron todavía un más ferviente fuego de amor y admirable arrobo de gloria. Habíale Francisco pedido a Jesús la gracia de experimentar física y moralmente todos los dolores y amor de la Pasión, que era pedir la crucifixión, y Jesús se la otorgaba con creces para que triunfara de sí, de la naturaleza y del mundo, haciéndolo mártir de cuerpo llagado, *alter Christus,* durante dos largos años, un crucificado viviente, que en plenaria realidad pudo clamar con San Pablo: *Christo confixus sum cruci!* Y cuando una noche la melancolía seca y matadora pretendió apoderarse de él y vencerlo, saltóle súbito el consuelo de la voz de Cristo: "Regocíjate porque tus sufrimientos son la prenda de mi reino, cuya posesión te la asegurará el mérito de la paciencia". El amor seráfico, que anhela por el padecer,

"es amor que se nutre
del dolor que hace grande el sacrificio,
y que bebiendo lágrimas sonríe
y encuentra la ventura en el martirio".

Dábanse la mano en San Francisco una extremada sencillez, la más profunda humildad, su serena pobreza y una vivísima confianza en la Providencia Divina. Su lenguaje es siempre de simplísimo tono, igual será su predicación, brote espontáneo de lo hondo del alma: *Sentite de Domino in bonitate, et in simplicitate cordis quaerite illum* (1). ¿No os parece mágicamente cautivadora la candorosa ingenuidad de su disputa con Fray León, a quien le impone en obediencia que lo impruebe y maldiga como merecedor por sus maldades de estar haciéndoles compañía a los réprobos? Fray León, evocando la escena de Balaán, le va diciendo: "Serás singularmente bendito.... Dios realizará por tu medio grandes cosas... te colmará de innumerables gracias... serás ensalzado y glorificado en la eternidad", y ante la reprensora inquietud del Santo, termina confesándole: "Dios habla por mi boca!" ¿Qué pensáis cuando le veis solícito mozo de cocina en un monasterio, cuyos monjes no le dan ni una camisa para reponer sus harapos? Cuán bella por lo natural y franca la escena del campesino que graciosamente le amonesta: "Conque eres tú ese Francisco de quien tanto se habla! Pues cuida de ser tan bueno como dicen que eres! Son muchos los que confían en ti!" ¿Y no encontráis igual la del hermano Leonardo, que le lleva el diestro con cierto desagrado interior, mas él sin doblez alguna oblígalo a montar diciéndole: "No está bien que yo vaya a caballo y tú a pie, pues en el mundo fuiste más noble y poderoso que yo?" Enemigo de alabanzas —"a nadie hay que alabar mientras es incierto su fin"— las que le tributaban servíanle para humillarse y despreciarse mucho más, pero las que redundaban en gloria de Dios le alegraban sobremanera. Tal fue la del obispo de Terni. Predicó allí con gran fruto Francisco, y una vez terminado el sermón, el prelado se dirigió al pueblo: "Dios ha esclarecido en estos últimos tiempos a su Iglesia por medio de este hombre pobre y despreciable ,simple y sin letras. Por eso debemos darle gracias sin cesar considerando que no a todos los países ha concedido tal gracia". Al oír Francisco de la boca del obispo la alabanza a Dios y la consideración de él como ente despreciable, se lanzó a sus pies y lleno de alegría le dijo: "En verdad, señor obispo, me habéis honrado grandemente; otros me ro-

(1)—Sapient. I, 1.

ban lo que es mío, vos me lo conserváis intacto. Habéis separado lo precioso de lo vil, dando como discreto varón a Dios la alabanza y el desprecio a mí". Santo Domingo de Guzmán, estotro excelso clarín del Evangelio, a quien le bastó un breve momento de abrazo estrecho para conocer el prodigio de humildad de San Francisco, lo puso de espejo a todos los Religiosos: "En verdad os digo que todos deberán seguir a este santo varón, por ser tanta y tan grande la perfección de su vida" (1).

Donde se ve empero cómo Francisco juzga con precisa medida y acabada exactitud la alteza de su misión, la magnitud de la obra cuán sublime que sobre sus hombros gravita y que por lo mismo pide el grado supremo de la humildad, es en la contestación conmovedora y a la par ingenua y edificativa dada a la triple pregunta con que Fray Maseo pone a prueba en él esta virtud. Francisco está íntimamente convencido de que si él es favorito de Dios por la merced de tantos dones y señalados privilegios, lo debe a ser la criatura más indigna, y así todo el honor y toda la gloria hay que atribuírlos al Dador. "El quería ser sólo una sombra en presencia de la luz eterna, o por mejor decir, quería que aun esa sombra desapareciera dentro de la luz divina", escribe el Padre Hilarino Felder. —¿Por qué a ti, por qué a ti, por qué a ti,? le insta Fray Maseo. —¿Qué es lo que quieres decir? replícale Francisco. —Digo: ¿por qué todos vienen derecho hacia ti, y todas las gentes parece que desean verte, oírte y obedecerte? Tú no eres hermoso de cuerpo, tú no posees gran ciencia, tú no eres noble. ¿De dónde, pues, que todo el mundo se vaya en pos de ti? Lo cual oyendo Francisco, lejos de inquietarse, muy regociiado en espíritu levantó los ojos al cielo y buen rato duró elevada la mente en Dios. Vuelto en sí, arrodillóse, dio gracias y alabanzas al Señor, y con gran fervor se dirigió nuevamente a Fray Maseo: —¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué todo el mundo sigue detrás de mí? Esto me viene de aquellos ojos del Altísimo Dios, los cuales en todas partes contemplan a buenos y a malos, y como esos ojos santísimos no han visto entre los pecadores ninguno más bajo, ni más incapaz, ni más grande pecador que yo; como para llevar al cabo la obra maravillosa que se propone hacer, no ha encontrado criatura más vil sobre la tierra, por eso me ha escogido a mí, para confundir la nobleza y la grandeza y la fortaleza y la hermosura y la sabiduría del mundo; a fin de que se conozca que toda virtud y todo bien proceden de El y no de la criatura, y ninguna persona pueda gloriar-

(1)—Specul, perfect. cap. 45.

se en su presencia, y si se gloría, se gloríe en el Señor, a quien pertenece toda gloria y todo honor por toda la eternidad (1).

Qué lección para el humano orgullo, vano y necio! Lección para quienes gritan que la humildad es causa de ludibrio, que amengua y rebaja, cuando, por lo contrario, realmente da prestancia, engrandece y sublima al hombre, y en cambio la vanidad y el orgullo le aparejan continuas desazones y abatimientos. La humildad es arma y es coraza contra las calumnias, los oprobios y contumelias que puedan sobrevenirnos por el nombre y la gloria de Cristo. La humildad, hermana de la verdad, es preámbulo de cultura activa, consciente y superante, es siempre adorno, simpatía amable y seductora, más aún, alimento de todas las gracias y virtudes, de todos los saberes y valores; es rico manantial de energía, prenda cierta de santidad y claro signo de predestinación; es instrumento constructivo de la dicha y de la bienaventuranza. San Francisco es de ello prueba insigne e incontestable: aquéllas sus visiones de principado y de dignidad veneranda no eran quimeras estultas; y el obscuro e iludido mendicante al principio rechazado con desdén, *indignanter repulsus*, por la oficialidad pontifical, se convierte luego en palmera esbeltísima, que extiende sus ramas hasta los más remotos ángulos del universo.

Apenas hubo Francisco rebasado los linderos de la existencia, comenzaron a brotar del cofre de su tumba tesoros singulares y largos en beneficio común, acaso más ricos y frecuentes de los que solía antes sacar de la alforja habilidosa de su pobreza, y se depositó a la vez sobre su ensalzado cuerpo, a objeto de honrar sus virtudes heroicas, la ofrenda múltiple en que se ingeniaron a porfía la fe, la piedad, el arte y el amor. Fuera imposible pormenorizar los fastuosos tributos que en el curso de los años han rendido al austero gigante de la humildad y pobreza sobrenatural todas las fuerzas y riquezas humanas, para erigir a su gloria un monumento real, que fue la cuna del Renacimiento, calificado por la opulencia de los colores y las formas como el "primer sagrario de la belleza", encumbradísima epopeya entonada al serafín humano por ángeles y santos, y que ha sido en la procesión de los siglos algo como una permanente epifanía. En expresión de Ozanam, "no bien fue colocado en el sepulcro, sintióse una cual fuerza extraña que parecía agitar la tierra y poner en sobresalto los espíritus...; no hubo honor que se reputase demasiadamente grande para aquel pobre Mendi-

(2)—**Actu beat. Franc.** cap. 10.

cante: los pueblos se acordaron de su amor y propusiéronle devolverle más de cuanto por ellos hubiese él abandonado. Y pues nunca tuvo casa ni servidumbre, pareció congruo fabricarle una magnífica morada, en semejanza al palacio que él había soñado en su juventud, y traer a su servicio cuanto de más excelso pudiera darse entre los artistas cristianos" (1).

Pese a tantos cambiamientos y licencias, para las generaciones modernas, incapaces de negar ante lo obvio de los hechos, —lo asoma Sabatier,— la subsistencia del "pensamiento de Francisco ávido de realizaciones, de su palabra portadora de gozo y energía caballeresca, de su voluntad creadora", no ha dejado de ser Asís punto de mira, de estudio, de visita, de veneración; amable atractivo de gran número de almas, movidas devotamente por los vivos recuerdos de aquella santidad que impregnó el siglo XIII, y de que se recogen aún los gérmenes benditos; encanto y embeleso de ingenios, que van a beber inspiración en aquel austero "pudor de la naturaleza" (2), si bien blanda y azulada Umbría, testigo del heroísmo, como en las renombradas preseas artísticas, tributación de las edades; recinto de paz, de plegaria y alabanza, oriente de virtudes y sacrificios, estrella radiante de piedad, que muestra a los espíritus extraviados las limpias sendas del Evangelio, y a los escogidos aquella Regla prócer, dechado de libertad, de autonomía y de perfección, que supo mirificamente conjugar la austeridad y la alegría, la contemplación y la actividad, escala de Jacob, que hacía exclamar al preclaro apóstol dominico San Vicente Ferrer: *"Qui illam regulam servat sanctus est: quando moritur posset canonizari"*.

* * *

Extinguidas, o poco menos, la fe y caridad de Cristo, la humanidad es hoy víctima de un rudo sacudimiento, tormentoso y crítico, muy más rudo, más tormentoso y aciago que el de los días lánguidos de San Francisco. Todo se quebranta y se irrespeta; las potencias adversas se confabulan para hollar a mansalva los grandes principios, inmanentes y eternos, de verdad, de justicia, de equidad, de dignidad y de bien, sobre que descansan los fundamentos de la vida social, de la vida doméstica, de la vida privada. Aun muchos Estados, ligados entre sí mediante solemnes alianzas y convenios, por excusas y pretex-

(1)—Ozanam, **Poetes franciscains.**

(2)—Condesa de Pardo Bazán, **San Francisco**, cap. I.

tos baladíes se presumen libres de los requisitos del honor, burlan con descaro la fe de los tratados y se embisten con arremetidas salvajes, cual sucedía entre paganos e improbaba Virgilio en las Geórgicas: *Vicinae ruptis inter se legibus urbes arma ferunt.* Se alardea de poner la mentira en el puesto de la verdad, y al avispón sin pudor encima del varón honesto y cumplido, como otorgándoles fuero de naturaleza a la mentira y al pecado, según es la vana sabiduría del mundo, que consiste, al decir de San Gregorio, en mostrar como verdaderas las cosas que son falsas. Se ha creído en la eficacia del solo bienestar corporal; no se rinde culto sino al dios oro; se sueña no más que en la satisfacción de los placeres y pasiones bajas; ni se atiende en todo sino al lucro y contentamiento del yo. Pero como los placeres hastían, y la riqueza no independiza, y el interés y los cálculos de felicidad resultan fallidos, las cosas se invierten de revés; de ahí proviene la debilidad y cobardía para la concepción de las grandes ideas y las elevadas empresas; de ahí, la insinceridad, la falta de mutua confianza y buena fe entre los hombres; de ahí, las envidias y los odios irreconciliables de unas familias y unas personas contra otras personas y familias. El hombre, como Alighieri, no da con la paz y bienandanza, porque el egoísmo lo trueca al fin en enemigo y víctima de su propio espíritu. Traslademos, ampliemos estas someras realidades al movimiento y curso de las naciones, y tendremos explicada la clave de la horrenda guerra, más bien, de las rebatiñas y exterminios vergonzosos que hoy las consternan, las desesperan, las arruinan, queriendo no dejar ni piedra sobre piedra de la ingente fábrica del orbe. Es una tempestad, un caos horrísono, no diremos ya una babel, porque en la antigua no hubo sino el trastrueco de las solas lenguas, y esta matanza de ahora envuelve una confusión total, extendida a las ideas, a los sentimientos, a la conducta humana, al desenvolvimiento y subsistencia del trabajo, a la vida de las razas, a las bases y leyes primordiales en que estriban el orden, la paz y la existencia misma de los pueblos. "Nuestro siglo, decía el famoso orador español Vásquez de Mella, es víctima de un odio que corre como un río de aguas amargas y negras entre las clases y las naciones... deja al descubierto pueblos enteros convertidos en islas de náufragos, de esqueletos y de escombros... El progreso social no se mide ni por la cultura, ni por el poderío, ni por la riqueza, sino por el amor que se profesen los hombres. Por próspero que parezca un pueblo, si lleva el odio dentro, no será más que un panteón en espera de su propio cadáver".

No existe unidad, ni armonía, ni fijeza estable en ninguno de los órdenes de la vida, así en el físico como en el intelectual

y en el moral. De acuerdo con el pronto dinamismo de la época actual, la ciencia ha conquistado muchísimos progresos a cual más maravilloso, para acercar con mayor apremio a los hombres y a los pueblos, para aligerar el trabajo y el esfuerzo, para suprimir las distancias, para ganar tiempo, para aumentar la producción, para acelerar los negocios. El avión nos conduce en minutos al través de los aires de un país a otro acaso bien remoto. Con sorprendente rapidez, merced al hilo telefónico, escuchamos voces amigas de saludo y afecto de uno a otro continente. La radio nos hace saber a toda hora las noticias de cuanto acontece en las comarcas más lejanas. He ahí la labor operante hacia la unidad física y económica, y es de justicia reconocerle ese haber a la ciencia... Sin embargo, nota un observador que nunca, nunca, la fragilidad, la separación, la división entre los hombres ha sido más aguda y hosca, ni más manifiesta y resonante, ni los rompimientos se han hecho más profundos y funestos. Y cuando se extreman los cuidados, las emulaciones y las recompensas para levantar la niñez y la juventud en una robusta plenitud de fuerzas y con las ventajas de un conocimiento más estrecho y una comprensión más accesible, lo que a la postre se consigue es que la ciencia multiplique y perfeccione con precisión diabólica los instrumentos de odio y de muerte más que los instrumentos de atracción y de vida, y como última esperanza la irónica emulación y abominable fraternidad de las artillerías.

No menos agudo y sarcástico es el desgarro intelectual y moral, que ha venido alejando mayormente la paz y la unidad en ambos órdenes, hasta producir una completa anarquía en los espíritus, la desorientación del saber, el descalabro de las costumbres. Asistimos a una verdadera desintegración espiritual, a consecuencia de la atonía de las almas para subir a las fuentes de la luz o penetrar hasta los fundamentos de la verdad. Cuanto es cima y es cumbre permanece envuelto en nubes espesas, parécenos haber leído en algún filósofo: cuanto es raíz y base queda enterrado en profundidades obscuras. Lo cual vale tanto como afirmar y lamentar el olvido y pérdida nunca impune de aquellos perennales axiomas que son origen del conocimiento, sustentáculos de la sabiduría, firmes apoyos del equilibrio social, mentores seguros e insustituíbles de espiritualidad al través de las incertidumbres y misterios del viaje de la vida. Con caracteres sombríos, tocados de cierto aire un si es no es pesimista, trazaba este malestar el selectísimo escritor don Ricardo León, cuya reciente muerte ha sumido en hondo duelo a las letras hispanas: "Sopla hogaño en el mundo un ventarrón de codicia, una brutal incontinencia, un interés grosero, una ansia loca de enriquecerse, de hacer ostentación,

y derrochar, y revolcarse en todos los goces del sentido... El impudor, la ordinariez, el mal gusto se manifiestan de tal suerte que ya va siendo difícil distinguir a las gentes principales de las de burda estofa, a la mujer honesta de la de vida airada, al hombre de pro del caballero de industria... ¡Será preciso (pues que el azote de la guerra lejos de escarmentar al mundo lo hace más vil todavía) que Dios Nuestro Señor nos mande un nuevo azote, una pobreza universal que purifique el ambiente y hunda en el polvo de la tierra a todos los ricos, viejos y nuevos, y obligue a todos los hombres a ganarse el pan con el sudor de su rostro"...!

Hay que restablecer, por lo tanto, los espíritus deshechos, hay que ajustar las conciencias desarregladas, hay que atraerlos de nuevo al orden y la unión, a la dignidad y la decencia, a la pureza y la generosidad, lo que no se impone con leyes, ni con sentencias, ni con fórmulas de palabras, que hoy son y mañana las ha volado el viento, sino con principios acendrados e indeficientes, con ideales inspiradores y esenciosos, que no tarden a reventar en brotes fuertes de vida, en flores de renunciación, en frutos sazonados de verdad. La verdad es el solo vínculo irrompible que ciertamente aproxima y liga los espíritus, y como el problema actual del mundo es sobre todo de índole moral, es preciso buscar en la verdad moral, en la verdad íntegra, la que liberta y salva, la que es base y fuerza de toda sociedad fecunda, la paz y la unidad, o sea, la reparación total de las ruinas, cual se apetece y se requiere. Esta verdad moral íntegra que decimos, sin sombras ni paradojas, asiento de la única esperanza de concordia y de restauración, no se halla sino en el cristianismo. Es aquel espíritu de paz que veinte siglos ha soplaba con frescura primaveral desde el establo de Belén, espíritu de amor que, como bellamente dice el Padre Gemelli siguiendo a San Buenaventura, es al Alfa y la Omega de la Verdad, y se llama Jesucristo. El mismo espíritu que desde su altísima Cátedra, cuando las pasiones estallan violentas sobre los hombres y los pueblos, proclama las razones supremas de la justicia la Primera Voz del orbe, que se llama el Papa. El mismo espíritu, creador de la civilización y la cultura, "sin el cual nuestra cultura morirá ante la coalición del odio y la ignorancia que arrastran la sociedad hacia la esclavitud pagana, espíritu que pide sin cansarse la buena dirección mental y la reforma de las costumbres, y se llama Iglesia Católica", dice Hilario Belloc. El espíritu de sacrificio y de amor, esencia cristiana, regenerante y pacificadora, áurea llave del Reino de Cristo, con que San Francisco, mensajero de la misericordia, abrió al mundo la puerta que el mismo se había cerrado, e

impulsó los hombres dormidos a trillar de nuevo la senda de las virtudes evangélicas.

* * *

Es incuestionable que para la constitución del plan vital que asoma la faz por entre los nublos de la guerra, la humanidad está tenida a optar necesariamente entre los extremos de esta disyuntiva, que con Belloc reconocen a una los recienconvertidos, a saber: el restablecimiento de la fe católica o la extinción de la cultura; o como más explícitamente lo ha expresado Ollé-Laprune: "O los espíritus y las almas se recristianizan, y entonces se producirá una nueva pacificación intelectual y moral; o los espíritus y las almas se descristianizan todavía más, y entonces la anarquía intelectual y moral seguirá creciendo".

Pensadores de las más distintas zonas y matices ideológicos, contestes afirman como urgente e ineludible la necesidad de volver a los dictados evangélicos, viejos siempre y siempre jóvenes, a la doctrina de Cristo, inalterable en la sustancia pero singularmente adaptable a todos los tiempos, en la cual y no en otra alguna enciérrase la solución de las más arduas dificultades. Para contrarrestar este huracán desencadenado de rencores y venganzas, de materialismo y concupiscencias, que asuela y destruye los campos de las ciencias y la moral, no hay en efecto poder de superación y espiritualidad que valga, fuera de la suave brisa de amor y el agua límpida de concordia que el Evangelio difunde y riega, y que contienen los gérmenes vitales capaces de reverdecer los secos plantíos de las conciencias, de las almas y de las sociedades. Aduzcamos estos dos testimonios: "Si no se vuelve al orden cristiano, dice Anatole France, será punto menos que imposible la vida de la paz en las naciones". - "Mientras los principios fundamentales, básicos, de las doctrinas de Jesús, afirma Máximo Soto Hall, no predominen en pleno, los males subsistirán. El encauzamiento de la conciencia humana sobre principios de fraternidad inconmovible, será el único medio de que se verifique un cambio en la estructura moral del mundo".

¿Quién dará en estos insanos y revueltos días lecciones de comprensión, ejemplos de serenidad y armonía, estatutos de paz firme y solidaria, quién poseerá energía suficiente para sacar a las naciones del espantoso abismo en que se han sumergido, devolverles el sosiego y afianzar el "orden cristiano", como lo pide el despreocupado y acatólico escritor francés? En esta rabia furibunda y turbia de pasiones, ¿a cuál fuente diáfana acudir por esa "fraternidad inconmovible", que ha de ba-

ñar las conciencias para promover la modificación beneficiosa de la vida moral, según el dictamen del esclarecido letrado centroamericano?

Es de estos meses recientes la declaración del converso profesor Pío Eugenio Zolli, jefe que fue de los rabíes del grupo hebreo de Roma: "Después de tan horrenda guerra, el único medio eficaz para combatir y vencer las fuerzas del mal y reconstruír el espíritu de una verdadera fraternidad humana que nada tenga que ver con la idolatría de las razas o con la soberbia de los superhombres, es la íntegra aceptación del catolicismo".

Años ha el periódico prusiano "Der Volksverein", órgano de la Liga del Pueblo iniciada por Windthorst, abría con el retrato y biografía de San Francisco de Asís una galería de personajes célebres que hubiesen sobresalido en las empresas de la paz colectiva, y resuelto sus problemas. La alabanza del héroe antonomástico de la humildad, de la pobreza y la espiritualidad, del sociólogo genial que, sin complejos estudios, sin sistemas rebuscados, sin atuendos ni vanaglorias, sino con sola luz de cielo y amor de eternidad, redujo a equilibrio las broncas y tenaces luchas del pauperismo y feudalismo y alumbró y resolvió todas las cuestiones sociales y económicas suscitadas en su tiempo y que pudieren suscitarse en los venideros; la alabanza de la mencionada Hoja al Heraldo de Umbría se resume en esto: "...fué el regenerador de su edad y es aptísimo guía de la nuestra... es la esperanza de la época actual". Bastaría imitar a San Francisco para curar nuestra época y suprimir sus vicios, decía Pío XI. La paz deliberada en el seno de los altos congresos y cancillerías, en las conferencias internacionales, en los tribunales del trabajo, no promete solidez ni seguridad, porque no ha pasado primero por el fino tamiz del corazón, "antes sobre el inmenso escenario de la guerra continuarán las rivalidades y las luchas", dice Su Santidad Pío XII; y la conciliación entre el capital y el trabajo no reclama más que renuncias y concesiones, comprensión y amor. Por eso el entendido sociólogo técnico Luis Luzzatti, presidente que fue del Consejo de Italia, con ser hebreo de religión, no vaciló en estampar estotras explícitas loas: "Lo que hace falta es un Francisco de Asís... San Francisco es más útil desde el punto de vista económico, que lo puede ser un profesor científico de finanzas o un delegado de la Sociedad de Naciones" (1).

Y el conocido protestante Federico Guillermo Foerster, notable pedagogo y moralista, profesor de las universidades de

(1)—Il Messaggero, 4 de enero de 1921.

Zurich, Viena y Munich, emite los siguientes conceptos: "Sin que lo advirtamos, continúa aún San Francisco actuando en lo hondo de nuestra conciencia social. El ha amortiguado en millares de proletarios las punzaduras y humillaciones de la pobreza, y va destruyendo en millares de ricos la exagerada estima de lo que poseen; ha desacreditado, en una y otra clase, el objeto de la contienda; devuelto a su puesto de honor la liberación personal e interior de la esclavitud del dinero y del deseo de mando, y exaltado y demostrado eficazmente con su vida la realidad de un mundo superior. Con sólo despertar en el hombre más altas aspiraciones e inspirarle un más profundo conocimiento del valor de las cosas, ha paralizado y reprimido la fuerza impulsiva de la despiadada avidez del oro; y con esto ha hecho obra de regeneración, no solamente personal, sino también social, y aportado a la vida energías que lenta pero irresistiblemente influyen en el proceso vital de la sociedad" (1).

Las citas a que nos hemos acotado, no sin el temor de la prolijidad, nos parecen de valor testimonial importante, máxime por no dimanar todas de católicos. La actualidad de San Francisco es indiscutible y triunfal. Su espíritu, el mismo del único Guía, Cristo, permanece y vibra en el vaivén general de la sociedad del siglo XX, como si su sombra fascinadora se proyectase sobre los horizontes combustos, como si por todas las sendas se le viese venir, con el alma en los labios a explanar otra vez el mensaje del Evangelio, a reconquistar la humanidad para Cristo, a decir la palabra humilde, clara, casta, alegre, de verdad y de amor, la que necesitan los mortales orgullosos, confundidos, sensuales y desesperados.

Sin embargo, todavía para poner broche de oro a este capítulo, no resistimos al placer de copiar la siguiente henchida página del propio doctísimo Luzzatti, en la cual insiste sobre la necesidad de volver la mirada, si se quiere una sólida y eficiente calma, hacia el sublime plan franciscano, que con la predicación de la bondad a ricos y a pobres, salvó, según la enseñanza de León XIII, la paz doméstica y la tranquilidad pública, la integridad y la mansedumbre, el recto uso y tutela de la propiedad, que son los mejores elementos de civilización y bienestar (2): "Hoy, mientras exacerban unos la lucha de clases y la elevan al rango de fatalidad histórica, mientras los que nacieron en una misma tierra, los hijos de un mismo rescate, se dividen en campos adversos, y las represalias del trabajo, saliendo al encuentro de las represalias del capital,

(1)—Foerster, **Cristianismo y lucha de clases.**
(2)—Encicl. **Auspicato.**

ponen en peligro la unidad moral de las patrias que se disuelven en el odio, nota dominante de nuestro tiempo, entre tantas apariencias de amor, surja, surja el Santo de Asís!... El puede hacer sentir a los opulentos que aspiran a imponerse con su riqueza, y a los pobres que aspiran a dominar con la violencia del número, la necesidad del perdón, el consuelo de una asistencia nueva. Y puede conmover los corazones endurecidos por el interés, traer a estos pedernales la chispa del amor, y exprimir de los ojos airados una de esas lágrimas que enseñan a los mortales las verdades eternas de la tolerancia, de la caridad, de la recíproca ayuda.

"¡Cómo nos encontraría a nosotros, hastiados, corrompidos por la duda científica, dispuestos a escucharle! Seguíanlo en la edad media los afligidos por la divina tragedia, los agotados por los placeres del mundo; y lo seguirían ahora los atormentados por un ideal que no se alcanza, y los desilusionados de la ciencia que no pueden llegar a persuadirse que sea la última palabra de la actual civilización ese perpetuo conflicto entre los intereses y que no saben demostrar intelectualmente la doctrina opuesta del amor. Entre tanto los sabios renuevan las ciencias sociales para luego destruírlas, que un poeta de la virtud, un Santo del bien, nos reconcilie con aquellas verdades que brotan de las profundas entrañas de los corazones y que nacen palpitantes antes de elevarse a la clarividencia de la idea, y otorgue a las almas, en medio de las luchas estridentes de clases, la paz interior, precursora de la paz social" (1).

* * *

(1)—Novissima Biblioteca "Classici italiani". Serie II, vol. XXXV, pág. 26-27.

EPILOGO

Al constituír a San Francisco de Asís Patrono Universal de la Acción Católica, el Papa ha querido signar con timbre de honor y ufaneza el apostolado moderno, estableciendo un paralelismo tan eficaz como simpático entre éste y el del Santo de la Umbría. Es muestra de la sabiduría oportuna y proverbial por divina de la Iglesia, que reconoce y bendice el esforzado celo, el amor claro, las gloriosas conquistas evangélicas del Serafín Llagado, durante una edad tan tenebrosa y amarga para la vida de la Fe y para la paz social. Es grata evocación del espíritu renovador e incansable del Varón Católico que sembró *PAZ* y *BIEN* en la sociedad, que resolvió todos los problemas de su tiempo y atrajo el mundo a Cristo. Es aliciente estimulador para los nuevos apóstoles seglares, a quienes se les dice: —No temáis, tenéis de modelo a Francisco, vuestro precursor, pues de él trae origen vuestro movimiento; imitad sus virtudes, seguid las huellas de su santidad, y triunfaréis, o por decir mejor, triunfará Cristo en vosotros.

Cierto, no es promesa de favor leve la intercesión del Caballero modelo en la milicia del Reino de Cristo: ojo avizor de atalaya, intuyó distintamente en la lontananza brumosa de los tiempos los combates que habían de acaecer, y señaló a sus herederos y pajes las posiciones seguras de la victoria. Su visión, las generaciones comprenden que no ha sufrido engaño, pues los siglos la mantienen en claridad poderosa y perfecta. Su figura, dice nuestro polígrafo Mario Briceño Iragorri, "no sólo pertenece a las severas naves de los templos, donde por siempre se le honra, sino cabe y debe estar como en casa propia, junto a las de Homero, Virgilio, Cervantes y Shakespeare, en los recintos académicos, donde al igual que al prestigio de la lengua como elemento plástico de expresión, se atiende al examen de las causas profundas que generan y orientan la belleza artística". Por lo demás, en las

ciencias, en la historia, en la educación y disciplina de los caracteres, para el cultivo de la honestidad, de la obediencia y la dignidad personal, en las inspiraciones del gobierno, en la geografía de los pueblos, en las artes del trabajo y en la estética de las artes, por doquiera el espíritu constructivo franciscano vibra con "una palpitación que se desprende de la obra de Francisco y va ungida con su óleo y marcada con su sello".

El mundo no deberá su salud y próspera estabilidad a mediación de políticos o diplomáticos, sino a la intervención de un santo. Ello explica por qué, a pesar de sus desórdenes, vive clamando por Francisco, suscitador de bien y de paz, nuncio del Reino y triunfador en todas las líneas. Por su amor sobrenatural, el de Asís no será sordo a los ruegos. Bajo su capitanía, logrará del Rey el envío de hábiles y numerosos mílites, mensajeros de luz para coordinar la vida y proclamar la tercera vez el misterio salvador del Evangelio. Todavía con la locura de la Cruz, Francisco anda por la tierra, siempre activo y aplacador, cantando el optimismo, enemigo de la inercia, de la medianidad y de la melancolía. Acaso se rodea ahora de sus protegidos de la Acción Católica, para invitarles con regocijo a reparar y apoyar nuevamente a la Iglesia e instarles con esperanza: "Pues no nos ha llamado Dios únicamente para nuestro bien, sino además para salvar a nuestro prójimo, debemos exhortar los hombres al ejercicio de la penitencia y a la observancia de los mandamientos divinos".

¿Será locura?...

Pues "la locura de los santos, dice Ernesto Hello, tiene la peculiaridad de ser fecunda. Contemplad a San Francisco de Asís, el más insensato quizás entre ellos para nuestros sabios. ¿Cuál es el fundador de imperio que haya edificado tanto como él? El dejó a su paso un rastro indeleble. Fabricó una construcción sólida, no hizo más que golpear la tierra, y la tierra produjo hombres, y los monumentos aparecieron por todas partes".

¿Osaría alguien extrañar que delante de una imagen de San Francisco, se estuviese Napoleón absorto contemplándolo, y al preguntársele el motivo de su éxtasis, contestara: "Muy poco vale el imperio que yo he sujetado con mi espada ante el que este Santo aprisiona con su cordón"? Y con la diferencia de que el señorío y pompa de Napoleón no pasa de ser mero asunto de historia, mientras el poder de San Francisco es realidad viviente, fuerza motora de empuje hacia los vértices de la virtud.

Repitamos aquí la gran palabra que nos ha valido de epígrafe, y con la cual el amadísimo pontífice reinante afirma a

la atención universal el sentido de perennidad, de energía restauradora, de concordia en sabiduría y justicia, de la portentosa obra del Serafín terrestre, adecuada a remediar los males presentes: "El espíritu franciscano renovará el mundo y le hará recuperar la paz".

* * *

Cuántas cosas aún habríamos querido estampar en prez de la misión augusta de San Francisco de Asís! Pero el tema es inagotable, la palabra no suficiente a satisfacer el emocionado deseo del que la usa, y mucho menos a igualar la gloria del loado. En atendiendo a la invitación de este certamen, justa, o mejor concierto de alabanzas al Serafín egregio, sobre corresponder al alto promotor, ha sido nuestro pensamiento primordial que se escuchase, siquiera deble e inválida, una voz más de Venezuela, deudora de infinitos dones a los Hijos del Gran Patriarca. Si alguna vez, no lo permita Dios, Venezuela renegara de los beneficios franciscales, las piedras se erguirían a hablar, las selvas del Orinoco y del Caroní y los caminos de los Llanos, de Apure, del Guárico, de Cojedes, de la república entera, mostrarían las huellas del Capuchino, que fecundó las tierras al pasar, y agrupó conglomerados de gentes para la Patria y la cultura cristiana. Bien sabemos que nuestro escrito es harto desmayado y pálido ante los méritos resplandecientes del Heraldo de Cristo, Reparador de la Casa de Dios, Renovador del Evangelio y muy acreedor a que su siglo fuese nombrado en la historia "siglo de San Francisco". Mas ¿dónde hallar la auréola congruente a heroísmo tan de cielo? Sin la hipérbole del poeta, de él se puede pronunciar con exactitud:

"...de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo
ni en los ámbitos del mundo,
ni en el libro de la historia".

Nuestro humilde loor, con todo, al dilectísimo Padre Seráfico, cuya sacra cuerda, cogida por la Acción Católica, enlace a la humanidad y especialmente a nuestras Américas, para que en la solución de sus problemas, en el logro y ajuste de la unidad definitiva, postradas ante la Cruz que plantó el franciscano Descubridor, en voto y aspiración unánime por el Amor y la Verdad, sellen alianza perpetua y cumplan su destino histórico conforme a las miras de la Providencia, Razón Suprema de las naciones y del universo. Y como quiera acá abajo no es posible, sin la gracia y amistad de Cristo, concertar el himno de armonía precisa y cabal para celebrar tan admirable vida,

¡MEGLIO IN GLORIA DEL CIEL SI CANTEREBBE!

INDICE

páginas.

	Prelusión	7
I	Amante y señor de la naturaleza	9
II	Siervo de Dios y de sus semejantes	17
III	El Paladín de Cristo	31
IV	El Apoyo de la Iglesia	47
V	El Renovador del Evangelio	59
VI	Triunfante actualidad de San Francisco	81
	Epílogo	105

Se acabó
de imprimir
este opúsculo en la
"Editorial Venezuela"
hoy viernes
19 de octubre
año del Señor
M C M X L V
FIESTA FRANCISCANA DE
S. PEDRO DE ALCANTARA

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01039 6804